

Vista general del puerto de Cantón, centro de la insurrección nacionalista china, que adquiere de día en día mayor gravedad y que pone en peligro la influencia y los intereses europeos en el Celeste Imperio

LA INQUIETUD EN ORIENTE

LA situación en China aparece cada día más grave para los extranjeros y especialmente para los europeos. La insurrección nacionalista que se inició en Cantón, y cuyo carácter xenófobo se fue acentuando á medida que los japoneses, y sobre todo los ingleses, trataron de mantener por

la fuerza los privilegios otorgados á sus concesiones, ha ido ganando terreno y batallas, apoderándose de las grandes ciudades comerciales, y es hoy realmente dueña de gran parte del inmenso país. No se ve fácil una acción colectiva de las potencias europeas y asiáticas que tienen intereses en China, y, por otra parte, á este gravísimo problema están ligados otros que

lo mismo en Oriente que en Occidente podrían comprometer, de nuevo, la paz del mundo.

CHANG-KAI-SHEK

Jefe militar de la insurrección nacionalista y generalísimo de los ejércitos de Cantón



Cartas de hombres

QUERIDO Julio: Acabo de saber que, ¡por fin!, has regresado. Tú no puedes figurarte con qué impaciencia te espero hace meses. Eres el único amigo que me queda de la alegre promoción universitaria á que pertenecimos; el único que la muerte y las miserias humanas, que separan de pronto a quienes parecían más unidos, han respetado para no hacer absoluta mi soledad.

Necesito hablar contigo. Necesito, sobre todo, tu compañía. Tú has sido siempre muy bueno conmigo. Jamás ha empañado nuestra amistad la más leve sombra de envidia —la gran enturbiadora de amistades—, y nos hemos comprendido siempre bien, en lo mejor que cada uno de nosotros lleva en el alma.

Ahora, Julio, la vejez nos acosa. Aunque tú y yo tenemos el genio alegre, con la serena alegría de nuestro común optimismo, las tristezas de la vejez asoman ya demasiadas veces á nuestra ventana, tapando la luz de los horizontes rosados. Necesitamos, Julio, apoyarnos el uno en el otro. Yo, por lo menos, lo necesito.

Tal vez sabes que me he quedado viudo. Aparte otros dolores, eso significa para mí el dolor de la soledad. No hemos tenido hijos; mi hermano ha muerto también... Nadie á mi alrededor. A ti te lo puedo decir, porque no lo interpretarás villanamente: mi primer sentimiento, una vez pasados los días crueles de la separación eterna, fué de libertad, de recuperación de mi personalidad entera.

No ignoras que quise bien á mi mujer; que me casé enamorado y que lo estuve siempre de ella... No te rías. Sabes bien que no dejé de amarla un momento, por encima de todo; mis confianzas de camarada te lo han dicho más de una vez. Sabes igualmente que nuestro hogar fué feliz y tranquilo. Ella supo ser mi compañera, y las desavenencias inevitables fueron siempre pasajeras entre nosotros. Jamás dejaron rastro de rencor.

No obstante, yo me consideré siempre como un prisionero. No de ella, sino de la vida de casado. De eso nunca te he dicho nada. Ha sido uno de los secretillos que la más íntima amistad reserva, como el pudor reserva siempre algo en los más violentos abandonos de la sensualidad.

Para explicarte mi sensación de prisionero es necesario que te recuerde algo de mi juventud. Huérfano muy pronto, aprendí á vivir solo; pobre ó poco menos, me privé de compañías para evitar humillaciones. Además, yo fui al principio algo melancólico. Recordarás, eso sí, que me llamábais misántropo; que fuera del viejo claustro de nuestra vieja Universidad, en que yo era no sólo muy sociable, sino hasta cabeza de motín ó de grupo, iba poco en vuestra compañía. Muchos domingos os dejaba marchar y me quedaba en casa, ó paseaba por otros caminos. He pensado á veces si eso provenía de la costumbre adquirida en mi niñez y en mi adolescencia, durante las cuales no tuve otro compañero de paseo que mi padre. Cuando éste me faltó, no lo reemplacé porque no sentí la necesidad de ello. Poco á poco se encendió en mí el amor á la libertad, á ser yo mismo el único árbitro de la dirección de mi vida y del empleo de mis horas. Los estudios me impusieron una disciplina ajena. La respeté porque quería estudiar y hacerme hombre; pero en cuanto era absolutamente necesaria. Esa misma sujeción dió mayor precio á la libertad que me permitía, y me abraza á ésta cada vez más estrechamente.

Cuando salí de la Universidad creí ser libre del todo. Inútil decir que me engañaba. La necesidad de ganarme el pan, de crearme una posición me ató nuevamente; pero reduje la atadura todo lo más que pude. Alguna vez ese deseo mío, en cuyo fondo palpataba cierto desprecio (quizá más bien temor),



Por Rafael Altamira

hacia las gentes, me trajo perjuicio, porque me aislaba y me impedía encontrar y aprovechar ocasiones. Mi entrada en la política no modificó esencialmente ese modo de ser. Los que me veían intervenir activamente en Comisiones, reuniones públicas, viajes de propaganda, banquetes, todo lo que hay de más social y externo en la vida de un político, no podían ni sospechar que yo hacía todo aquello á contrapelo, por conciencia de mi deber y de lo inexcusable de tales exhibiciones y convivencias; pero que el día más feliz de la semana era para mí aquel en que podía substraerme al Congreso, á la Junta, al mitin, y quedarme solo en mi casa ó marcharme al campo en busca de la más grande y completa soledad del monte y el bosque. Los que me trataban más íntimamente (tú no pudiste observar nada de eso, porque eras apolítico y viajabas mucho) advertían que yo no hacía nunca sobremesa en ninguno de aquellos actos. Terminada la labor, desaparecía. El perezoso, inútil y desmoralizador flaneo de los pasillos, del salón de conferencias, de los comentarios mientras lentamente se regresa á casa entre amigos, retardando el momento de la separación ó prolongando las conversaciones en el café, en el Casino, muy rara vez me encadenaron y siempre de mala gana.

Cuando me casé, naturalmente, no hice cuestión de «mi» libertad. Las corrientes y vulgares bromas de los amigos á ese propósito no me hicieron mella. Yo veía en el matrimonio, aparte el amor que á él me llevó, precisamente un refugio contra el mundo, que me capturaba demasiado tiempo. Pero me engañé también. A despecho de mi felicidad positiva, muy pronto eché de menos mi vida de antes. Largos años de soledad, de *self government*, habían creado en mí hábitos que chocaban con la comunidad de vida del matrimonio y se adaptaban difícilmente á ella, rechinando cada vez que un nuevo engranaje venía á engancharse en ellos. Sufrí verdaderos martirios, Julio; pero calladamente. No sé si mi mujer adivinó alguno; pero yo la quería demasiado para hacérselos saber, y además me daba vergüenza comunicarlos. Ella era demasiado discreta y considerada para darse por entendida.

El resultado fué que no pude encajar nunca plenamente en la vida de matrimonio. Siempre la sensación de prisionero me amargaba el goce efectivo que por otra parte me producía el hogar. Cuando alguna vez la política ó los negocios me obligaban á viajar, ¡con qué gusto recobraba la dirección autónoma de mis actos y paladeaba el placer de hallarme solo en una vulgar habitación de fonda ó posada más ó menos lujosas! No te oculto que me producía pena advertir en mí esos sentimientos; pero ellos eran los más fuertes y reaparecían en cada ocasión.

Comprenderás ahora lo que antes te decía en punto á mi viudez. Pero no es eso lo que me lleva á pedirte auxilio. Si sólo fuera eso, tal vez no te lo hubiera dicho nunca. Lo considero como una flaqueza de las que, mientras uno puede, procura conservar el secre-

«La libertad» (1)

to. No, Julio. Lo terrible es que ahora tengo miedo de mi libertad. No pena, ni tristeza, ni hastío: miedo, lo que se llama miedo, con todos los sufrimientos que produce. Apenas reconquistada, me pesa la libertad que eché de menos cuando no la tenía; me pesa cruelmente.

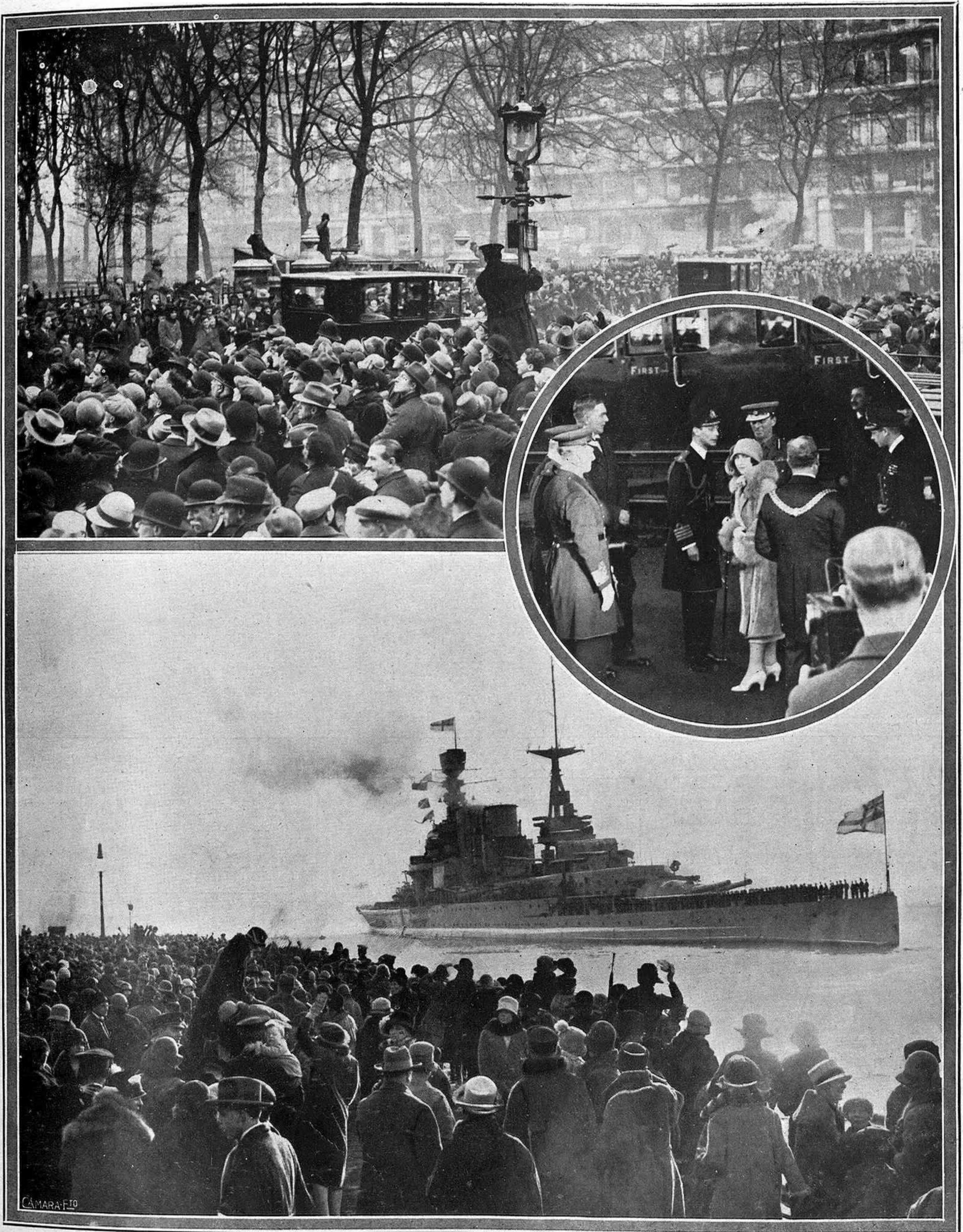
¿Por qué?, dirás. Intentaré explicártelo. La mayor parte de mi vida se pasa ahora en la soledad. Puedo disponer de mi tiempo libremente, pero salgo poco de casa. Mi fortuna, suficiente para mi modesto cuadro de necesidades, me ahorra tener que salir los más de los días. Mi luto cierra de momento la puerta de casi todas las distracciones que podían llenar en parte mis ocios: el teatro, la música, las Exposiciones de arte. Cuando vuelvan á serme posibles, aun dejarán muchas horas á la delicia que he sentido siempre de estar solo, de leer, de meditar. Ha vuelto á mí ampliamente el placer de la tristeza que se alimenta de sí misma, que anestesía la voluntad para reaccionar, y que fué, desde mi juventud, uno de mis dolores morales voluntarios. (Creo que comprenderás esto, porque te lo he explicado muchas veces y porque tú mismo lo has sentido en ocasiones.) Esas melancolías me eran gratas, y no me preocupaban antes, porque el tráfico de la vida, mi actividad incesante, mi confianza en el porvenir, mi optimismo general les quitaban todo peligro. Pero ahora declinan en algo muy grave.

A poco de estar solo en mi despacho, el silencio de la casa comienza á pesar fuertemente sobre mí. Se convierte en un silencio lúgubre, que no da reposo al espíritu. Me pongo á escuchar como quien espera percibir algún ruido grato, anunciador de una presencia que antes me acompañaba y me estorbaba juntamente; pero, al mismo tiempo, la seguridad de que no he de oírlo aumenta el peso del silencio y ensombrece mi espera. Caigo entonces en la contemplación de mi pasado. Uno tras otro, los ratos amargos de mi vida renacen en la memoria: las luchas angustiosas por «llegar»; los desengaños sentimentales; las traiciones de los amigos; los desaciertos propios; las crisis y dudas morales; las acusaciones de faltas que el tiempo y la superación ética de nuestra conducta quizá han redimido; la temerosa comprobación de que no está uno seguro de muchas de las que estimó ser convicciones indiscutibles, directoras de actos; el martilleo constante de la realidad cambiante y multiforme, que cada día parece echarte abajo una parte de tu concepción del mundo... Para pensar en todo eso, la actividad de la juventud y de la edad viril apenas si dejan tiempo hábil; la vida de familia lo estorba igualmente á cada paso. Pero ahora todo el campo es suyo. Cada día se yergue ante mí con más fuerza, con más poder atormentador, todo lo que puede atormentarme. El pasado lejano que creía muerto bajo la gruesa capa de los hechos que día tras día, sin cesar, tejen el tapiz renovado de nuestra existencia y sepultan una gran parte de lo precedente, vuelve á presentármese, perturbando el reposo del triunfo conseguido, del aquietamiento moral traído por los años. Y el resultado de todo eso es que le cobro miedo á la vida: no á la presente, ni á la mía propia tan sólo, sino á la de todo hombre, que será poco más ó menos como la mía ha sido.

Con eso, la soñada tranquilidad de la vejez, la edad del descanso, como nos decíamos tú y yo y oímos repetir á cada momento, ya no me asiste. Para alejar todo el mayor tiempo posible ese fantasma necesito tu compañía. ¡Librame todo lo que puedas del horror de mi libertad solitaria! Te lo pide hasta con lágrimas en los ojos tu viejo amigo

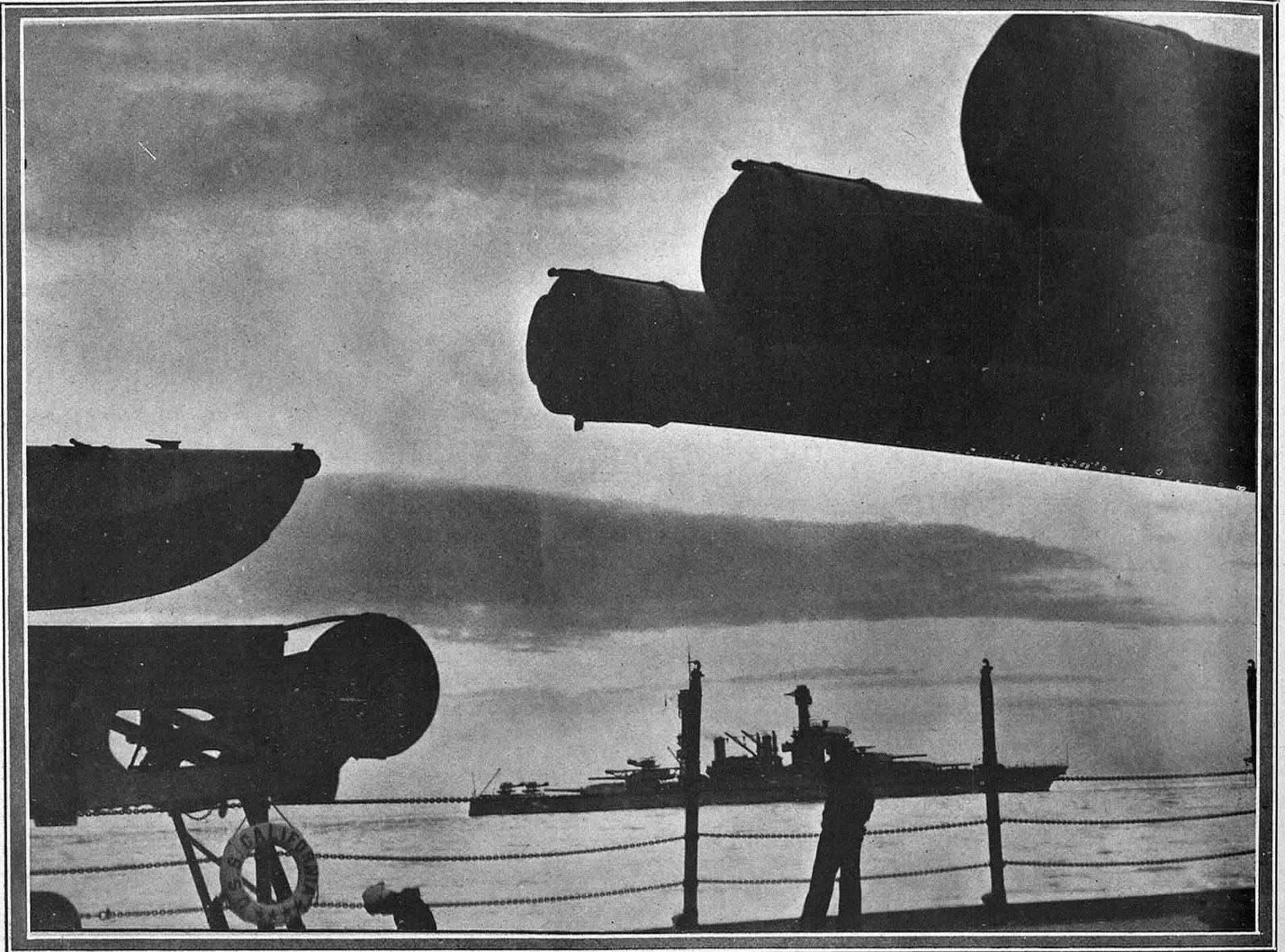
Juan.

(1) Capítulo inédito de un libro en preparación.



El viaje de los Duques de York y la política inglesa de atracción

En la fotografía superior, el público de Londres apiñado en torno á la entrada de la estación Victoria para despedir al Duque de York, hijo segundo del Rey de Inglaterra, y á su esposa, que han emprendido su anunciado viaje á Australia y Nueva Zelanda. En el círculo, los Duques de York al llegar á la estación de Portsmouth. En la fotografía inferior, el acorazado «Renown» en el momento de salir del puerto de Portsmouth llevando á bordo á los Duques de York (Fots. Agencia Gráfica)



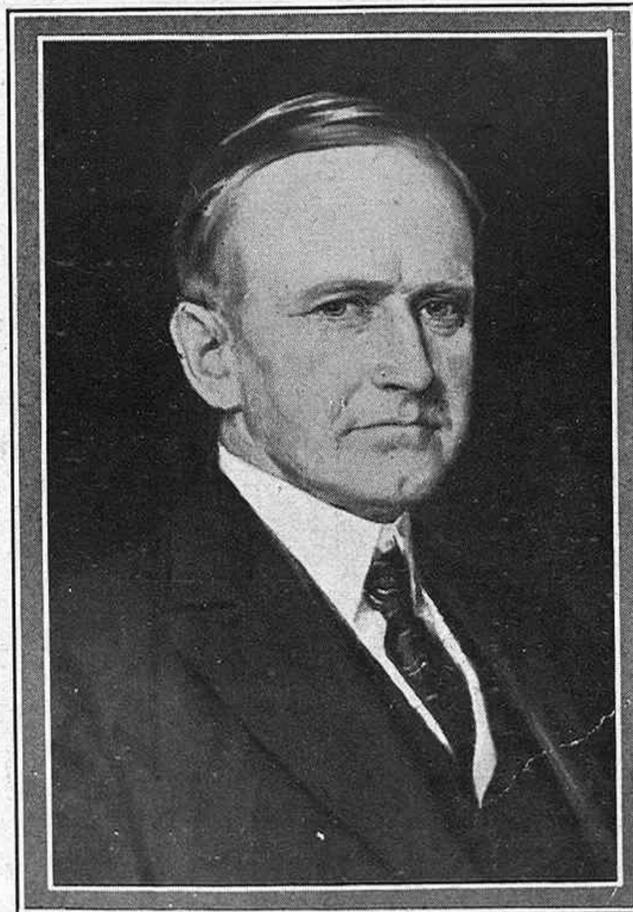
La escuadra norteamericana del Pacífico ha abandonado su base naval de San Diego de California y evoluciona ante las costas de Nicaragua. Los potentes cañones intervienen en la política interior de la pequeña república en favor del presidente Díaz, conservador y favorable a los intereses de los Estados Unidos, y contra su rival Sacasa, liberal, contrario a la influencia extraña, y gran admirador de la obra

realizada en Méjico por Calles. Esa intervención norteamericana ha conmovido a toda la América de origen ibero, que ve en el gesto de los Estados Unidos un peligro para las Repúblicas libres. Por su parte, el presidente Coolidge afirma que sólo se trata de la seguridad del dominio norteamericano en el Canal de Panamá

UN MOMENTO DIFÍCIL

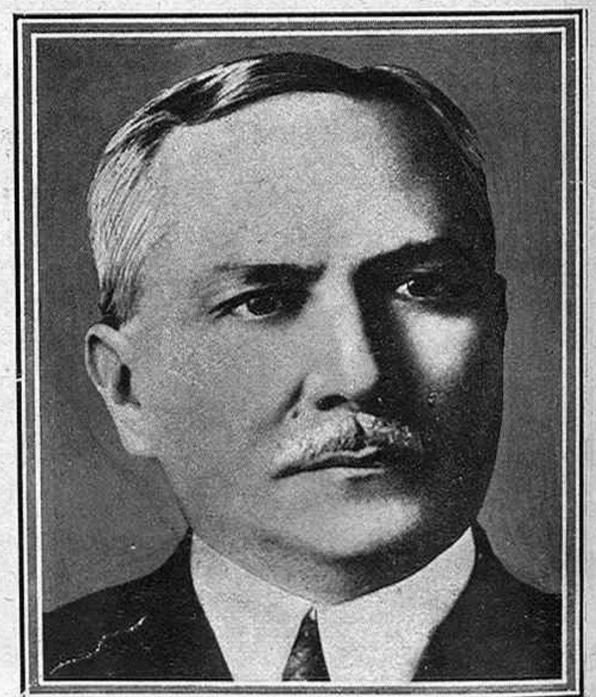


El almirante norteamericano Latemer, jefe de las fuerzas de los Estados Unidos que han desembarcado en Nicaragua



El Presidente de los Estados Unidos Sr. Coolidge (Fots. Ortiz)

EN LA POLÍTICA AMERICANA



El Sr. Díaz, presidente de la República de Nicaragua, apoyado por el gobierno de los Estados Unidos



PLUTARCO ELÍAS CALLES

Presidente de la República de Méjico, y figura de máximo relieve en la política americana, por haberse opuesto con energía y patriotismo ejemplares á las intervenciones de los Estados Unidos fuera de sus fronteras

La voz profética de Rubén Darío

En estos momentos ha de resonar con ecos proféticos, en todo corazón americano de abolengo hispánico, la voz inextinguible, la voz de oro y de luz del divino Rubén Darío. He aquí su célebre, inmortal poesía «A Roosevelt», que escrita hace muchos años podría ser de hoy mismo, sin más que ir dedicada, no a la persona que un tiempo fué encarnación simbólica del pueblo norteamericano, sino a ese pueblo mismo.

Rubén Darío, visto por el arte magistral del gran dibujante Alonso



A ROOSEVELT

Es con voz de la Biblia, ó verso de Walt Whitman, que habría de llegar hasta ti, Cazador! Primitivo y moderno, sencillo y complicado, con un algo de Wáshington y cuatro de Nemrod! Eres los Estados Unidos, eres el futuro invasor de la América ingenua que tiene sangre indígena, que aun reza á Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza; eres culto, eres hábil; te opones á Tolstoy. Y demando caballos, ó asesinando tigres, eres un Alejandro-Nabucodonosor. (Eres un Profesor de Energía como dicen los locos de hoy).

Crees que la vida es incendio, que el progreso es erupción; que en donde pones la bala el porvenir pones.

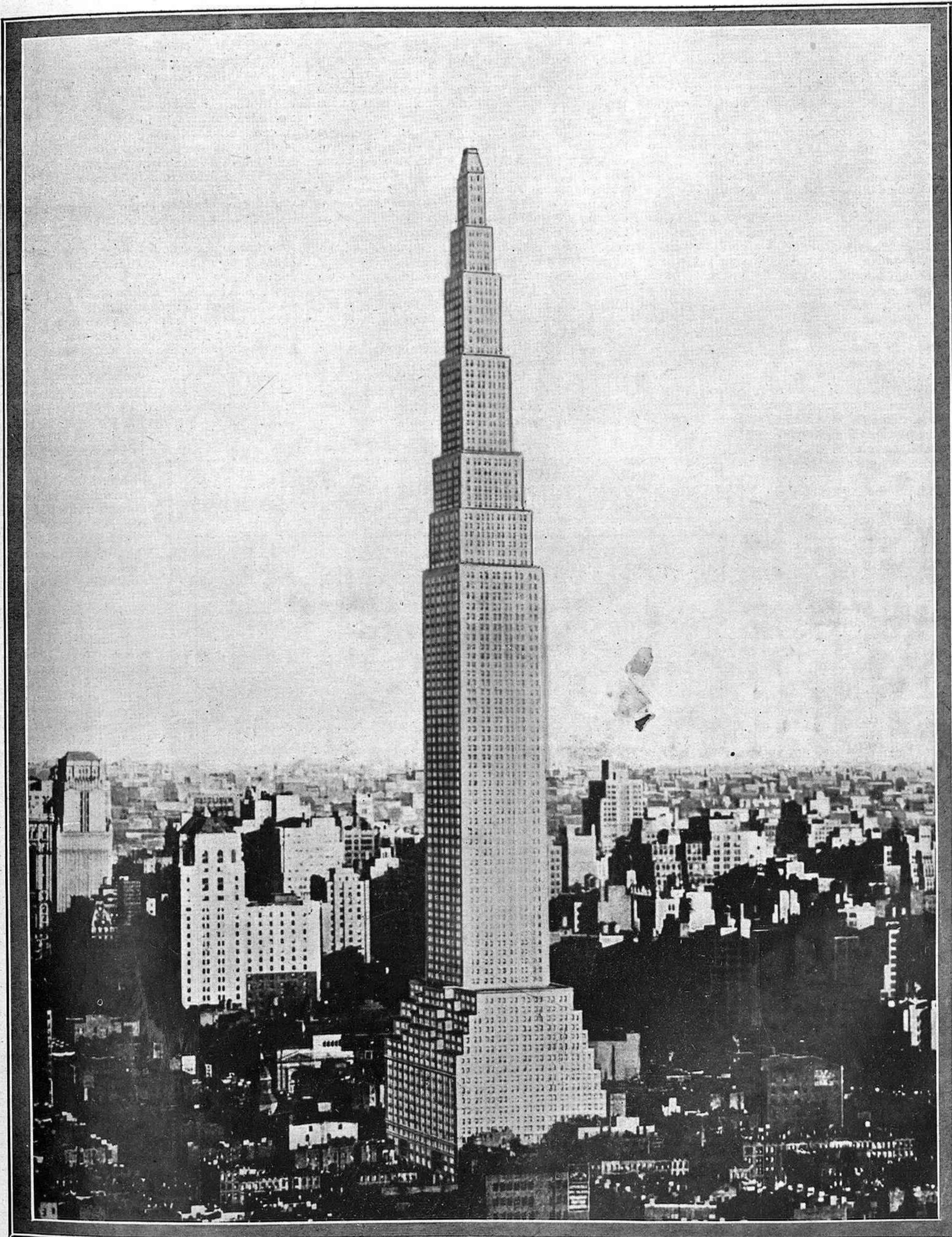
No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes. Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor que pasa por las vértebras enormes de los Andes. Si clamáis, se oye como el rugir del león. Ya Hugo á Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras. (Apenas brilla, alzándose, el argentino sol

y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos. Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón; y alumbrando el camino de la fácil conquista, la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl, que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco, que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió; que consultó los astros, que conoció la Atlántida cuyo nombre nos llega resonando en Platón, que desde los remotos momentos de su vida vive de luz, de fuego, de perfume, de amor, la América del grande Moctezuma, del Inca, la América fragante de Cristóbal Colón, la América católica, la América española, la América en que dijo el noble Guatemoc: «Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América que tiembla de huracanes y que vive de Amor; hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive. Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol. Tened cuidado. ¡Vive la América española! Hay mil cachorrós sueltos del León Español. Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo, el Riflero terrible y el fuerte Cazador, para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!



A LA MANERA
NORTEAMERICANA

He aquí el nuevo rascacielos, ó mejor dicho «super-rascacielos», cuya construcción ha comenzado en Nueva York. Constará de 110 pisos, de los cuales sólo dos serán subterráneos. Tendrá una altura total de 400 metros, siendo, por tanto, c'en metros más alto que la torre Eiffel de París, y se alzará en la calle West, 41 y 42 (Fot. Marín)

EL "EMPERADOR DE
LOS RASCACIELOS"

EL ARTE DE ENVEJECER

EL arte de envejecer no ha sido todavía objeto de ningún tratado especial, sin duda por el designio poco envidiable que la obra perseguiría. Nadie quiere envejecer ni que le llamen viejo; pero todo el mundo anhela seguir viviendo á toda costa. Es un contrasentido de los innumerables que avasallan nuestra frágil naturaleza.

Los Tratados de Higiene nos hablan de la vejez en términos hieráticos y desalmados, sin procurar ningún paliativo ni atenuante á una situación tan triste y miserable. No han faltado, sin embargo, y perduran todavía, para consuelo de dolientes, algunos facultativos que procuran persuadirnos, siquiera sea con la sonrisa en los labios, de nuestro fatal acabamiento. Siguen con su proceder el prudente consejo del prudentísimo de La Bruyère cuando aconsejaba á los poderosos de su tiempo que otorgaran cuando á ello se decidieran las mercedes con sonrisas almibaradas y no con gesto hurafío y despectivo.

Los filósofos de todas las épocas y escuelas discurren acerca de la vejez dilatada y copiosamente, muchas veces con amargura mal disimulada. Con las páginas que trazaron pudiera formarse una antología del renunciamento á todos los bienes materiales y á muchos morales de la tierra, más amarga y desoladora que las *Flores del mal*, de Baudelaire. La vejez, sin embargo, tiene ó es susceptible de tener—no decimos desempeñar, porque esto lo vemos toda la vida—empleos, ocupaciones, quehaceres y aun sus deportes. Lo malo para ella en uno y otro sexo es salirse de los límites que la están prescritos. Todo reside en el buen gobierno de la voluntad, lo mismo en la juventud que en la vejez, ó sea en la empresa más difícil que el buen gobierno de la vida solicita constantemente de nuestro esfuerzo.

Cornaro, famoso médico italiano, nacido en Padua, es el verdadero apóstol de los viejos. Es el cantor de las excelencias y merecimientos de la ancianidad; y para propagar generosamente sus doctrinas, compuso un Tratado breve en tres discursos, titulado *Arte seguro de vivir muchos años con salud y gozar de una felicidad completa en la vejez*. Cornaro sacó sus doctrinas de su experiencia personal. Esta circunstancia las avalora. Su libro está lleno de consejos útiles para todo el mundo; pero, desgraciadamente, para la buena voluntad y apostolado del amigo de la vejez y de los viejos hay una particularidad que concurre en contados mortales, y que Cornaro poseyó espléndidamente; era

rico, poderoso, y todo el mundo sabe, aun cuando no por experiencia propia, desdichadamente, que el dinero bien administrado prolonga la vida indefinidamente aun en las naturalezas más flacas y deleznable. Cornaro mereció los elogios de sus contemporáneos más ilustres por el régimen de vida que predicara y practicara. El presidente de Thon nos manifiesta que fué un ejemplo de larga vida, sumamente raro y muy digno de memoria, porque vivió cien años con salud en el cuerpo y en el alma. Como poseyó bastantes riquezas, deseaba tener hijos que las heredasen. De Thon nos dice que consiguió su designio progenitor tanto por sus oraciones y sus rezos como por el concurso científico de los médicos sus compañeros; y siendo su mujer bastante entrada en años, dió á luz una hija cuando el marido menos lo esperaba.

La sobriedad, según Cornaro, aclara los sentidos, aligera el cuerpo, aguza el ingenio, vigoriza el ánimo, acrecienta la memoria. Con su eficaz concurso, el alma, como si se viera libre de la materia que la embarga, experimenta libertad plena: la sangre corre li-

bre por las venas, y todas las acciones orgánicas, perfectamente reguladas, se mantienen en armonía constante. La gula es un vicio mortal, si no nefando. Las muchas y graves enfermedades que Cornaro padeció antes de alcanzar la sabiduría mediante la extrema continencia, fueron el motivo de que renunciara á la intemperancia, á que su apetito, naturalmente, le inclinaba. El cólico, la gota y la fiebre lenta hacían poco grata la vida de este apóstol que con tanta tenacidad siguió las huellas de los eremitas del desierto. San Hilarión, según el Santoral, nos muestra se alimentaba con cuatro higos. Era todavía más moderado que Cornaro, el cual comía yemas de huevo y perdices, siquiera fuese en cantidades muy reducidas, doce onzas diarias entre sólidos y líquidos cada veinticuatro horas. Una vez que pretendió adicionar la dosis en cuatro onzas más, estuvo á punto de fenecer, y volvió presuroso á la docena, medida que le llevó de nuevo á la vida plácida y bienaventurada. La historia de la Medicina española registra numerosos y elocuentes predicadores de la continencia. La existencia que vivían los estudiantes en

los buenos tiempos de la Universidad de Salamanca nos muestran el apetito sin empleo de muchos jóvenes moderantísimos por la imperiosa fuerza de las circunstancias solamente. El doctor Sorapan de Rieros, autor del tratado famosísimo de *La Medicina española en refranes*, nos habla de aquel apetito universitario en términos alegres y regocijados, como quien experimentó los sucesos adversos que refiere en tiempos mejores:

«Si quieres vivir sano, hazte viejo temprano», dice la sabiduría popular aplicada al buen gobierno de la vida. El refrán bien meditado encierra un doctrinal completo físico y moral, muy poco practicado por contumaz irreflexión. Corresponde á la expresión francesa, según la cual si la juventud supiera y si la vejez pudiera, las cosas pasarían de muy distinto modo del que acontecer suelen en la vida.

En los tratados de las enfermedades de los viejos encontramos menudamente descritas las dolencias crueles que nos acechan con el transcurso del tiempo inexorable. Muchas ó casi todas ellas nos dejarían indemnes si imitáramos á San Hilarión, á Cornaro ó, por lo menos, á nuestro ilustre compatriota Sorapan de Rieros. Pero nos falta la voluntad y además quien nos enseñe en oportuna sazón el buen camino.

C. R. SALAMERO

MUERTE DE UN ARTISTA ILUSTRE



DON PEDRO SAENZ SAENZ

Admirable pintor malagueño, primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes, que ha fallecido en Málaga recientemente, siendo su muerte una sensible pérdida para el arte pictórico

El autor

AQUELLA idea felicísima de tributar honores magnos al soldado desconocido, que nació en Francia, país de las ideas bellas, y fué copiada rápidamente por todas las naciones que guerrearon en la gran guerra, ha tenido sucesión; y aquí, donde nos permitimos el lujo de vivir en perpetua neutralidad, á falta de otras ideas y de otras luchas, estamos poniendo de moda, con toda la fuerza de la actualidad, al «autor desconocido».

No tan desconocido, sin embargo, en Berlín, por ejemplo, gracias al *Berliner Tageblatt*, á quien, según nos cuenta Antonio de Azpeitúa, se lo ha contado Víctor Auburtin, saben que es un verdadero dramaturgo. «Se conoce á los verdaderos dramaturgos españoles—dice Auburtin y repite Azpeitúa—en que no se representan sus obras.» Si esto es así, España es tan pródiga en verdaderos autores como en garbanzos de Fuente-sauco, que, á juzgar por los anuncios, no faltan en ninguna tienda de comestibles. Aquí, mientras no se demuestre lo contrario, cada ciudadano tiene su comedia en el fondo del baúl, y aún más en la literatura que en la vida podía haber visto Gómez de la Serna su «drama de no tener drama»; no haber escrito nunca una comedia es no ya dramático; definitivamente trágico para un buen español.

Ahora bien—y en buen hora sea dicho—; como la inmensa mayoría de esas comedias no llegan á ser representadas si hemos de creer á Auburtin, no habrá país que nos iguale en número de «verdaderos dramaturgos».

Afortunadamente, Antonio Azpeitúa ha tenido una idea genial: aconsejar á los empresarios alemanes que estrenen las obras de esos autores desconocidos. ¿Por qué querrá el simpático cronista disminuirnos el número de verdaderos dramaturgos? ¿Ignora que «lo que abunda no daña», aun siendo dramaturgo, mientras el drama perdura en el fondo del cofre?

Tomando lo del «autor desconocido» en sentido simbólico para equipararle más al soldado ignoto, cabe preguntar si ese símbolo es posible; á nadie se le ocurrió ensalzar al «soldado desconocido» mientras los ejércitos sesteaban en la vida apacible y monótonamente aburrida de guarnición. ¿No es eso precisamente—sestear—lo que hacen ahora los dramaturgos españoles?

Un investigador pacientísimo de las causas determinantes de nuestra decadencia teatral—¡vaya por la decadencia!—ha encontrado aun la verdadera, y parece haberla encontrado *sans le savoir*, porque en el caso contrario, hubiese cesado ya en sus investigaciones; Sherlock Holmes, por ejemplo, y nadie llevó más lejos el espíritu investigador, investigaba hasta descubrir; pero después encendía su pipa, y ¡vamos fumando!

No puede dudarse que ahora, en efecto, la causa está clarísima: «Dime qué teatro militante tienes, y te diré quién eres», escribe el investigador, ó, lo que es lo mismo, usando otra frase generalizable: «Cada pueblo tiene el teatro que se merece», y lo prueban—según el articulista—Grecia en su apogeo, con el teatro de Esquilo, Sófocles y Aristófanes; Inglaterra con la gran Isabel y la pléyade shakespeariana; el siglo de oro español y sus innumerables y prolíficos dramáticos; Francia con Luis XIV y Corneille, Racine y Molière..., y etc., etc., porque aún podrían colear los ejemplos.

Ahora bien; si esa verdad la tomamos, y debemos tomarla por axiomática, ¿podemos ser optimistas y pensar que en las anteceras de nuestros teatros pululan los autores desconocidos que aguardan inútilmente al Salvador que los diga: «¡Levántate y anda!»?

Sin meternos en política—¡que es po-



desconocido

denco!—, podemos tomarnos la libertad de preguntar si en los demás órdenes de la vida la España actual es la Grecia del apogeo, la Inglaterra de Isabel, la Francia de Luis XIV, ni siquiera la España del Siglo de Oro. Más bien habría que aplicarla, particularmente, aquella frase de Ganivet según la cual la Humanidad tiene seca la matriz y no puede ser prolífica en genios.

Ahora hemos descubierto también—¡no pasa día sin su descubrimiento prodigioso correspondiente!—la eficacia social del arte escénico y la conveniencia de que en serio ó burla burlando sea docente. Gran arte, pues, para ejercitado por quien tuviese algo que enseñar; pero entre nosotros tampoco abunda ese género; hasta se repite frecuentemente el caso de que los profesionales de la enseñanza opositen á cátedras y el Tribunal las declare desiertas.

En un centenar de obras estrenadas durante una temporada no encontraremos, y eso espigando mucho y empenándonos en contar directamente los pelos á un gato, media docena de ideas; y esas, como los atisbos de teatro nuevo, en los autores viejos; si algo tiene de bueno que aquí únicamente en el teatro ó poco menos no haya consagraciones definitivas, y cada autor, al estrenar una nueva obra, da la misma batalla que cuando estrenó la primera, es eso: que los autores sienten siempre el deseo de innovar; las que parecen á veces desorientaciones y veleidades de Benavente, por ejemplo, no son, en definitiva, sino exploraciones en busca de caminos nuevos, y ahora mismo Eduardo Marquina nos ha dado, en *Fruto bendito*, una nueva modalidad de su teatro, muy distinta de *El pavo real*, de *En Flandes se ha puesto el sol* y de *El pobrecito carpintero*, por no citar más que cuatro modalidades distintas.

Si frente á ese anhelo innovador, muy hondamente artístico y muy vigorosamente juvenil por muchas causas, que puedan lucir Marquina, Benavente, ponemos para parangonarlas las obras de los jóvenes que llegan por primera vez al teatro, veremos que la ventaja está del lado de los viejos.

No puede alegarse en descargo de los jóvenes que cuando hacen algo nuevo encuentran cerradas las puertas de los teatros; jóvenes son Fernández Ardevín y Manuel Abril, por ejemplo, y sus comedias, fuera de lo vulgar y de lo corriente, han sido las mejor acogidas por las empresas y las más aplaudidas por el público. De otros «atrevimientos» no hay tampoco para qué hablar; Asenjo y Torres del Alamo se hicieron un puesto con *Las pecadoras*, y se sustituyeron en él con *Margarita la Tanagra*, y ni faltó teatro para estrenar ni faltan teatros para seguir representando *Santa Isabel de Ceres*, que quizás lo mejor que tiene es la audacia.

Esto, además, no es de ahora: Dicenta, por ejemplo, hubiese podido hacer muchos dramas semejantes á *El suicidio de Werther* sin que su nombre fuese en veinticuatro horas famoso y en una semana popular, como cuando revolucionó la atildada escena de la Comedia con *Juan José*; Benavente no fué realmente él, no obstante ser *El nido ajeno* un drama excelente, hasta que dió su norte en *Gente conocida*; los hermanos Quintero se impusieron con más ó menos trabajo; pero tan jóvenes que en el teatro se los llamó «los chicos», porque hicieron un teatro distinto del usual y corriente...

Los que no pueden triunfar son los que se creen nuevos, aunque hacen su teatro como aquella madre hacía los calzones á su hijo «de unos viejos de su padre», y los que se creen jóvenes, fiando demasiado en su fe de bautismo.

A esos debió decirles Ferreras que son viejos: «¡Diga lo que quiera la cédula de vecindad!»

ALEJANDRO MIQUIS



Nuestro ilustre colaborador Cristóbal de Castro, autor de la adaptación de «El avaro», de Molière, presentado con gran éxito por Morano, con motivo de su beneficio, en el Teatro de la Latina

LOS TEATROS RECUERDOS DEL

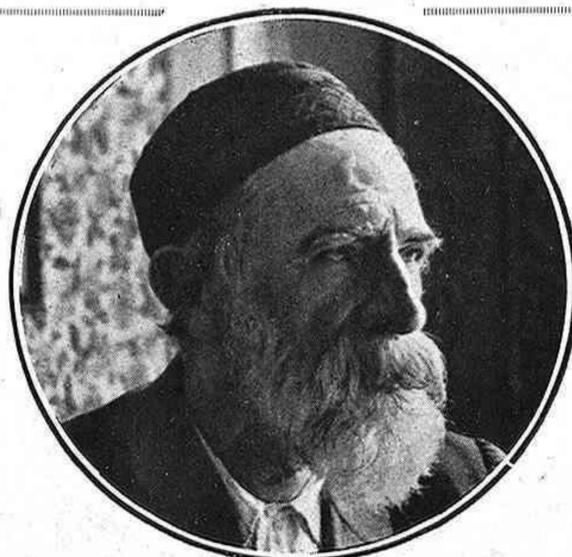
OBRAS teatrales en un acto, con música y sin ella, las hubo siempre. Nadie hablaba de «género chico» cuando se estrenaron y aplaudieron *El puñal del godo*, *Arte y corazón*, *El maestro de baile*, *Una vieja*, *El grumete*, *La vuelta del corsario*, *El vizconde*, *El estreno de una artista* y tantas otras. Pero estas producciones aparecían esporádicamente, como por excepción, y siempre amparadas por obras grandes, á cuya sombra figuraban en el cartel en concepto de fin de fiesta. Pero llega un momento en que decae el entusiasmo por la zarzuela grande, y comienza á verse con fatiga el drama en tres actos. Coincidiendo con ello, el público mostrábase disgustado por la excesiva duración del espectáculo, que comenzaba á las ocho y media, para terminar de madrugada. Fué aquélla una de las muchas «crisis» que en el mundo de la farándula se han registrado por diferentes causas.

Y en esto comienzan á estrenarse sistemáticamente obras en un acto, con exclusión de las grandes. El público podía asistir á una ó varias, según su gusto. Con ello abaratóse el espectáculo y se evitó la necesidad de permanecer cuatro ó cinco horas amarrado á la butaca, como el forzado de Dragut al banco de la galera. El «género chico» había nacido, y no tardó en triunfar, como verá el que leyere.

Por los años de mil ochocientos sesenta y tantos existía en Madrid cierto género espectacular del que actualmente no se conserva ningún vestigio: tal era el de los cafés-teatros, donde, por el precio de la consumación, consumición ó como quiera decirse, se veía una comedia, ó un ensayo, según la hora. El más favorecido de estos locales fué el llamado del Recreo, sito en la calle de la Flor Baja, aproximadamente donde hoy se yergue un templo-residencia de padres jesuitas. Actuaba en el Recreo José Vallés, representando los dramones al uso, cuando en 1868 se le unieron Antonio Riquelme y Juan José Luján para transformar el «negocio», iniciando las funciones por horas, en vez de la función completa que hasta entonces había imperado. Pusieron á real la butaca, y dió comienzo la tentativa, que desde el primer instante obtuvo la acogida más favorable.

Tanto es así, que á la temporada siguiente, la razón artístico-social «Vallés-Luján-Riquelme» tomó el Teatro de Variedades (Magdalena, 40), algo desacreditado á la sazón, y destruido veinte años más tarde por un incendio. Los gastos de hoja y compañía no pasaban de treinta duros—¡como hoy, aproximadamente!—, y esto permitió que, poniendo á real la butaca por sección, fuese aquel un bonito negocio. El público halló muy de su agrado la posibilidad de distraerse un ratito por poco dinero, sin obligarle á permanecer tres horas en el teatro, y los autores, al señuelo del éxito, enfocaron sus actividades hacia las obras de breves dimensiones.

En vano fué que la crítica protestase por tamaño desacato al arte de Talía. ¿Qué era aquello de arrinconar las obras grandes, dejando como exclusivo el acto único? De tal manera se abrió camino el naciente género, que para explotarlo edificáronse teatros como



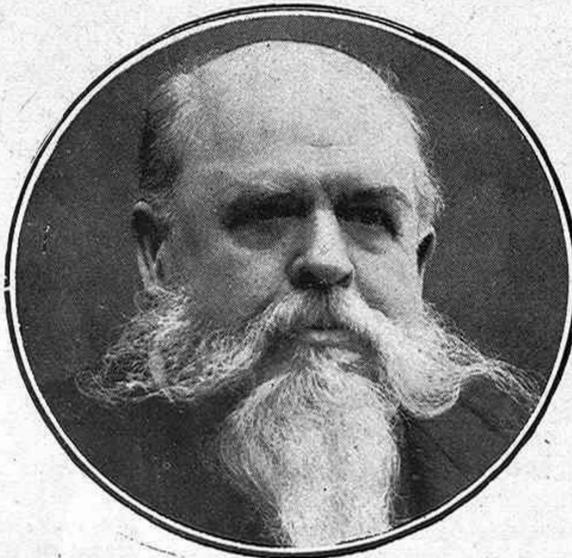
BRETON



CHAPI



LOPEZ SILVA



CABALLERO

DE MADRID

“GÉNERO CHICO”

Martín y Eslava, y el mismo Lata, que fué en sus comienzos, y hasta hace relativamente poco, un teatro de género chico. Diéronse á conocer autores como Luceño, Ricardo de la Vega y Javier de Burgos, y en diferentes escenarios estrenáronse obras que se hicieron centenarias, como *Cuadros al fresco*, *Los baños del Manzanares*, *La canción de la Lola*, *¡Cómo está la sociedad!*, etc.

La aparición de la «revista lírica» dió el definitivo espaldarazo al género chico. La generación actual desconoce aquella modalidad escénica, que no puede ni debe confundirse con las hoy llamadas «revistas», como *El Príncipe Carnaval*, á base de mujeres desnudas y trucos más ó menos sensacionales. La revista que pudiéramos llamar clásica era algo así como un periódico escenificado, con sus alusiones políticas, su sátira social, comentarios á la actualidad, y, desde luego, música, mucha música, pimpante y pegadiza, de la que el público puede salir tarareando desde la primera audición. *De la noche á la mañana*, letra de Ruesga y Prieto, música de Chueca y Valverde, estrenada en Variedades en Diciembre de 1883, dió la pauta, que fué seguida en el mismo teatro y por los mismos autores con *Vivitos y coleando* (Marzo de 1884); poco después, en Agosto siguiente, en el Teatro Recoletos, un barracón veraniego situado en la calle de Olózaga, estrenábase *Los bando d Villafrita*, letra de Navarro Gonzalvo, música del maestro Caballero y dos años más tarde (2 de Julio de 1886), en el también veraniego Teatro Felipe, la obra cumbre de las revistas, *La gran vía*, de Felipe Pérez y González, con música de Chueca y Valverde. No se hicieron esperar otras muchas, entre las que descuella *El año pasado por agua*, de Ricardo de la Vega y de los mismos compositores, que vió la luz pública en Apolo el 1 de Marzo de 1889. La revista fué cultivada por muchos autores, casi todos los que por aquella época estrenaban; pero especializáronse en ella Perrín y Palacios. Además del *Certamen nacional*, que, musicado por Nieto, se representó en el Príncipe Alfonso con éxito enorme, dieron á las tablas, entre otras, *Cuadros disolventes*, *Enseñanza libre*, *Cinematógrafo nacional*, *A B C*, *El juicio oral*, etc. Algunas revistas hasta alcanzaron enorme influjo en la política española. Los famosos cuplés de Gedeón en *Cuadros disolventes* tuvieron mucha culpa de nuestra guerra con los Estados Unidos, de tan fatales consecuencias.

Otra «modalidad» del género chico es la comedia lírica. A ella pertenecen *Chateau-Margaux*, de Jackson Veyan y Caballero; *El lucero del alba*, de Pina Domínguez y Caballero; *El gorro frigio*, de Félix Limendoux, Celso Lucio y Nieto; *La baraja francesa*, de Sinesio Delgado y Valverde (padre); *Los baturros*, de Jackson Cortés, Jackson Veyan y Nieto; *Triple alianza*, de Caballero, y *La indiana*, en la que se dió á conocer, como promesa de gran compositor, Saco del Valle.

Pero el aspecto fundamental del género chico tal vez sea el sainete. Sainete fué la obra cumbre del teatro por horas, *La verbena de la Paloma*, de Ricardo de la Vega y Breton. El libro de esta obra lo tuvo en su poder primeramente el maestro Chapí, que por aquel entonces era «el amo» de Apolo. Pero surgió una desavenencia entre el ilustre mú-



CONSUELO MAYENDIA



LUCRECIA ARANA



MATILDE PRETEL

sico y los empresarios de la «catedral», y Ricardo de la Vega recogió las cuartillas, entregándolas á Bretón, que, aunque hizo en sus comienzos partituras de género chico, estaba á la sazón dedicado á más altas empresas. Temerosamente empuñó la batuta el admirable músico la noche del 17 de Febrero de 1894 para dirigir el estreno de su obra. Varios profesores de la orquesta, próximos á él, le oyeron murmurar: «He cometido una torpeza insigne; voy á un positivo fracaso.» Como suele suceder en cuestiones teatrales, el éxito superó las más optimistas presunciones. Otros sainetes inolvidables fueron *Las mujeres*, de Javier de Burgos y Jiménez; *Las bravías* y *La revoltosa*, de López Silva, Fernández Shaw y Chapí, y la tetralogía madrileña de Arniches: *El santo de la Isidra*, *La fiesta de San Antón*, *Sandías y melones* y *El día de San Eugenio*. Esta última parte no obtuvo el éxito apetecido, tal vez por no haberla musicado el maestro Chueca, que es á quien estuvo destinada por su autor.

No hay que olvidar, como una modalidad interesantísima del género chico, que tuvo todos los aspectos del arte escénico, el de las obras esencialmente líricas, en que el libro no es sino un pretexto para que el músico se luzca. De ello son ejemplos memorables *El dúo de La Africana*, *Gigantes y cabezudos* y *La viejecita*, las tres de Miguel Echegaray y maestro Caballero.

El juguete cómico y el melodrama comprimido son también interesantes aspectos del género chico. Uno y otro tienen su representación culminante en Arniches, que, colaborando con García Álvarez, estrenó obras tan preciosas como *Los niños llorones*, *El terrible Pérez*, *El pobre Valbuena*, *El pollo Tejada*; y ya solo, ya con otros autores, logró aciertos como *El puñao de rosas*, *Dolores*, *Alma de Dios*, *Los granujas*, etc.

El sainete andaluz tuvo su figura repre-

sentativa en los hermanos Quintero, autores de *La buena sombra*, *Los borrachos*, *El traje de luces*, *La reina mora* y *El mal de amores*. Como secuaces de ellos aparecieron varios autores, entre ellos, el formidable Pedro Muñoz Seca y su frecuente colaborador Pérez Fernández.

La parodia, que hoy no se cultiva, tal vez por no existir obras de feroz truculencia, que, como las de la escuela de Echegaray, se prestaban á la comicidad con sólo volver la oración por pasiva, tuvo en el género chico representación considerable y digna de recuerdo. Fué su principal adalid Salvador María Granés, hombre graciosísimo, que, entre otras, puso en solfa las negruras de *Thermidor* y *La Tosca*, en las chistosas parodias tituladas *Thimador* y *La Fosca*.

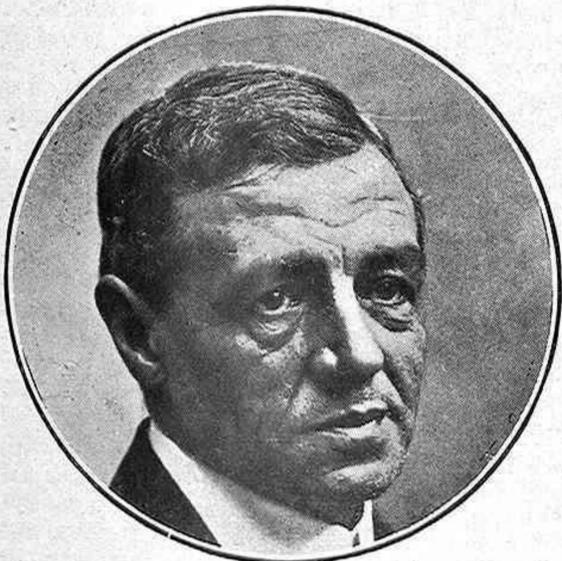
Las variedades y la opereta fueron arrinconando al género chico hasta hacerle desaparecer. Pero antes de esto, y como suele ocurrir en las luchas á muerte, los enemigos pactaron, y surgen obras de género chico influenciadas por aquellas modalidades: desde *El género infimo*, *El arte de ser bonita*, *La gatita blanca* y *La manzana de oro*, que en cierto modo pertenecen á la primera, hasta *El húsar de la guardia* y *La taza de té*, de Jiménez y Vives; *Molinos de viento* y *Los cadetes de la reina*, de Pablo Luna, y *La Corte de Faraón*, tal vez la obra modelo, cuya admirable partitura puso en primera línea el nombre del malogrado maestro Lleó. De ambas modalidades—variedades y opereta—participaban obras de difícil catalogación que obtuvieron gran éxito, como *El país de las hadas* y *La tierra del sol*, en que lució sus facultades creadoras el maestro Calleja, hoy inexplicablemente silencioso.

¿Actrices y actores que se distinguieron representando género chico? Son innumerables, como los mártires de Zaragoza. Vayan, cual botones de muestra, las hermanas Pas-

tor, Luisa Campos, María Montes, Isabel Brú, Irene y Leocadia Alba, Loreto Prado, Lucrecia Arana, Felisa Lázaro, Matilde Pretel, Consuelo Mayendia, Joaquina Pino, Rosario Soler, María Paláu, Lola Membrives, la Vidal, excelente característica... Y de ellos, Julio Ruiz, Manolo Rodríguez, José y Emilio Mesejo, Emilio Carreras, Pepe Riquelme, Enrique Chicote, Ontiveros, Moncayo, Ortas, Galleguito... Morano fué también, aunque circunstancialmente, actor de género chico, para estrenar en la Zarzuela una obra de Eugenio Sellés, titulada *La barcarola*. Estaba entonces Morano contratado en Lara, y la Empresa de este teatro, por deferencia á Sellés, accedió á la combinación, un poco molesta para el actor famoso, que, apenas terminado su cometido en la calle de la Corredera, tomaba su coche para trasladarse á la de Jovellanos, vestíase apresuradamente las calzas y la ropilla—*La barcarola* era obra de época, localizada en Venecia—, y declamaba unas quintillas altisonantes que le valían una ovación.

El Teatro Apolo, llamado «catedral del género chico», fué principal baluarte del mismo hasta fecha reciente. Cultivóse también en la Zarzuela, Eslava, Cómico, Alhambra, Príncipe Alfonso, Gran Teatro, Variedades, Recoletos, Eldorado, Maravillas, Felipe, Tivoli, Parish, Novedades, Romea, Martín, Barbieri y Gran Vía. En el momento culminante, hasta se hizo género chico en la Comedia, si bien transitoriamente y como por equivocación. Hoy está excluido de todas partes. ¿Muerto tal vez? No es de presumir. La moda, siempre tornadiza, le pondrá sobre el pavés nuevamente el día menos pensado. El mito del Ave Fénix tiene en el Arte, sobre todo en el arte escénico, su adecuación más genuina.

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA



CARRERAS



RICARDO DE LA VEGA



MANUEL RODRIGUEZ

Temas teatrales

La remota estética del «ballet»

PUEDE y debe pensarse ante los gayos espectáculo de los *ballets* modernos de ritmos precisos henchidos de sensorial esteticismo, de armónica grandeza y rútila entonación, en las remotas danzas de los tiempos primitivos (cuando aún no habían aparecido ni los rosicleses aurales del teatro) como elementos primigenios de ellos?

Cristian Gaehe, uno de los más conspicuos historiadores teatrales alemanes, asegura, ciertamente, que las primeras manifestaciones dramáticas, y con ellas las teatrales, han aparecido en todos los países mucho antes que la actividad literaria. Estas primeras manifestaciones dramáticas son las prehistóricas danzas mímicas que hacía el mago de la tribu acompañándose de música y masas corales en sus conjuros con objeto de ahuyentar los espíritus malignos; y otras pantomimas y mascaradas, á la manera de las descritas por el célebre maestro cantor de Nuremberg Hans Sachs, que, ligeramente mordidas por los siglos, llegaron aún palpitantes á nuestros tiempos.

En uno de los lejanísimos ímpetus de la civilización prehistórica griega, el pueblo, al cabo, menos supersticioso ó más descreído, pero avezado á las pantomimas, siguió enfrascándose en estos espectáculos, que dejaron de tener entonces el aspecto medroso y brujo de antes, para ser regocijantes é inofensivos.

A esta antiquísima época pertenecen las danzas en honor de Dionisos—bailes, cortejos, canciones—, festivales que luego fueron modificados introduciéndose, en lugar del ya anacrónico mito, héroes y reyes, primera piedra del arte escénico, que fué labrada primeramente por Tespis y luego por Esquilo, Sófocles, Eurípides, etc...

Los cantos corales iban siempre unidos á las danzas. Difícil es hoy el precisar el carácter de éstas; si eran ponderadas, de lento ritmo y movimientos suaves ó si eran frenéticas, alocadas, ó de graciosa é inspirada compostura, como las de la Karsavina y la Paulova, de hoy; de la sugestiva traza de las de Isadora Duncan, ó análogas á las que ensayábanse en el palacio principesco de la Polignac en el que las educandas de Loie Fuller seguían las normas rítmicas de Jacques Dalcroze.

El carácter cómico de algunos de los *ballets* de hoy tiene también su antecedente pretérito. Antecedente unido en íntimo maridaje con las primeras manifestaciones de los *mimos* y *atelas* á los que Espicarmo de Cos en Sicilia, su patria, dió cierto prestigio, escribiéndoles cortas poesías satíricas propicias al arte grotesco que representaban.

En la época del Renacimiento se solían intercalar en las representaciones de los dramas clásicos, vistosos espectáculos—los *Intermezzi*—de los que gustaba en gran manera el público cortesano. Eran graciosas pantomimas alegóricas ó mitológicas; y en ellos aparecían figuras de animales y monstruos sobrehumanos como en las danzas primitivas de Grecia, y se hacían éstas, á la manera de los mo-



Uno de los cuadros del acto II de «El Mikado», repuesto con extraordinaria brillantez en el «Prince's Theatre» de Londres

Meyerbeer, sin olvidar á Lulli—colaborador de Mo-lière—, Florentino, etc., etc., como hoy los modernos genios rusos, sintieron á las veces la tentación de este arte esencialmente teatralista.

En España tiene el *ballet* idéntico sabor ances-

tral que se señala para la generalidad teatral. Joaquín Costa apunta la posibilidad de que el teatro rudimentario español pudo nacer del elemento coral de la poesía lírica y religiosa, y es sabido que este elemento iba siempre acompañado de danza. Silvio Itálico y Estrabón elogian la danza guerrera de nuestros celtas y las citan; Valerio Marcial, los coros de Ríamar. Mucho más reciente, Humbolt habla de pantomimas vascas; pero desde aquellos tiempos prehistóricos acá, y pese á nuestras danzas regionales—tan íntegras y tan varias, tan genuinas y raciales—, conservadas concienzudamente, carecemos de tradición teatral bailable.

Ni las Compañías de bailes rusos de Sergio Diaghileff, ni las del *Pájaro azul*, ni los «Bailes románticos rusos»—conjunto creado en Berlín bajo la dirección de Elsa Krunger, famosa danzarina rusa de carácter, y Boris Romanow, mimo sorprendente de original estilo, con la cooperación de artistas del prestigio y arte de Elena Smirnova, Claudia Paulova y Anatolio Obujow—, que han actuado en Madrid, han movido á que en España se iniciase un género nacional así, á base del folklore popular, tan pintoresco, tan teatralista, tan espectacular. La *muñeira*, la *sardana*, la danza prima, la *jota*, la danza vasca, los bailes andaluces, etc., etc., son mantiales purísimos, intactos aún, y quizá se ofrezcan todavía por mucho tiempo para los que en ellos quieran beber jugosa inspiración, sin que nadie repare en ellos.

¡Y acaso algunas de nuestras danzas de hoy, el *Altabizkar Kantua*, tenga su origen en las mismas fiestas mitológicas de los tiempos primitivos!

Muy lejos y diferentes, los modernos *ballets*, de aquellas danzas anteriores á toda manifestación teatral (que están menos lejos de los bailes populares nacionales de hogaño); pero no son ni podrían considerarse como al margen de ellos. Y seguramente que está más distante el teatro de hoy del teatro de los primeros griegos, que un Nijinski, un Kankh, un Fokine, de los días actuales, de los danzarines de los tiempos de los festivales en honor de Dionisos.

Y no deja de ser curioso el observar la perenne vitalidad de este espectáculo tan preteatral. Anterior á los gérmenes de la comedia y tragedia griega es el primer espectáculo conocido. Va unido á la tragedia después y á la comedia, y va adquiriendo paulatinamente preponderancia hasta lograr vida independiente, y en ocasiones—ahora se repite el caso—, con más pujanza que la vida farandulesca, señala el *ballet* un florido sendero estético é indica un camino de renovación y normas futuras aprovechables para el arte teatral...

Los gustos del público alemán entonces no eran propicios á óperas serias, ni siquiera á las de Reischard Keiser, en gran parte cómicas, sino que influenciado por los caprichos de la Corte, exigía y le placían más las pantomimas y las *feeries*.

Igualmente aconteció en otros países; en Inglaterra y Austria, sobre todo, que con la aparición de la opereta se puso de moda la vieja afición á la danza, en la que sobresalió la célebre Teresa Heberle y otras. Durante el Congreso de Viena—dice un comentarista—tuvieron las hermanas Elssler pendientes de sus piernas la atención de todo el mundo diplomático.

Pero en Alemania, y en Francia desde luego, es donde el *ballet* ha tenido más desarrollo y donde más y mejor resistió las inevitables mudanzas de los tiempos y crisis teatrales, y en donde la fidelidad histórica se cuidó en gran manera en los que tenían, como «Sardana nápaló», un motivo conocido, estrenado en el Teatro Real de Berlín á mediados del siglo XIX con una propiedad y lujo difíciles hoy de superar; y bien lejos, por cierto, del ideal sintético de Edward Gordon Craig que años después pretendía imponer en Berlín.

No fueron extraños al *ballet* los grandes maestros en música. Rameau, Couperin, Mozart, autor, entre otros, de *Les petits riens*,

E. ESTEVEZ-ORTEGA

al cristal» (Brunsen); el de dentífricos, cosméticos y demás afeites modernos; el de los pozos artesianos que hoy son nuestro orgullo el de los embalses prodigiosos de agua hoy copiados en todo el mundo; el de las canalizaciones para riegos, mejores aún que las nuestras, y aquellas otras que, como el actual de Suez, puso antaño los dos mares por medio de los brazos del Nilo; el de hipogeos asombrosos que las leyendas hacen comunicar hasta con América por bajo del Océano, hipogeos pletóricos de riquezas cual el de *Tut-ankh-amen* recientemente profanado...

Y ¿qué decir de las ruinas prodigiosas del Egipto, mil veces excavadas desde Mariette Bey hasta lord Carnavon, revelándonos siempre un secreto, produciéndonos siempre un asombro junto con una religiosa inquietud que nos mueve á pensar si aquellos hombres estuvieron más cerca de los dioses de las teogonías que de nosotros los hombres del escepticismo letal, de la duda necia y no cartesiana, y del prejuicio positivista; los hombres, en fin, que se preocupan de la «ciencia pura», olvidando la virtud que integra con la ciencia la Sabiduría salomónica. «Los conocimientos de los constructores de las Pirámides empiezan allí donde terminan los de Euclides, se ha dicho diferentes veces, siendo más fácil mencionar lo que sabían que decir lo que no sabían.» Tras las 140 columnas del hipóstilo de Karnac hay, en efecto, salas en alguna de las cuales la mole de Nôtre Dame de París no tocaría al techo, y más bien parecería un adorno en el centro del recinto (Cham-pollion). Luxor, las Pirámides, el lago Moeris, el Laberinto, el canal de Menfis que desvió para siempre el curso del Nilo, el templo de la Esfinge, los de Philae, Abu Simbel, Denden, Edfú, etc., ¡vuestro misterio excede á toda nuestra comprensión vanidosa!

Pero todavía está por explicar el misterio de misterios egipcios: su ciencia universal, aún solapada bajo sus innumerables papiros cuajados de jeroglíficos y que cuarenta ó más colegios de Magia en los últimos tiempos cuidaron de conservar fuera del alcance de los profanos.

Hoy yacen perdidos para estos últimos los escritos de Cadmo, Hellánico y Hecateo Milesio, apenas conocidos y nunca comprendidos por Diodoro de Sicilia, quien, sin embargo, se atrevió á tratar de fabulosas las iniciáticas cronologías de Manethon, sacerdote de Heliópolis, reinando ya Tolomeo Filadelfo, cronologías que Eusebio de Cesárea, bajo pretexto de traducción parcial de ellas, no hizo sino falsificar para adaptarlas á sus prejuicios cretinos. Los sacerdotes de Tebas nada quisieron revelar á Diodoro, dejándole entender sólo algo relativo á los nombres de sus 330 reyes de las últimas dinastías. Herodoto supo bastante más de todo esto que Diodoro, pues viajó por Egipto unos sesenta años después que los persas derribaran el trono de los Faraones, y pudo por ello recoger más antiguas y fidedignas noticias de los viejos sacerdotes de Menfis, aunque ya entonces estos últimos, para salvarlos de profanaciones, habían desfigurado los jeroglíficos.

Habían sido, en efecto, dichos sacerdotes iniciados en los más antiguos misterios ario-atlantes, y ellos fueron quienes introdujeron en su país aquella iniciación primitiva peculiar también á brahmanes y magos. Constaba dicha iniciación de grandes y pequeños misterios, siendo estos últimos públicos y religiosos, y científicos y privados los otros. La conocida con el nombre de Misterios de Isis y Osiris remonta, según Wasal, de dos mil quinientos á tres mil años antes de la era vulgar; pero esta es la fecha caldea; la aricatlan-te genuina era infinitamente anterior. Los sacerdotes egipcios, al tenor del severo precepto del siglo, no daban al pueblo ignaro el tesoro de sus sublimes verdades, porque le hubiesen profanado. Retirados ellos en el interior de sus templos y ocupados únicamente en la conservación y fomento de sus

ciencias, artes ó historia, mantenían un sabio comercio de ideas con sus hermanos de diferentes países, y sus virtudes severísimas, aunque inferiores á las de los solitarios gimnósofos de la India que se rieron de Alejandro, les hacían no perder nunca de vista el bien de toda la humanidad y enseñaron á visitantes extranjeros, como Pitágoras, con la más generosa munificencia.

En realidad, el Egipto antiguo estuvo siempre dividido, por decirlo así, en cuatro zonas ó países, representantes de otros tantos niveles intelectuales y morales, al modo de otras tantas «castas», castas que nada tienen que ver con las conocidas por tal nombre, quiero decir que del mismo modo que en otras regiones africanas, la del Atlas, por ejemplo, hay una región costera, profanada: la del vulgo de los *tamasig* ó «de la ignorancia»; otra región de mesetas llamada la *quelaya* ó «chelaya», la de los discípulos, y las alturas y desiertos donde se hallan refugiados los sabios con sus tesoros ocultos de iniciación, la región de los *gurús* ó maestros. En el Egipto religioso cabe hacer las mismas separaciones, á saber: *a*), la costera, mediterránea, en continua comunicación comercial por puertos como el de Cánope, con todos los países; *b*), la de Menfis, ó del Egipto medio, entre Cercasoro y Kemmis, visitada por Abraham, y tan rica en opulentos monumentos religiosos; *c*), la de Tebas, ó del alto Egipto, entre Kemmis y Siena, cuyo nombre es recordado por la Teba griega y por la palabra hebrea *Tebah*, que mística y exotéricamente tiene el mismo valor que la palabra *Elohim*, y, finalmente, *d*), la región inaccesible, la de las altas comarcas de Nubia y Abisinia, hasta las fuentes mismas del Nilo en la cordillera ecuatorial llamada del Ruwenzori y sus nieves, recientemente descubiertas por los exploradores europeos de los lagos Alberto, Alberto Eduardo, Choga, Victoria, etc., cordillera nevada de la que nos hemos ocupado en otro artículo de LA ESFERA. Esta última comarca inaccesible, Abisinia, es el alma del Egipto entero. Por eso Homero (*Ilíada*, I, 423) habla del viaje anual de los dioses á la Etiopía.

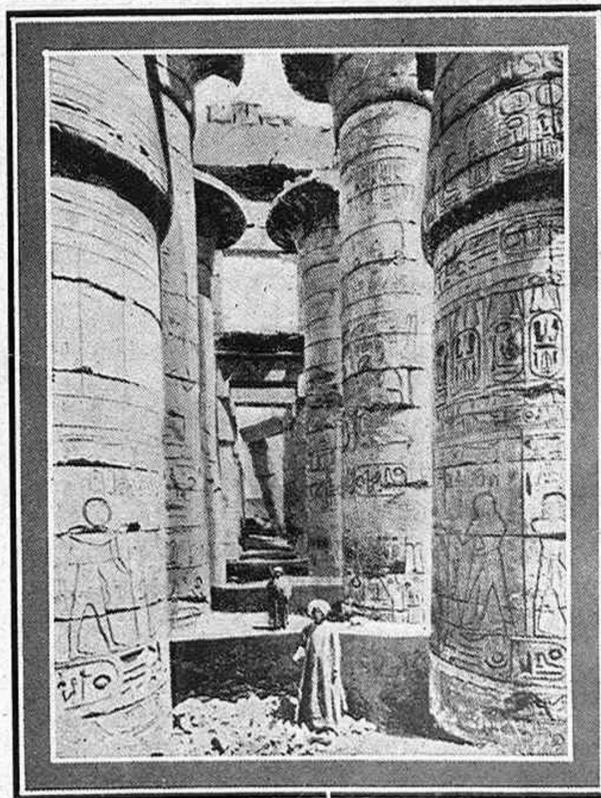
De aquí también la confesión escapada á Eurípides de que «Aethiopes ab Indo flumine consurgentes, juxta Aegyptum considerunt», y el que carios y jonios hablasen veladamente de los «campos etíopes» como de una antesala de los «campos elíseos», pues que los etíopes se consideraron tan anteriores á los egipcios como posteriores á los viejos hindúes, y la Abisinia con su desierto su-

perior de la Nubia hubo de ser llamada siempre «la primera tierra de Isis», siendo céleberrimos su templo de la diosa lunar y el del Sol ó Soleb en la Nubia y el de Ibsambul con sus cuatro colosos de sesenta pies de altura, análogos á las estatuas de Bamián y de la Isla de Pascua; es decir, temuroatlantes. En las mismas dinastías de los 330 reyes sucesores de Menes, figuran hasta 18 reyes etíopes, no habiendo podido las mismas invasiones de los hicsos ó reyes-pastores franquear la barrera misteriosa del alto Egipto para llegar hasta allí, pues que los sublimes sacerdotes etíopes, los autores del venerabilísimo *Libro de Enoch*, en el que se inspirase hasta el *Apocalipsis*, siempre tuvieron á raya en aquellas regiones á los reyes del bajo Nilo. «Perseguiste en vano á las nueve arcas», dicen las inscripciones del palacio de Medinet Abú en Tebas.

Por supuesto que aquellos reyes-pastores que no llegaron al alto Egipto son los sucesores de aquellos invasores atlantes citados por Platón, y de los que también nos habla Anquetil en su *Historia* y los doce reyes de la dinastía etíope: Atisanes, Mendes, Menes, Proteo, Renfis, Cheops, Kefren, Micerino, Becoris, Arquitis, Sabaco (el rival y vencedor de An-isis, «el ciego espiritual»), Sestos y Samítico son nombres simbólicos de otros tantos sacerdotes-reyes que actuaron en las conocidas luchas cuyo oleaje de flujo y reflujo acabaron por asolar todo el país. La Teúgica de Jámblico (*De mysteriis Aegypti*) contiene peligrosas enseñanzas acerca de los poderes evocadores de tales gentes, su dominio sobre las fuerzas desconocidas del éter y el poder de adivinación de lo futuro sin apelar á la necromancia de las *Sortes* (Biblis de Venecia, 5.^a edición. Discurso preliminar y tomo XXI), de las varas-serpientes (2.^a epístola ad Tim. III, 8), por los astros, la atmósfera, las aves, las fechas y varillas, el curso de los líquidos, la sangre de las víctimas, etcétera., porque la facultad de adivinar sin recurrir á malas magias sólo es propia de algunos dioses» (Herodoto, I, II, p. 83), y, como dice Macrobio (*Saturnalia*, I, I, c. 7), los egipcios no recibieron hasta los días de Alejandro á Saturno y á Serapis, porque nunca les fué lícito aplacar á los dioses con sangre ó por otros medios oblicuos, sino con súplicas ó incienso y sobre todo con buenas obras.

Donde más vivas huellas han quedado de aquel trascendental saber de los egipcios es en el primitivo jeroglífico simbólico ó ideográfico que distamos aún mucho de llegar á interpretar. En él, además, está el origen del alfabeto, porque, como dijo Cicerón: *Gens Aegypti rum quae plurimorum saeculorum et eventorum memoriam literis continet*; pero semejante problema, aún no abordado por los doctos, necesita para su nueva enunciación más espacio que el correspondiente á un ligero artículo porque no en vano hay que llenar con él ese vacío de innumerables años que, según los autores, media entre el Egipto arcaico y las dinastías faraónicas, y buscar esa «raza adelantada invasora en los primeros tiempos y dotada de plenísima madurez artística», que tanto ha preocupado á Maspero; raza adelantada en medio de salvajes trogloditas, como la que ya empiezan á entrever los estudios de paleontología y prehistoria conviviendo con los hombres de la piedra tosca y de la piedra pulimentada en diferentes puntos del planeta.

El felah ó ignorante pastor que en el célebre cuadro de Frederick Goodall entona cara á Oriente, al anochecer, mientras abreva en las sagradas aguas del padre-río, su plegaria ancestral, es el último sobreviviente de esa segunda raza que sirviera de dócil instrumento á aquellos elegidos, como aún se observa en nuestros días con los llamados *todas* en varias regiones de la India, el país de los etíopes orientales, hermanos gemelos de los de las orillas del Nilo...



Columnas en el templo del Rey Tehutimes III, en Karnac



Sube alegre, hijo mío, sube, sube,
irisado de luz, como una nube
en un día de sol tibio y dorado;
la vida, cuando es noble, sólo es eso;
subir, siempre subir—alma sin peso—
al soplo de un afán nunca alcanzado.

Al soplo de tu lírica esperanza,
tu vida, sin dolor, ahora se lanza
á conquistar, intrépida, la altura;
para tu bien, Dios quiera
que la aurora feliz de tu quimera
no se cambie, al llegar, en noche oscura.

Ya comenzó tu vida; serás hombre;
serás fuerte, lo sé; mas no te asombre
si sientes que vacilas en tu empresa;
la jornada es difícil, mucho, tanto,
que hasta el hombre más santo
siente, á veces, rendido, que le pesa.

Niño feliz que buscas la aventura
de trepar á la altura
de la vida; tu hazaña
tiene mucho de heroica, que en la vida
es lo mismo de ardua la subida
que escalar, sin caerse, una montaña.

UN CONSEJO

Por FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

Los odios, las envidias, lo nefando
que se esconde en la vida, al ir trepando
te pondrán el camino escurridizo;
lo que Dios hizo bueno,
trocándolo en veneno,
el hombre con sus mañas lo deshizo.

Te escurrirás, lo sé; como una hoja
te sentirás, temblando, en tu congoja
—¡lento el subir para caer de prisa!—;
latidos de dolor tendrán tus sienas
y, en vez de compasivos, sus desdenes
te ofrecerán los hombres con su risa.

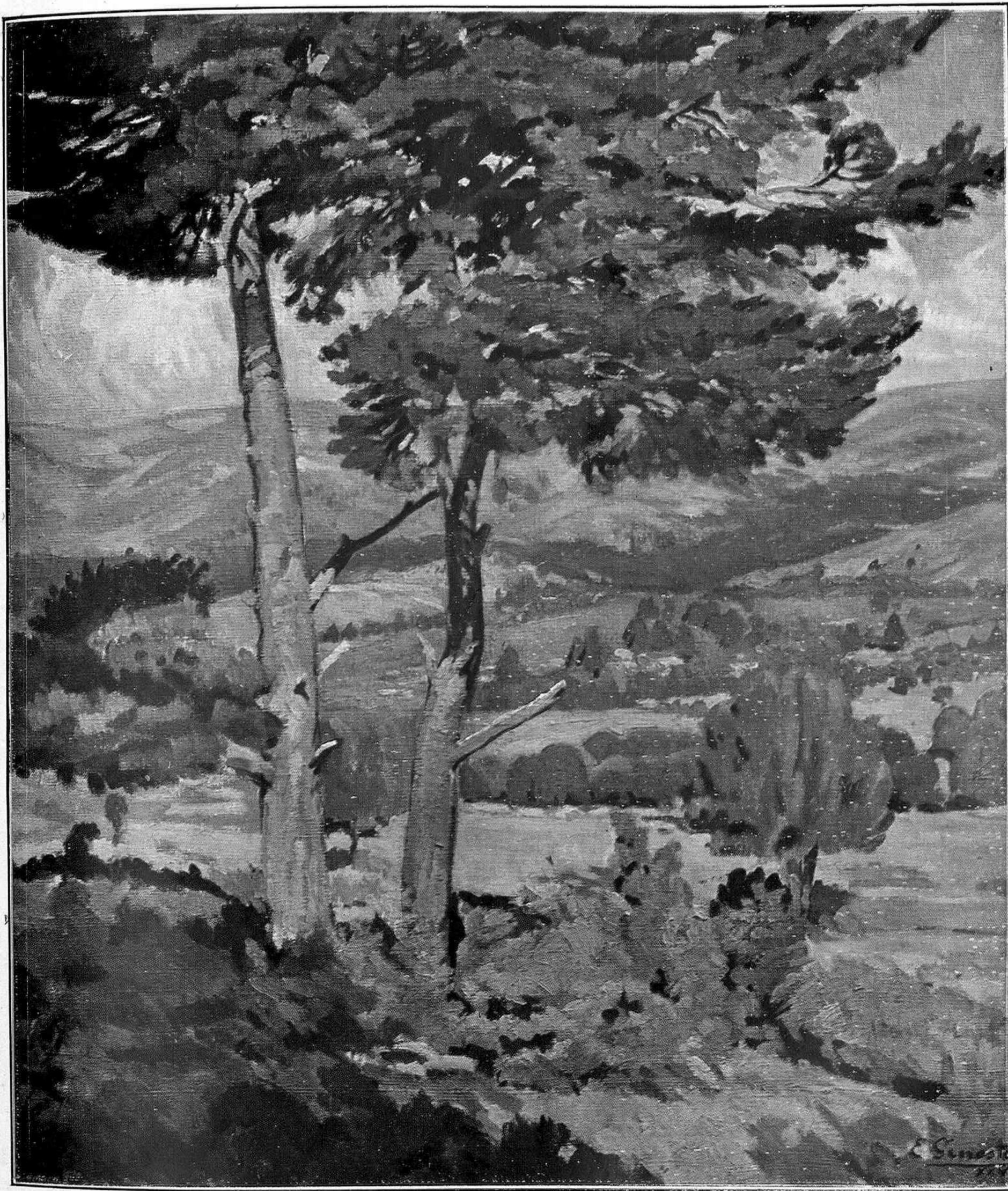
Pero tú vencerás, fuerte y sereno;
tuya será la gloria de ser bueno
sobre tanto rencor emponzoñado;
sube alegre, hijo mío, sube, sube,
irisado de luz, como una nube
en un día de sol tibio y dorado.

Sube siempre, sin miedo á la fatiga;
mas si ves que el cansancio, al fin, te obliga
á caer para oprobio de tus galas,
con impulsos, entonces, soberanos,
suple la ayuda débil de tus manos
con el vuelo invencible de tus alas.

Porque tú, como yo, todos nacemos
con alas que escondemos
por miedo á un no sé qué, y así, escondidas,
á fuerza de olvidadas,
al querer extenderlas, atrofiadas,
no impiden que caigamos, doloridas.

Sé niño, siempre niño;
que tu fragante corazón de armiño
siempre se encienda en su ilusión de ahora,
que tus claras pupilas
tengan; cual hoy, en su mirar, tranquilas,
siempre una luz de cristalina aurora.

Sueña, sueña; no olvides mi consejo;
que así, hijo mío, cuando seas viejo
no te verás de tu existencia ahito;
sé niño, siempre niño; ten la gloria
de conmoverte siempre con la historia
de la Bella durmiente ó Pulgarcito.

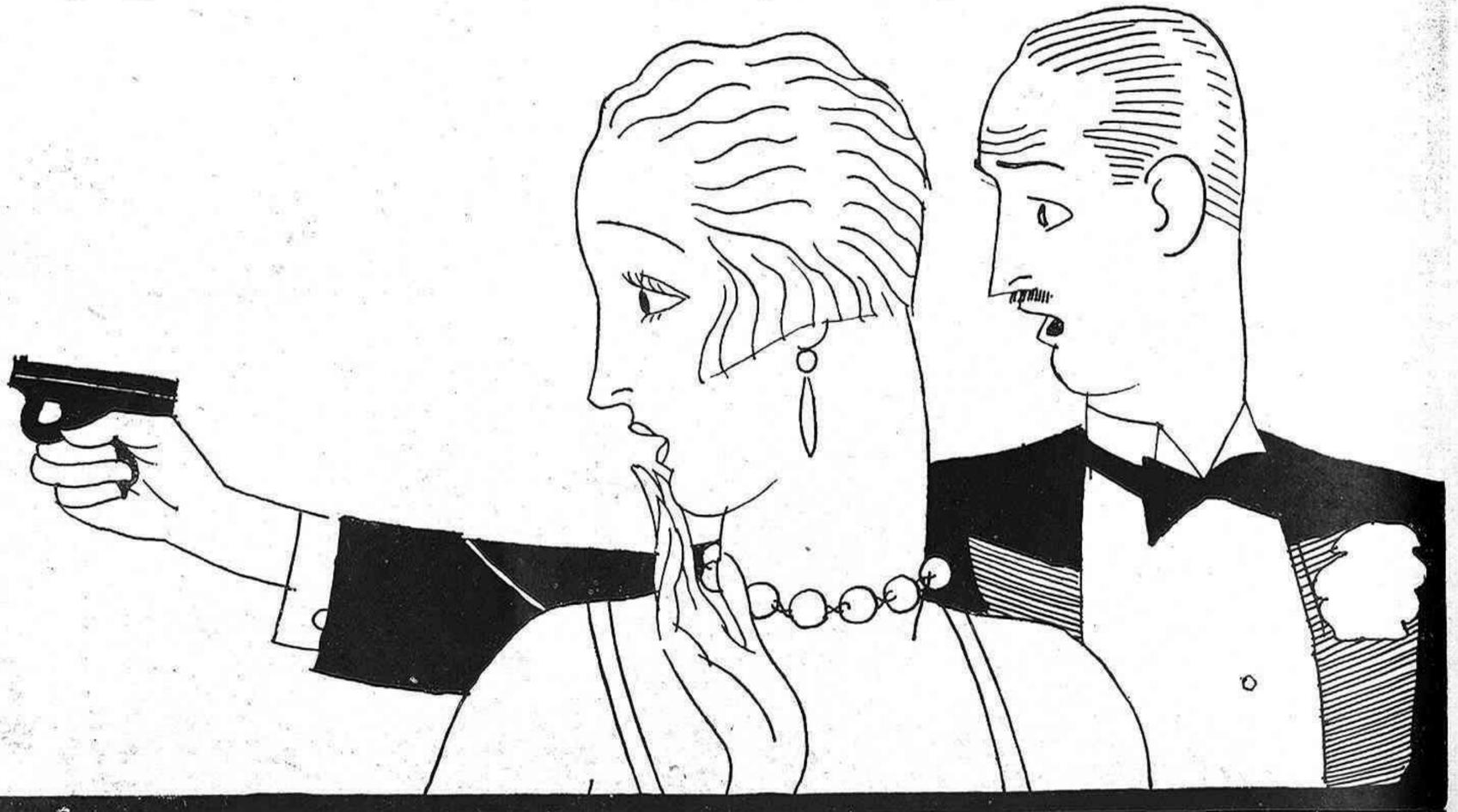


«Pinos», cuadro original
de Enrique Ginesta

Las modernas residencias de paisajistas, á las que se envían cada verano jóvenes artistas pensionados por el Estado, vienen aportando á la pintura contemporánea una serie de interesantes miradas sobre la Naturaleza. En el actual resurgimiento del paisismo, estas aportaciones juveniles se concretan á la Sierra del Guadarrama, á los pueblecillos inmediatos de la Cartuja del Paular ó á las incomparables cercanías de la Alhambra. Recientemente han derivado los jóvenes paisajistas hacia Asturias. La obra reproducida en esta página figuró en la última Exposición de Pensionados de la Escuela de San Fernando y expresa con certero luminismo un trozo de campiña serraniega.



CUENTOS EXTRANJEROS



LADRONES

La última aventura le costó cara.
¿Quién hubiese creído que se podía llegar hasta la señora de Negri?

¡Y que, de llegar á ella, fuera para algo! Casi nadie la llamaba por su nombre de pila, ni siquiera al mencionarla. Los hombres, en los salones, le besaban la mano como á una reina, y contenían su lenguaje en cuanto ella se aproximaba, altiva, á un grupo.

Realmente, era hermosísima; pero de una belleza, más que marmórea, alabastrina, de una materia fría y diáfana: llevaba su reputación intachable, como una corona de hielo.

Decíase que era una mujer sin amor, ó que sus amores eran, realmente, el marido con quien vivía desde hacía quince años, y el hijo, nacido á los siete de matrimonio.

No obstante, Corti, disimulando con discreción su donjuanismo de otros tiempos, con el que había llegado siempre donde se propuso, llegó también, casi sin proponérselo, hasta la señora de Negri. Fué el más inesperado y el más rápido de sus triunfos.

Era amigo íntimo y sincero del marido; ni quería ni deseaba á la mujer, con la que tenía una normal sinceridad y una cordialidad limpia de toda nube. Tal vez él era el único que la llamaba á veces Nela, familiarmente. Le hubiese parecido un delito, un inútil delito, el perturbarla.

Por ello sorprendióse un tanto cuando Negri, antes de emprender un viaje (no le había ocurrido nunca tener que alejarse de su mujer y de su hijo), le recomendó: «Mira, Corti: he de estar ausente cerca de un mes; trata de acompañar á Nela; no la dejes sola, por si necesitase algo.»

¡Cuántas veces no había oído idénticas palabras en los labios necios de otros maridos! .. Pero entonces ni les prestó atención.

Una noche, al llegar al teatro, se encontró á Nela en un palco, en compañía de una fa-

milia amiga. Se aburría. Durante tres actos, la protagonista, una pobre mujer desdeñada por el amor, se paseaba, rugía como una fierrecilla hambrienta..

Al terminar el espectáculo, Corti, como otras noches, se ofreció para acompañar á Nela á su casa, mientras los amigos se quedaban en la suya, muy próxima al teatro.

Mas no la dejó, como otras veces, en el portal, y sin manifiesta intención la acompañó hasta el descansillo. Allí, Nela extrajo del bolsillo la llave y la introdujo en la cerradura, que resistió...

—No hace mucho ocurrió lo mismo—murmuró—. Tuve que despertar á los criados. El cerrajero dijo después que alguien había tratado de forzar la cerradura.

—No lo creo—dijo Corti, sin convicción. Y apoyando su mano sobre la mano desnuda de ella, que aun sujetaba la llave, con un ligero esfuerzo abrió.

Entraron. El no se despojó en el recibimiento del abrigo. De puntillas recorrieron una fila de habitaciones hasta llegar á un saloncito.

—Voy á hacerle á usted un ponche—dijo ella en voz baja, y comenzó á disponerlo todo.

A veces parecía que su paso se hacía indeciso, que trataba de esquivar la mirada del huésped.

Cuando ambos se hallaron sentados en el diván, Corti observó las pupilas de la mujer: negras, penetrantes—dos tenebrosos granillos en los grandes ojos grises—, como quizá no las hubiese visto nadie hasta entonces.

La capa de ella descansaba sobre el respaldo del diván, y el traje rojo, de color de fuego, le dejaba al descubierto un hombro.

El trató de hablar; pero ella le impuso silencio, indicándole una pared y diciendo entre dientes:

—El niño está durmiendo en mi cuarto.

Entonces advirtió él que la boca, tras haber pronunciado aquellas palabras, seguía temblando, y, sujetándola por un hombro, la besó.

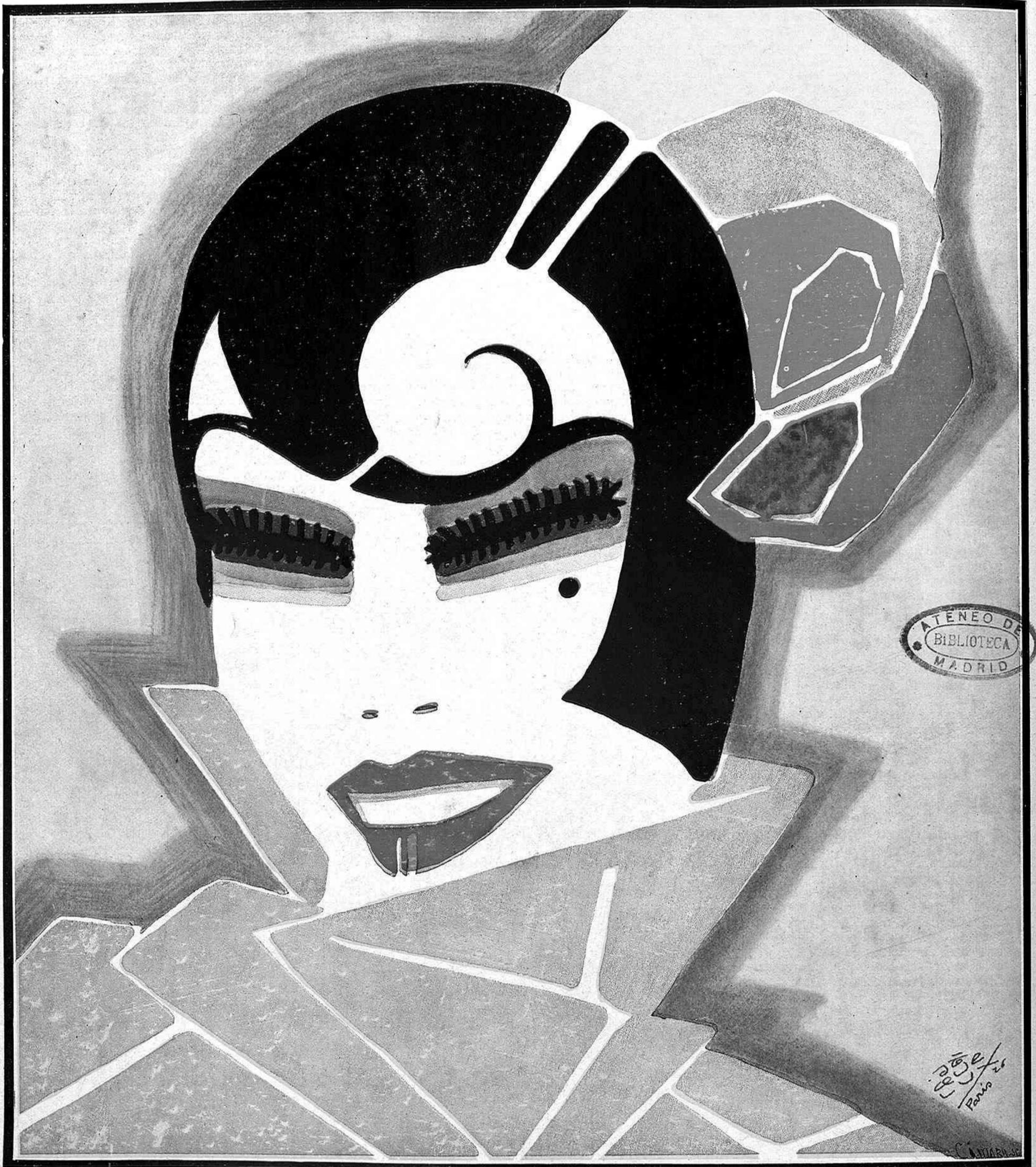
Un reloj de péndulo daba los cuartos; ellos dejaron de oirlo, y en todo aquel tiempo no pronunciaron ni una palabra. Corti recordó luego que había observado cómo la nubecilla de vapor de la cafetera había ido desvaneciéndose poco á poco; y varias veces también atrajo su atención el extraño efecto que ofrecía el vestido rojo de ella, que, deslizándose hacia el suelo, fué á caer sobre su abrigo, de nutria negra, y asemejábase á un montón de carbón coronado de brasa viva.

Al fin oyeron claramente dar las tres; la calle se hallaba sumida en el silencio de la hora plena de noche. Y á poco oyeron también un rumor, que no era el trepidar del reloj, ni siquiera la palpitación que la fatiga imponía á sus corazones. Era un ruido lejano de pisadas contenidas, el chirriar del entarimado bajo un peso prudente, que venía de la habitación contigua; la misma que ellos atravesaran, de puntillas, tres horas antes.

El terror pasó por el rostro de la mujer como una ráfaga amarilla. Apagó la luz: Corti, en la obscuridad, echó mano al revólver, y una idea, que no era nueva en él, que conocía de otras aventuras de amor, se hizo presente en su memoria: «El ladrón, de un momento á otro, puede trocarse en asesino.»

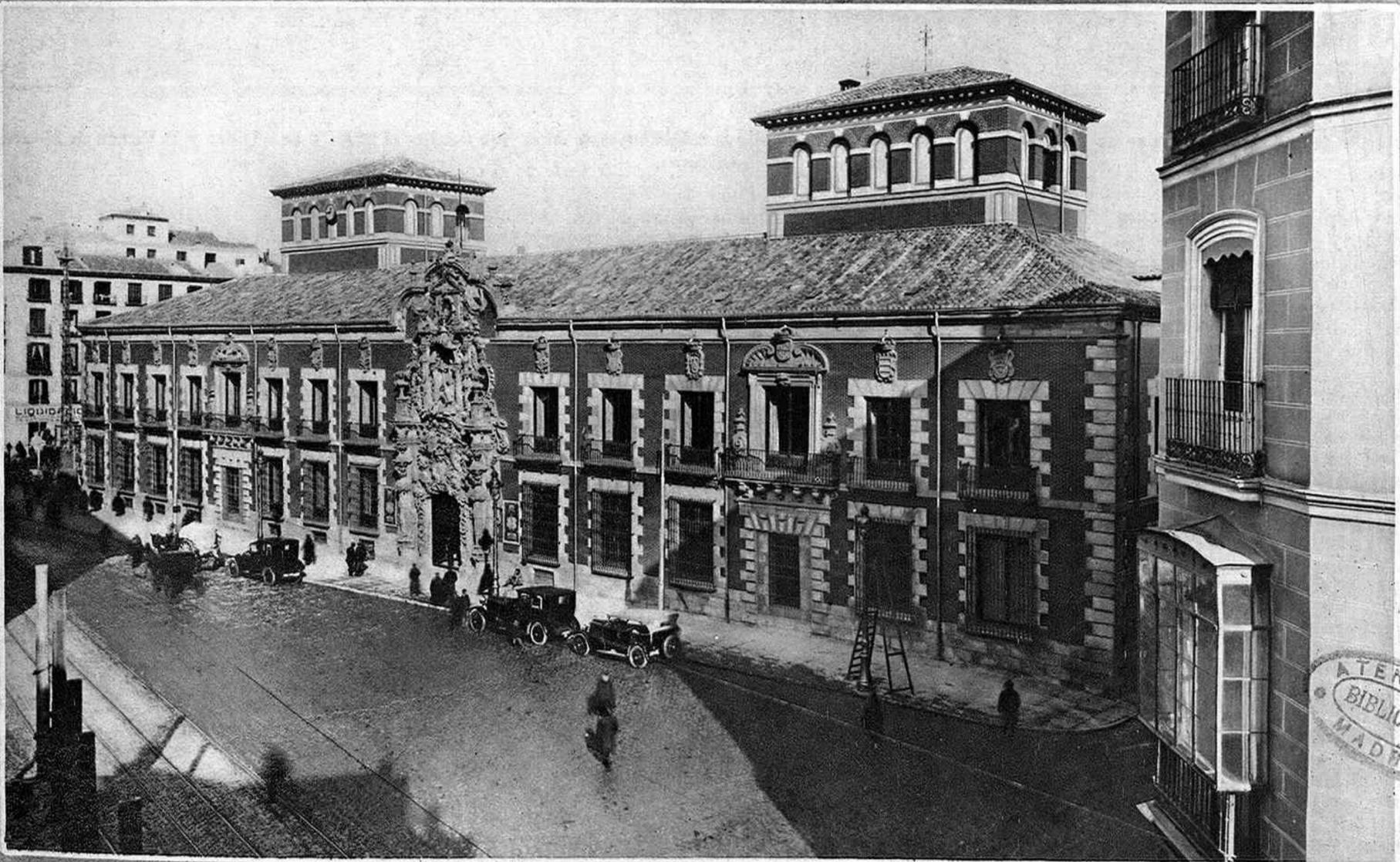
Mas el que había penetrado en la casa la conocía y sabía á ciegas el lugar de los interruptores. Tras haber abierto silenciosamente la puerta, dió luz. El gabán de negras pieles del amante y el vaporoso vestido de la adúltera se amontonaban en el suelo... Ella aferraba la capa entre las manos para cubrirse el pecho.

No era el marido, á quien no esperaban hasta dentro de cuatro días y que de ningún



MUJERES DE HOY

«La del "chárleston"»,
dibujo de Jacquelix



En la fotografía superior, el edificio del antiguo Hospicio, tal como se hallaba antes de llevarse á cabo las obras de restauración. Abajo, el mismo edificio en su estado actual, restaurado y convertido en Museo del Antiguo Madrid (Fots. Cortés)

EL ANTIGUO MADRID

Una Exposición que ya es el necesario Museo Matritense

I

Si en una de estas claras mañanas del año recién nacido, en que tan grato es pasear bajo el sol amigo de los madrileños

por sus vías amplias, también renacidas, vagan las sombras de D. Eugenio Llaguno y Amirola y de D. Juan Agustín Ceán Bermúdez por esa ancha plaza que ha surgido en la calle de la Florida, donde antaño había pa-



Interior de la Capilla donde se ha instalado la sección de culto y patronos matritenses, y en la que figuran el arca de San Isidro y la Virgen de Madrid
(Fot. Cortés)

tios y dependencias viejas del Hospicio Provincial; y si dan la vuelta para examinar la fachada, con su aspecto igualmente remozado, seguramente se harán cruces y repetirán indignados aquellos conceptos que les mereciera el autor de tal edificio, muestra expresiva del churriguerismo imperante.

«La depravación de la arquitectura fué creciendo cada día de tal modo—escribía primero Llaguno y refrendó luego Ceán Bermúdez en su excelente obra *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*—, que, entrado ya el siglo XVIII, llegó en la línea de lo malo á un término que era imposible pasar adelante, con particularidad en los retablos, en las portadas y en los adornos. Quien no lo haya visto ignora hasta dónde puede llegar el desarreglo de la fantasía. Nuevas inundaciones de gentes bárbaras, centenares de años parece no bastarían para correr el inmenso espacio que hay entre Francisco Bautista y Ribera. Lo peor fué que á los nuevos heresiarcas vinieron á las manos obras que, para rubor nuestro, se hacen notables: unas por su magnitud, otras por su situación y otras por la riqueza de los materiales. Figúrese un muchacho que dobla un papel, le recorta con mil vueltas, le extiende y halla una cosa al parecer bonita, porque un lado corresponde al otro: pues ésta es la arquitectura de los que al fin del siglo XVII tenían fama y, entrado el XVIII, eran la admiración de todos.»

Luego se encrespan más colérica y directamente con Hurtado Izquierdo, con Churriguera—en cuyos retablos «el maderamen y la hojarasca están en bellísima disposición para que no deje de pegarles fuego la primera vela que se les arrime», con Narciso Tomé y otros «jerigoncistas»; pero, sobre todo, con D. Pedro de Ribera, autor del Hospicio y de otras muchas obras. «Desde

que hizo la primera—añaden los terribles antibarroquistas—se le debió recoger para curarle el cerebro y destinar casa para todos los fatuos delirantes que ha habido y hay todavía. Acaso con esta providencia se vería libre Madrid de infinitos retablos que han de ser, mientras duren, el oprobio de la arquitectura de España en estos últimos tiempos. Semejantes delirios se aplaudían entonces.»

No sólo entonces. Sino ahora, cuando el curso del tiempo y la moderna estimación hacia el barroco madrileño movió á estimar lo que en la primera mitad del siglo XIX y buena parte de la segunda se despreciaba y vilipendiaba.

Y así, esta obra de Pedro de Ribera que en las Academias de la Historia y de San Fernando tuvo ecos hostiles y recogió diatribas furibundas, fué salvada en lo que de más característico tiene su fachada, crujiás y capillas, por el empeño entusiasta y activo de la misma Real Academia de Bellas Artes. Ella excitó el celo del Ayuntamiento para con dinero del tesoro municipal se librara de la piqueta, por acuerdo de la Diputación Provincial, encargada tantos años de su custodia y conservación inútilmente.

Gracias á la Real Academia de San Fernando y al Ayuntamiento de la capital, que luego de adquirir el edificio encargó de su consolidación á un arquitecto tan experto y culto como D. Luis Bellido, Madrid no ha visto desaparecer una de sus construcciones más características.

Pero además obtuvo el ensanche de la calle Fuencarral; se encuentra con una nueva plaza y unos jardinillos propicios al sosiego de la vejez y á los juegos infantiles, é incluso se le ofrece la promesa de un Museo Matritense, digno de la Villa y Corte, espléndida é inteligentemente iniciado por la meritísima Sociedad Española de Amigos del Arte.

II

Grato es volver de cuando en cuando la mirada y el ánimo al viejo Madrid, no sólo intacto y sugeridor en libros, estampas y relatos de madrileñistas, sino vivo, actual, pleno de encantadora persistencia más allá de los modernos trastrueques urbanos y falsificaciones costumbrísticas que el prurito europeizante nos impone.

Cada madrileño suele estar, dentro de su propia ciudad, ausente muchos años de ella misma.

Son esas ausencias fatales, inevitables, que concretan al avencidado en las urbes populosas á determinados barrios, con olvido absoluto de los restantes.

Pero un buen día, por exigirle deberes de relación social, ocupación diferente de sus horas ó simplemente ese gozo, cada vez más regateado al ciudadano actual, de «dejarse ir» sin prisa ni fatiga hacia lugares ajenos á su existencia cotidiana, descubre estupefacto la integridad rebelde de ellos á toda transformación descaracterizadora.

Detalles adventicios, aislados testimonios venidos de fuera en la forma insólita y pegadiza que también llegan á las provincias más reacias á perder su fisonomía social y arquitectónica, exaltan, pero no penetran, esas partes del viejo y lozano Madrid.

Diríase que el sencillo viaje de un trayecto subterráneo ó de una breve carrera taximétrica salva décadas de tiempo y centenares de leguas.

Y no nos explicamos el plañir de los madrileñistas frente á las costumbres y las formas nuevas, cuando tan fácil les aguarda la vieja esencia de sus ditirambos pretéritos y los asequibles motivos de su lirismo casticista.

He aquí, ciertamente, el Madrid de las calles tortuosas, con balcones de persianas y





Detalle de la sala de Napoleón, con la mesa sobre la cual se firmó la capitulación de Madrid

(Fot. Cortés)

tiestos floridos, con prenderías y tabernas y algareo de comadres y paseatas de ramerías con honesto vestir de hace veinte ó treinta años. Donde los *tupis* son ya clásicos, la nostálgica marchosería se encuentra á gusto y el habla recortada nos sorprende como un acento regional al oírle por primera vez. Callejas empinadas, malolientes, gangosas á gramófono y aturridas por la chiquillería; plazas de suave remanso, donde hay una fuente pública que á los atardeceres forma la cabeza de la larga serpiente de mujeres humildes con sus cántaros y sus botijos. Lecherías dudosas; escaparates de compraventa, con sus mantones de Manila, acordeón, sus orlas y solitarios y el fulgor de las joyas en oro colorizo; las cacharrerías que aun atraen las codicias infantiles por los juguetes de bajo precio detrás de los cristales polvorientos; casquerías donde los trozos sanguinolentos se mustian, y tiendas de comestibles que se titulan todavía de «Ultramarinos» y «Coloniales», ajenas al sabor de añoranza irónica. Grupos vocingleros y «colas» pintorescas á la puerta de los juzgados municipales y las tenencias de alcaldía. Siluetas misérrimas de pensionistas en su vergonzante indumento de lutos forzosos y descoloridos; pregones que habíamos supuesto ya extintos y eternos de vivaz alegría aquí, oportunos y exactos en cada estación del año que le es peculiar y propicia. Boquetes bajos en las fachadas decrepitas que descubren la complicación intestinal de los patios corredores y habitáculos pagaderos por semana; boquetes altos que consienten adivinar por las vidrieras abiertas del balcón el comedor con sus bodegones de cromo, su lámpara de hilos de cristal y su camilla de faldamenta de bayeta roja.

Y el peluquero de guitarra, cabellera rizo-

sa, jaula de codorniz y blusa larga que se asoma—sátiro grotesco separando malezas selváticas—los juncos sonoros y pintados de su cortina para chicolear la hembra de mantón y peinado de *peñaora* hábil en los moños antiguos la bandolina, pronta á cuajarse, en rivalidad de brillos, con las peinetas de bisutería.

Este posible milagro de permanencia, esta rebeldía á dejarse contaminar de las audacias repentinas y las asimilaciones súbitas, que significa la parte de Madrid tal vez más numerosa, no se sospecha dentro del restorán ultramoderno ó retrepado en el *auto*, á esa hora vespéral que congestiona la calle de Alcalá y aviva las *terrasses* de los cafés de la Gran Vía bajo la protección de los timbres, luces y mazas blancas reguladoras de la circulación.

Se olvida cuando vemos y sentimos agitarse los brazos de la ciudad—que son estas calles renovadas en el tronco viejo—, ávidos de asir futuros, ágiles y fuertes para las actividades recién reveladas, el corazón escondido. No de otra manera el hombre olvida al vivir, al agitar sus miembros al trabajar en un afán progresivo, el corazón suyo, dentro también están oculto y tenaz el secreto humilde, maravilloso é incambiable de su existencia.

Pero un buen día el dolor, la fatiga, la excesiva violencia ó la ilusión brotada con el ímpetu de un surco luminoso de cohete ó el ácuo del surtidor inesperado lleva hacia el corazón—del hombre ó de la ciudad—los brazos, con sus pulseras nuevas y sus músculos vigorizados, y la mano cada día más animada de la inteligencia le oprime y le acaricia y le exige mayor sacrificio en su vitalidad ó le otorga una ancha pausa de benéfico sosiego.

Y entonces las miradas van más allá de donde el corazón se escucha á sí mismo y de los brazos imantados de porvenir y de horizonte. Los automóviles han consentido la larga vista ciudadana. Son á la urbe populosa lo que los prismáticos al hombre sediento y ansioso de lejanías. Se las hace inmediatas, pero además aseguibles.

Fruto de las miradas de Madrid á través de sus vidrios de automovilista, es la gracia viva, el gozo doméstico y hogareño esparcido en lo que no más ayer fueran suburbios hediondos ó áridas planicies.

A Madrid puede aplicarse la certera opinión de Wells á Londres en sus *Grandes lineamientos del arte*: «La arquitectura doméstica degenera aun más que la pública á través de la mayoría del siglo XIX. El enorme aumento de las poblaciones europeas, que absorbió la mayor parte de los crecidos recursos de la época, llevaron á una horrible proliferación de casas bajas en torno de las ciudades crecientes, filas interminables de casas pobres y pequeñas y de destartadas viviendas en la mayoría de los otros países europeos. Sólo á fines del siglo, y cuando descendió la proporción de nacimientos y los automóviles vinieron á contribuir á la redistribución de la población que se había ido acumulando alrededor de las estaciones ferroviarias, pudo revivir la arquitectura doméstica y deliciosos tipos modernos de quintas y residencias campestres aparecieron.»

A la horda de refugios sórdidos, á las calvas agrarias que en otro tiempo anunciaban Madrid á los ojos del viajero atraído por él, han sucedido hoy estas sonrisas arquitectónicas que expresan, como rostros de gentes de distinta condición, toda una escala de sentimientos, desde la altivez fanfarrona al hu-

BIENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

Sala de paseos madrileños, en la que figura, entre otros detalles escultóricos de las antiguas fuentes, la estatua de la famosa Mariblanca que hubo en la Puerta del Sol

milde y pio regocijo por haber logrado la pequeña manumisión.

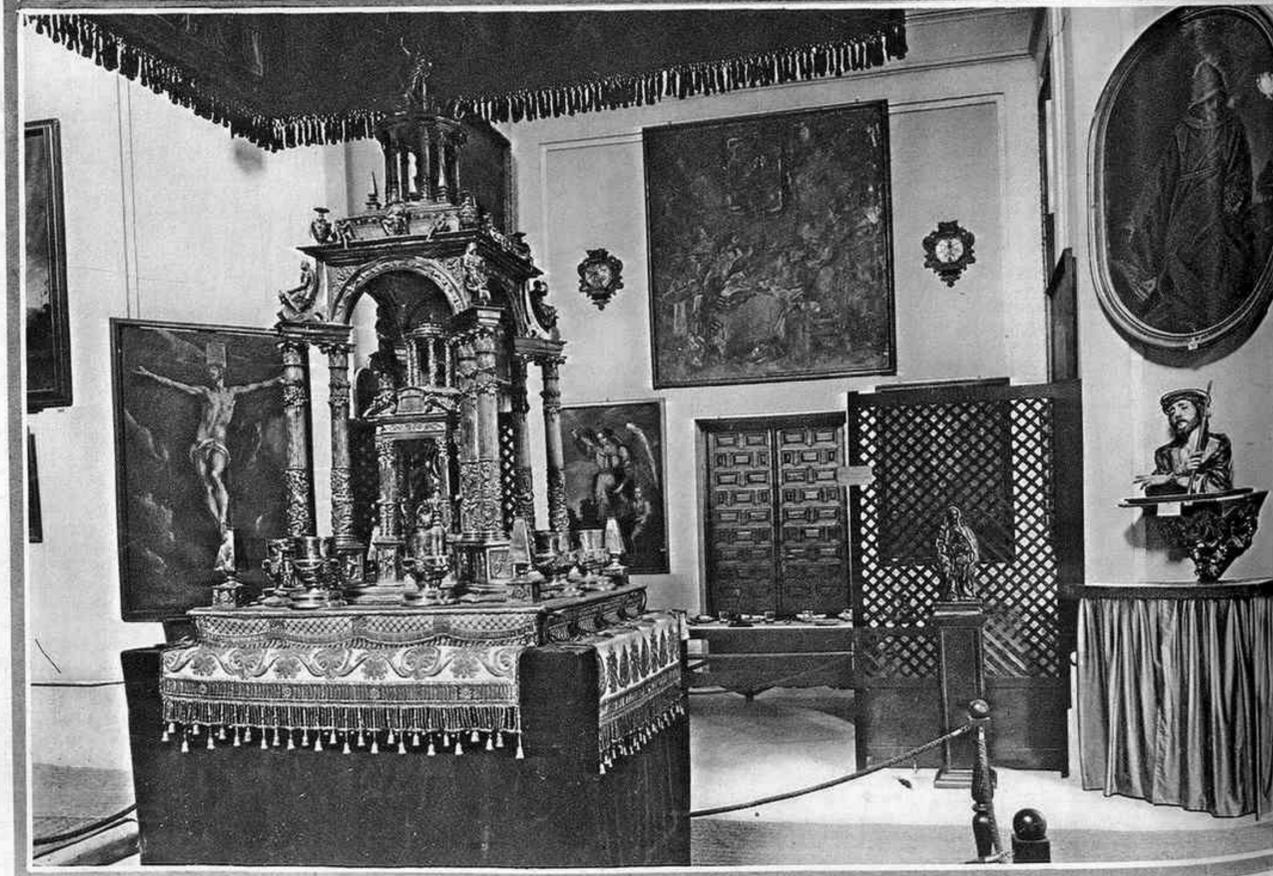
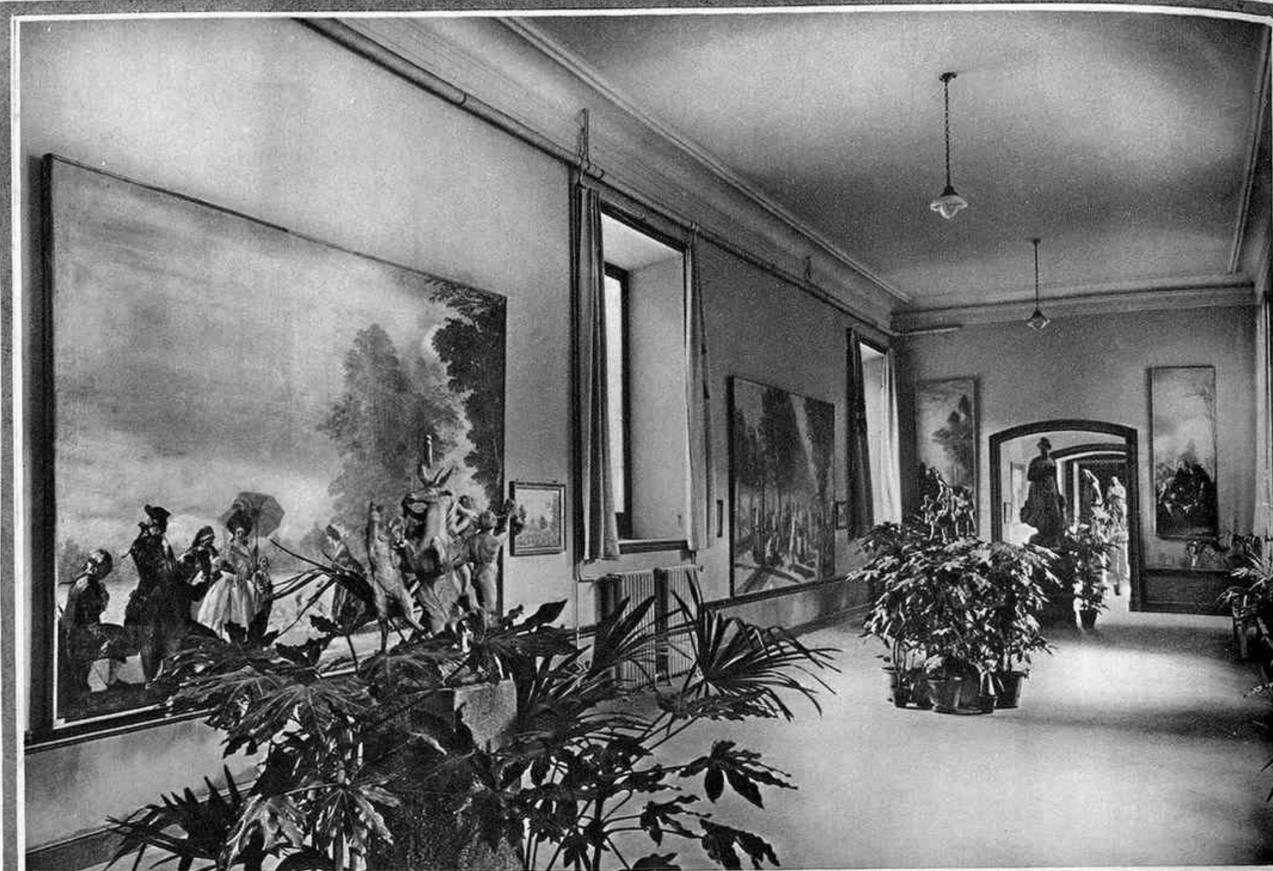
Nolimitado, como durante algún tiempo, á sectores homogéneos de la ciudad, sino haciendo compatible y coincidente con los retornos al viejo Madrid y las escapadas al futuro, la residencia habitual en el nuevo puede el madrileño actual darse cuenta por sí mismo de la sencilla emoción, del dulce reposo que invade y fortifica al igual de alma y cuerpo del hombre, el espíritu y materia urbanos cuando la mirada puede extasiarse para descanso de los brazos y caricia del corazón.

III

No con la sorpresa y cólera de las buennassombras de Llaguno y Ceán, sino más bien con el deleite que el madrileño actual se asoma de cuando en cuando á festejar de realidad presente su nostalgia de otros días en los entraña.

Detalle de la Capilla. La Custodia del Ayuntamiento, un «Ecce-Homo» de Pedro de Mena, y en el fondo, reconstrucción de un refectorio de monjas

(Fots. Cortés)



Sala de la Sección de Industrias Artísticas, donde se exponen tapices de la Real Fábrica, porcelanas del Retiro, orfebrería de la Platería Martínez, y en el centro, una silla de manos de Carlos III

bles barrios de la ciudad ó sale á respirar el aire libre inquietado de automóviles y alegrado de nuevas edificaciones en las afueras embellecidas, vagarán con lento y gustoso orgullo, por las salas de la magnífica Exposición, las sombras de López de Hoyos, González Dávila, León Pinedo, Alvarez Baena, Juan Antonio Pellicer, Amador de los Ríos, Mesonero Romanos, Sepúlveda, Peñasco y otros varones que en vida amaron el Madrid pretérito y coetáneo, añadiendo á su fisonomía histórica rasgos perdurables.

Porque encontrarán en estas salas mucho de lo que fué encanto de sus ojos y revelaciones á su curiosidad. Desde el otro lado de balcones y ventanas, el hervor de las horas actuales envía sus sonidos y sus voces que



Otra sala de la Sección de Industrias Artísticas, donde se halla el gran centro de cerámica del Retiro. En el muro, un magnífico tapiz de la Real Fábrica, hecho sobre el famoso cartón «La siega», de Goya. Ante él, un reloj de cerámica y mesas con mosaicos artísticos de piedras duras

(Fots. Cortés)



Salas de pintores madrileños en la Exposición del Antiguo Madrid

(Fot. Cortés)

con la luz advienen hasta cuadros, grabados, muebles, libros, telas, porcelanas, armas, imágenes sagradas y reliquias populares. Pero poco á poco, á medida que el hechizo de la evocación se nos adentra, es como si un gran silencio nos aislase del tiempo y del lugar actuales. Todo adquiere un valor de vitalidad y de emoción extraordinarios. El pasado resurge poderoso y nos rendimos á su influjo...

¿Cuántas horas hemos pasado así, dominados así, suspensos así de la alegría un poco melancólica que el arte, la poesía y la erudición estética saben despertar con sus evocaciones?

Sorprende descubrirlo cuando salimos otra vez á la calle, cuando dejamos—para volver, claro está—el antiguo Madrid por el viejo Madrid ó el Madrid nuevo.

Ciertamente, de tantas Exposiciones de tal índole como lleva celebradas la Sociedad Española de Amigos del Arte, es esta la que mejor define su maestría, competencia y buen gusto.

Importa mucho relevar los nombres de quienes constituyen la Comisión organizadora: D. Félix Boix, D. Francisco Ruano, conde de Casal; D. Joaquín Ezquerro, marqués de Valverde de la Sierra; D. Julio Cavestany, D. Miguel Velasco, conde de Polentinos; D. Luis Bellido, D. Manuel Machado, D. Manuel Marín Magallón, D. Miguel Ortiz Cañavate, D. José Pérez Barradas y D. Joaquín Enríquez, secretario inteligentísimo este último, á cuya actividad y competencia se debe no pequeña parte en los éxitos de la Sociedad.

No menos de cuarenta salas contienen, distribuidas armónica y claramente, la aportación de ejemplares por la Familia Real, Aca-

demias, Municipio, Palacios, Conventos é Iglesias, Museos oficiales y colecciones privadas, que constituyen las nueve secciones siguientes:

Prehistoria madrileña; Planos, vistas generales; Puentes y Puertas; Residencias Reales, Vida social, Tipos, Costumbres é indumentaria; El culto: Instituciones religiosas y benéficas; Patronos de Madrid; Paseos; Lugares célebres; Teatros y espectáculos públicos; La fiesta de toros; Industrias artísticas (Armas, Tapicería, Textilaria, Bordados, Cerámica, Orfebrería, Hierros, Mobiliario, Guarnicionería); Artes del libro y Documentos históricos.

Todas y cada una de ellas nos hablan de la evolución de Madrid, de su abolengo y rango, de su crecimiento y transformación desde las alusiones á los yacimientos prehistóricos del Parador del Sol, del Sotillo y San Isidro, hasta la entrada de las tropas victoriosas en la guerra de Africa, con ordenada y clasificada suma de testimonios que empiezan en las armas y útiles del neolítico y paleolítico, para terminar en las frágiles aleluyas salvadas de volar en pedacitos, como sus compañeras, en otros Corpus y Viernes Santos lejanos.

Se sigue el desarrollo secular de la Villa, los sucesivos avatares arquitectónico-costumbrísticos de sus sitios culminantes ó céntricos, á lo largo de estas series de dibujos, lienzos, planos, panoramas que la retratan en las diversas edades de su vida. La vemos sufrir, gozar, apasionarse de monarcas ó de revolucionarios; holgarse en los toros y defenderse contra los invasores. Asistimos al desfile de los cortejos reales ó á los tumultos de asonada y motín, ambular tranquilo en los lugares de placer y recreo ó esparcirse por cami-

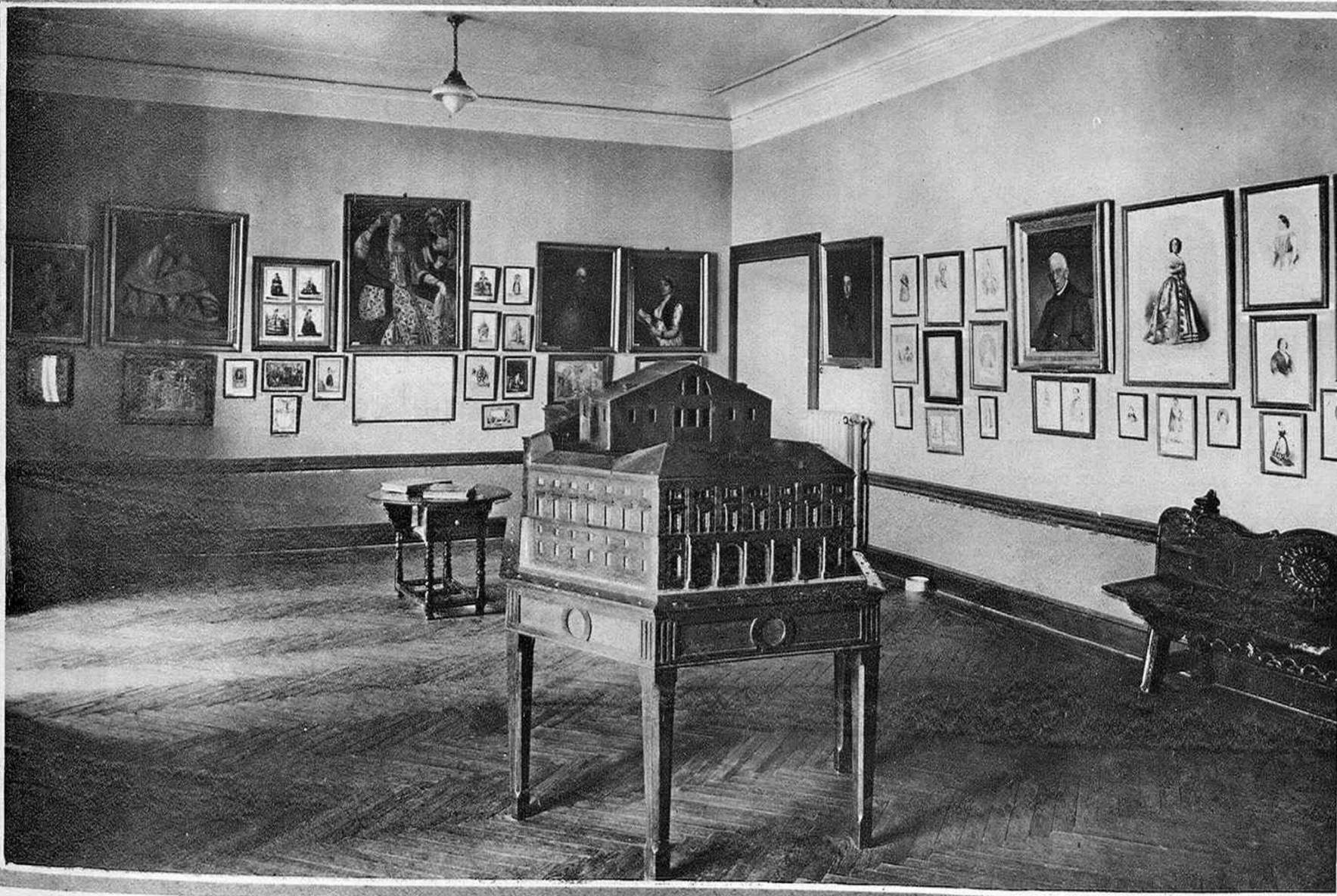
nos y carreteras más allá de los puentes y la puertas de tan castellana traza.

Inevitablemente pensamos en otra sombra gloriosa, también apasionada de Madrid, y que también habrá de recorrer estas salas con aquella su silueta flaca, su tenaz silencio y su mirada aguda, la de D. Benito Pérez Galdós, quien al final de la edición ilustrada de los *Episodios Nacionales*, escribió: «Lo que comúnmente se llama *Historia*, es decir, los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de Reyes y Príncipes, de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos, no bastaba para fundamento de estas relaciones, que ó no son nada, ó son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Era forzoso pedir datos á los olvidados anales de las costumbres y aun de los trajes, á todo eso que la tradición no sabe defender de las revoluciones de la moda y que se pierde en la marejada del tiempo, dejando rastro muy débil en los archivos del Estado».

Es esto la Exposición del Antiguo Madrid. Capítulos admirables de su *Historia*. Y no fría dogmática estadística, sin calor de humanidad, sino plástica, dinámica, palpitante en un tal reflorecimiento de sí misma, que nos sentimos contemporáneos de cuanto por milagro del arte y por fervor del coleccionista se ha conservado.

Y el vivir, el sentir, hasta el *respirar* de los matritenses de ayer nos sale al paso apenas ponemos el pie en el umbral de la puerta, abierta ayer á los huérfanos, los achacosos y los desvalidos, y que debiera dar mañana acceso al Museo Matritense.

José FRANCES



En la fotografía superior, el edificio del antiguo Hospicio y de la actual Exposición del Antiguo Madrid, visto desde los jardines Pablo Iglesias. En la fotografía inferior, la sala de teatros y espectáculos, con retratos de actores, actrices, bailarines y autores dramáticos madrileños. En el centro, la maqueta corpórea del Teatro Real

(Fots. Cortés)

LEO DE
BIBLIOTECA
MADRID



La curiosa portada del Hospicio, que se conserva en el edificio restaurado. Es obra de D. Pedro de Ribera, fué terminada en 1725, y de ella dijo Mesonero Romanos que era «el tipo más señalado del extraño gusto que se apellidó churrigueresco»

(Fot. Cortés)



OLGA, la terrorista, recibió el mandato de conquistar á aquel mozo aventurero, rico y galante, que en las noches doradas de los cabarets de moda derrochaba los billetes de Banco y triunfaba de todas las mujeres seducidas por la apostura gallarda, el gesto generoso y el habla apasionada del galán.

¿Qué podía importar á la terrible sociedad secreta, de que era afiliada, aquel guapo mozo dilapidador, entre cuyos labios habían dejado su perfume de amor las más codiciadas cortesanas?

Pero Olga recibió el mandato y era forzoso obedecer. Un emisario misterioso se lo señaló un día en un *dancing* de moda.

—Conquista á ese hombre—le dijeron—. Embriágalo, enloquécelo y apodérate de unos documentos que siempre lleva consigo. Son unos pequeños planos importantísimos para nosotros. Consíguelos, y que ese hombre no pueda hablar después.

Olga sabía lo que esto significaba. Era el amor primero, la traición y la muerte después... Pero era forzoso obedecer. Se jugaba en la empresa su propia vida.

Y ataviada con *toilettes* suntuosas, deslumbrante de joyas dignas de la favorita de un rajá, Olga fué al *dancing*... Un día y otro,

permaneció indiferente á toda insinuación, al asedio de los galanteadores profesionales... Llegó á adquirir un prestigio de inconquistable... Sabía ella que era el único medio de servir de acicate á él, habituado al favor de las mujeres.

Y él, fatalmente, estimulada su vanidad por lograr aquella mujer con la que todos habían fracasado, empezó á cortejarla.

Entre sus brazos, Olga, la inasequible, se dejó arrastrar en el torbellino de las danzas frenéticas; bebió vinos de oro en copas como cálices; sintió el enervamiento, la emoción irresistible de la palabra ardiente y apasionada del aventurero...

Poco á poco, resistiendo ella fiel á su fama de inconquistable, extremando él el asedio, Olga se encontró, con miedo no exento de placer, á merced de aquel hombre; se sintió enamorada, presa, como una esclava en el atractivo dominador y sensual del varón arrogante...

Quiso huir... A su resistencia, él aumentó sus ardides.

Ella, por no verlo, se reclusó en su hotel... Y entonces fueron cartas sabias, cartas locas, cartas enoecedoras, las que acabaron de rendirla. Ella contestó con otras, en las que le instaba á dejarla de asediar, presintiendo

peligros, haciéndole adivinar que su amor sería maldito é imposible...

Pero un día otro emisario misterioso llegó hasta ella á repetir la orden terrible. Urgía apoderarse de aquellos documentos que como un tesoro llevaba siempre consigo el aventurero... Era forzoso obedecer...

Y aquella misma noche la Muerte citó al amor. Y cuando el amor rindió al aventurero, Olga la terrorista alzó su puñal sobre el pecho inerme y lo hundió en él de un solo golpe... Un golpe que ella sintió ardiente y dolorosísimo en su propio corazón...

Y luego, cerrando los ojos por no contemplar a su amor muerto, Olga, esclava del mandato terrible, se apoderó de los únicos papeles que llevaba sobre sí el aventurero...

Tomó temblando aquellos pliegos que habían costado la vida del único hombre que ella amó...

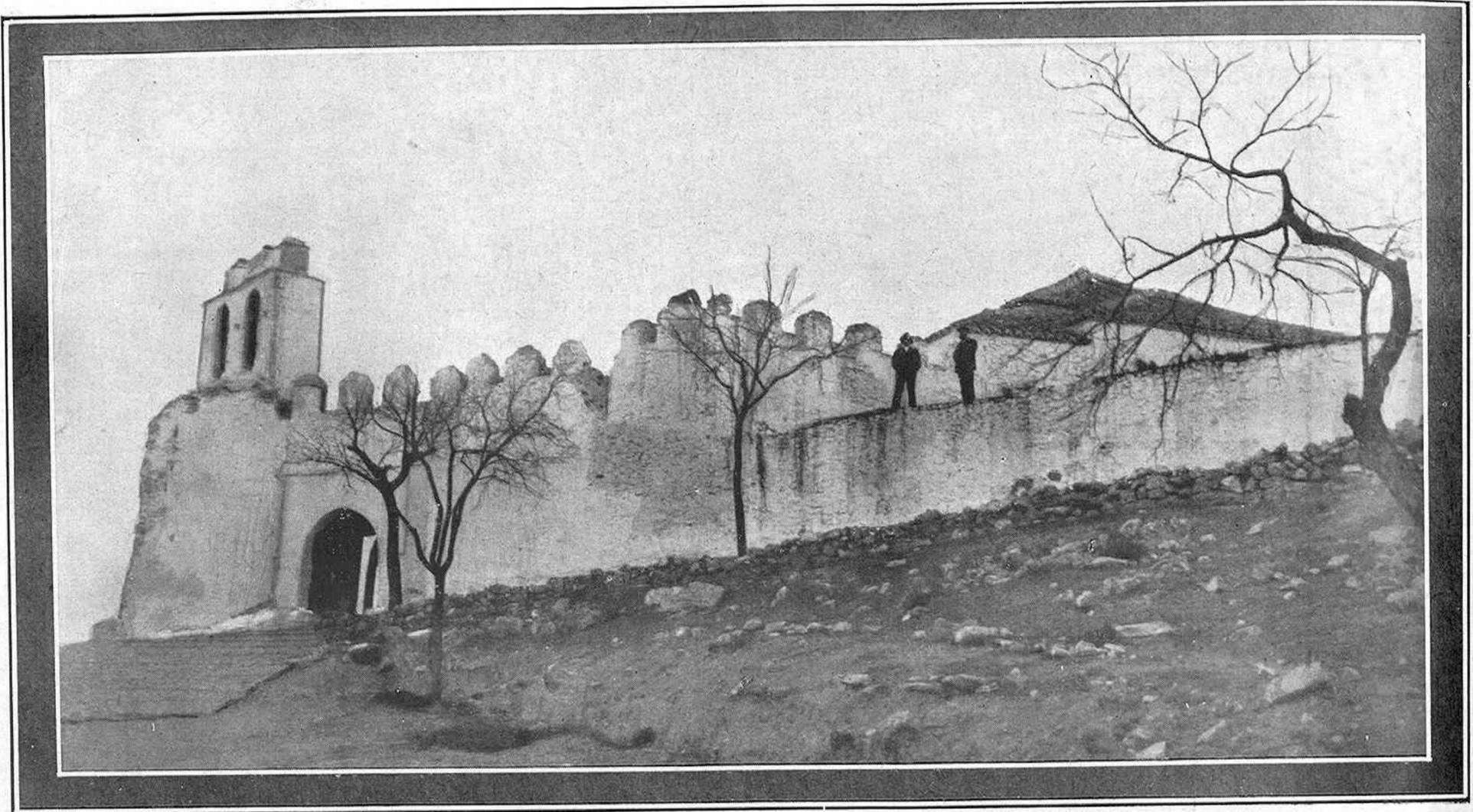
Y desorbitada de espanto, desgarrada por la desesperación, pudo comprobar que aquellos papeles, conquistados á trágico precio, eran solamente las propias cartas de ella, las misivas de amor que por librarle de la muerte había escrito á su conquistador Olga la inconquistable...

ALVARO REAL

(Dibujo de Manchón)

HECHOS Y LUGARES OLVIDADOS

ALARCOS Y EL RETO DE ALFONSO VIII



Restos de la muralla de Alarcos

La última mitad del siglo XII y la primera del XIII constituyen el período histórico que marca la mayor intensidad en la secular pelea entre cristianos y árabes por el dominio de la Península. En el centro de la llanura comprendida entre la Sierra Morena y los Montes de Toledo—llanura á la que los agarenos dieron el nombre de *Manxa*—, alzábase la ciudad de Alarcos, la antigua *Laccuris* romana, así nombrada por Tolomeo Alejandrino en su conocida Guía geográfica, situada en una prominencia cabe el Guadiana. En 1078 fué reconquistada á los árabes por el gran Alfonso VI, y constituyó, en unión de otras plazas vecinas, la dote que Almotamid, rey moro de Sevilla, dió á su hija Zaida, tomada como esposa por el monarca castellano.

¡Qué de cambios de dominio sufrió la ciudad con las alternativas que experimentaba la contienda entre la Cruz y la Media Luna! Perdida en 1107, fué recuperada nuevamente por Alfonso VII en 1130. Arrebatada otra vez, y reconquistada en 1147, fué entregada á las milicias de los Templarios. Pero éstos, con pocas fuerzas para impedir las acometidas mahometanas, no pudieron evitar que los alarbes se apoderaran de ella por sorpresa y la destruyeran en 1158. Reedificada por los caballeros de Calatrava, constituyó para Alfonso VIII el baluarte de su avanzada contra el enemigo.

Este valeroso monarca castellano, tan hábil guerrero como entusiasta protector de las Letras—á él se debe la fundación, en Palencia, de la primera Universidad española—puso en la alcaidía de Alarcos á D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya. Y creciendo en bríos, y aprovechando la ausencia del emir Almanzor, llegó hasta Algeciras, en triunfal incursión que le acreditó como el mejor capitán del siglo. Fué entonces cuan-

do vislumbrando por sobre las aguas mediterráneas la tierra cuna de sus enemigos, despachó su famoso mensaje ó reto al rey de los Almohades, concitándole á la pelea. ¡Bien lejos estaba el castellano de imaginar las funestas consecuencias de su acción valerosa! «Si coraje no te falta de medirte conmigo y hallas inconveniente en venir acá con el enjambre de tus africanos, envíame tus buques é iré yo personalmente con ellos á lidiar contigo en tu propia casa.» He aquí la versión del famoso desafío que nos da *El Kartas*.

El arrojó de Alfonso VIII levantó el ánimo de los monarcas de Navarra y León, quienes ofrecieron concurrir á la pelea contra el enemigo común. Hasta el Papa, Celestino III, manifestó su júbilo por ésta, que tenía todos los caracteres de Cruzada. Pero el resultado fué bien distinto de lo que se esperaba. El Califa ya estaba informado por el Rey de Córdoba de los propósitos y preparativos de los cristianos.

«Publicando en toda Africa—dice Colmenares—la *Gazia* (á imitación de nuestra bula cruzada), creyendo aquellas gentes engañadas que cuantos mueren en semejante guerra van á gozar de su paraíso, se juntaron 100.000 caballos y 300.000 peones.» El propio emperador Yacub-ben-Yúsuf, al frente de sus tropas, se trasladó, con asombrosa celeridad, desembarcando en Algeciras el 29 de Junio de 1195, y con un solo día de descanso en dicha plaza emprendió el camino de Alarcos, tras unirse á él Almanzor con sus mesnadas. Pasando por Sevilla, Córdoba y las Navas de Tolosa, llegó, á marchas forzadas, frente al cuartel general cristiano el 13 de Julio. Y el 19, miércoles, los de la Cruz, aun sin haber recibido los refuerzos esperados, hubieron de aceptar la batalla, que había de serles tan desastrosa,

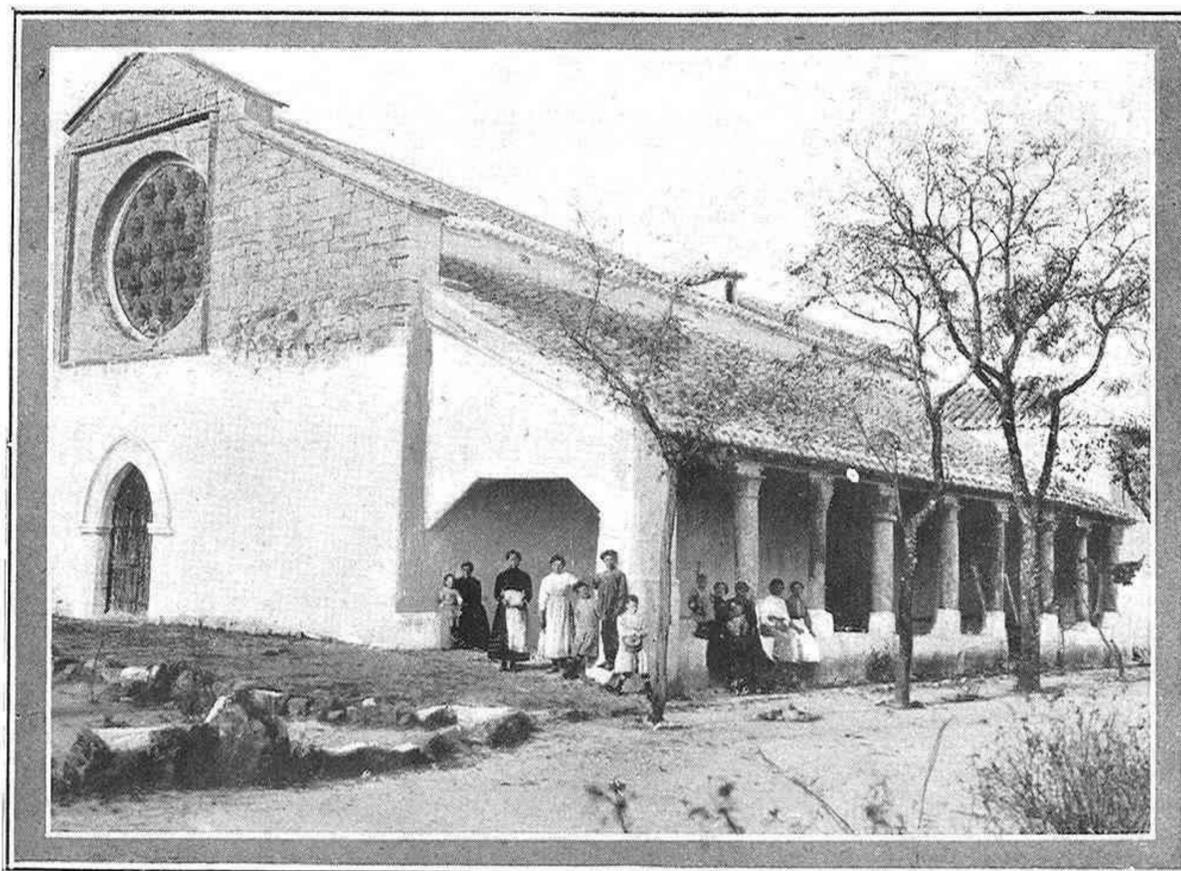
y que, con las de Zalaca y Uclés, constituyó la más grande derrota sufrida en todo el tiempo de la Reconquista.

«Grande fué el estrago, y horrible la mortandad causada en el ejército cristiano—dice un historiador—. Diez mil soldados que componían las mesnadas de las Ordenes Militares pelearon los primeros y vendieron á caro precio sus vidas. Con ellos murieron los obispos de Avila, Segovia y Sigüenza, que los exhortaban al martirio; quedando prisioneros 24.000, á los que Yacub puso en libertad para hacer gala de su generosidad. Siguió después su carrera devastadora hasta dar vista á Toledo y Alcalá de Henares, quemando y talando cuantas villas y aldeas halló á su paso.»

El obispo de Palencia, D. Rodrigo Sánchez, escribió que después de la batalla—que se libró fuera de la plaza, en la llanada aledaña—Almanzor puso sitio á ésta. Sin ejército con que resistir, pese á sus condiciones de defensa, hubo de aceptar la rendición, propuesta al jefe ya nombrado, D. Diego de Haro, por el lugarteniente del emir, D. Pedro Fernández de Castro, expatriado de Castilla á causa de su rivalidad con la casa de Lara, á la que Haro pertenecía. Se convino en dejar libre la guarnición, menos á D. Diego, que habría de quedar prisionero; pero éste marchó de la plaza sin ser visto, acogiéndose al campo cristiano. El cronista Rades de Andrada afirma que el de Haro huyó cobardemente antes, en plena batalla, con el pendón real, encerrándose en Alarcos, cuya fortaleza entregó sin resistencia. En la *Crónica de Don Alfonso X* léese bien claramente de esta guisa: «D. Diego López de Haro fuyó con la seña á la villa de Alarcos, seyendo aun el Rey en la batalla, é después el traidor dió la villa á los moros con su mano sin mandato de su señor.»

Pintoresco y evocador este lugar célebre de Alarcos, en donde palpita una de las páginas más luminosas del pasado. Conforme se va á él desde Ciudad Real, por la carretera de Navalpino, es de admirar el soberbio panorama que se contempla durante los contados minutos que tarda el automóvil en cubrir la legua que hay entre el histórico paraje y la capital manchega, la antigua villa del rey *Sabio*. En la mañana vernal, límpida y esplendorosa, destacan los accidentes, las tonalidades de la topografía circundante. Y la visión de todo ello es una fiesta para los ojos y para el espíritu. Estas son las huertas de la *Poblachuela*; ese alcor cónico, la *Atalaya*; los otros puntos blancos que se otean en distintas direcciones los poblados vecinos. Y cerrando el horizonte—hasta el que se extiende, desde nuestros pies, la maravillosa alcatifa esmeralda de viñedos y alcañal—las azulinas cordilleras de ensueño que circundan el anfiteatro de la genuina Mancha.

Al pie del río, que hemos pasado por el gran puente mandado construir por los Reyes Católicos en 1495, yérguese el cerro, y en él lo que queda de Alarcos. «Ancho patio al que adornan y embellecen algunos árboles y rodean fuertes y almenados muros—dice Hervás y Buendía—, algunas habitaciones dispersas, sin orden ni concierto edificadas, y largo portal sostenido por columnas de piedra es lo primero que se ofrece á la vista. Sencilla portada da ingreso al templo gótico, en el que se ve impresa la huella de diversas generaciones. Espléndido y magnífico en el siglo XV, y tan generoso como rico de fe é inspiración levanta el templo ojival de tres naves y dos capillas, que forman su crucero, con su severo y majestuoso artesonado, adornado con simbólicas pinturas, con sus esbeltas columnas agrupadas en haz, capiteles engalanados y grandioso rosetón sobre su puerta principal. Consecuente con la historia del santuario, da á su ábside un sabor bizantino é imprime á su retablo carácter antiguo y adornos del Renacimiento. Decadentes los siglos XVII y XVIII, dejaron en el abandono á esta joya de arte, y la acción destructora del



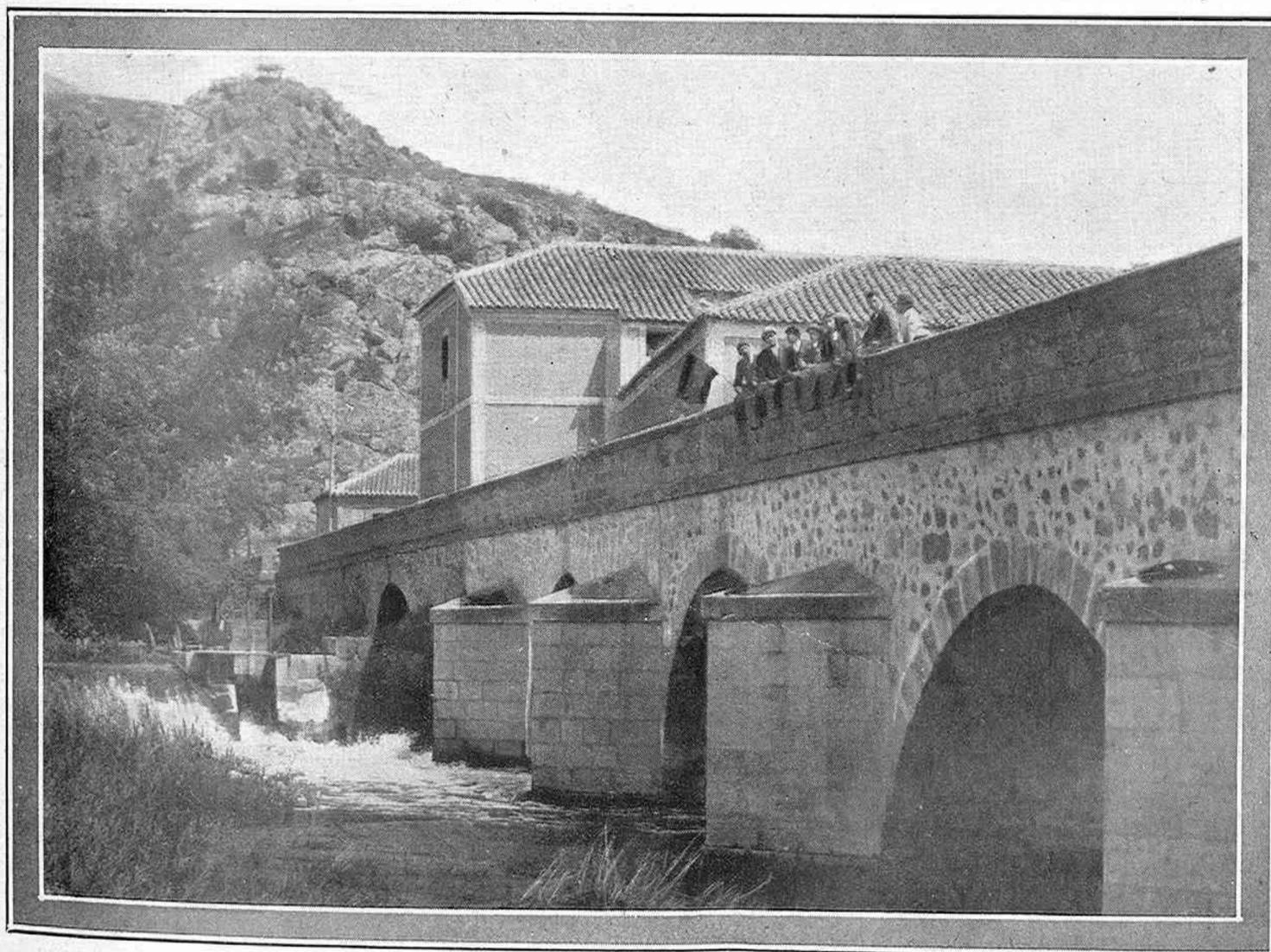
Vista exterior del santuario y el patio de Alarcos

tiempo amenazó de muerte al histórico santuario que guarda tantos recuerdos y atesora en sus ennegrecidos muros la historia de un gran pueblo. Pobre y abigarrado el siglo XIX, emprende su restauración sin recursos ni inteligencia; así convierte su rico artesonado en cielo raso que cubre parte del rosetón y derrama tan sin tino la pintura que cubre hermosos capiteles, molduras, relieves y portadas dignas de mejor suerte.»

Fuera del recinto, llaman la atención del visitante las excavaciones practicadas en las ruinas del castillo, con las que descubrióse

un lienzo de muralla cuyos sillares son, en opinión del padre Fita, de procedencia romana. La planta puede aún ser reconstruída con facilidad, pues emergen casi todos sus cimientos. Es un rectángulo, en el que se levantaron ocho torres, cuatro en los ángulos y otras tantas en los centros de las murallas laterales. El lado de la *Mazmorra*, junto al aljibe, debió erigirse, como la muralla exterior, á unos diez metros sobre el suelo terraplenuado. Desde aquí descubre la vista uno de esos panoramas vastos é inolvidables. A los pies, por el Poniente, el manso y caudaloso Guadiana, que aquí llega

tras describir su inmensa curva partiendo de Ruidera. Y por doquiera se mire, la infinita llanura de oro, verde y azul. Imaginativamente transporta el ambiente á la época en que este lugar era núcleo de la inquieta y guerrera vida española. Y, contrastando con la placidez de hoy, apenas turbada un día al año por la tradicional *romería*, el viajero entusiasta conocedor de estos fastos cree distinguir al enorme ejército agarano, «compuesto de parthos, árabes, africanos y almohades»—en la frase de Delgado Merchán—, «que era innumerable como la arena del mar»—según el arzobispo Giménez de Rada—; el desarrollo de la batalla, y hasta la estratagema árabe, ocultando la retaguardia de sus tropas en el lugar todavía llamado la *Celada*, junto al arroyo de la *Sangre*, con lo que sorprendieron y cerraron el paso á los cristianos en su repliegue...



El río Guadiana y su famoso puente junto á las alturas

(Fots. Pérez y Plaza)

ANGEL DOTOR

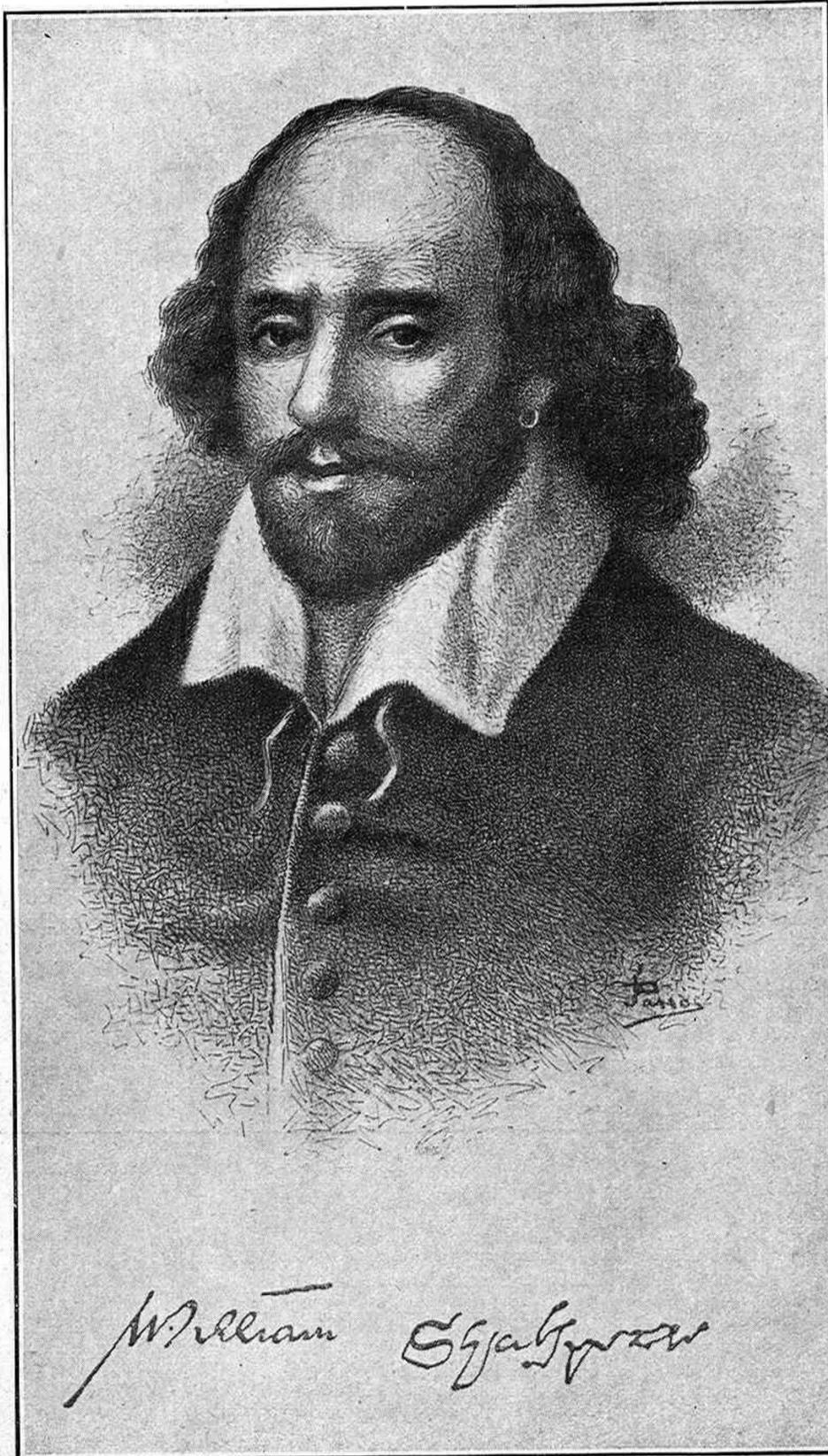
SHAKESPEARE Y LOS POETAS MODERNOS

SIEMPRE han tenido fama los ingleses de ser los hombres prácticos por excelencia. Allí donde un súbdito de la Gran Bretaña ha intervenido, la mejor parte ha sido para él. Con su seriedad flemática y su espíritu cauto, reflexivo y calculador, los hombres de Inglaterra hace tres siglos que son los directores del concierto mundial, y, como tales, mandan y reforman, arreglan y descomponen á su arbitrio en los asuntos internacionales que les interesan.

¿Que es esto digno de censura? Lo podrá ser quizá desde un punto de vista parcial, subjetivo ó abstracto; pero no si se enjuicia de modo objetivo y desapasionado, porque es muy humano regirse por el proverbio que reza: «La caridad bien entendida empieza por uno mismo.» Tan sólo los santos y algunos seres admirables por su generosidad y abnegación actúan en la vida prescindiendo de la propia conveniencia. Y si eso sucede en el orden privado, ¿cómo no ha de ocurrir en el internacional con mayor proporción todavía?

No debe, pues, extrañar que la raza británica se haya valido de sus tretas para prevalecer é imponerse mientras ha podido. Si los demás pueblos hubieran gozado de la suficiente inteligencia ó habilidad para contrarrestar su maestría ó astucia, las tornas se habrían vuelto seguramente. Por ello, lo que procede no es criticar á la rubia Albión, sino procurar aprender sus diestros sistemas, que tan magníficos resultados la han producido en las últimas centurias, sacándola triunfadora y dominante de todas las borrascas y catástrofes que asolaron á la Humanidad. Ese espíritu práctico anglosajón, que tan poderosamente ha imperado é impera, acaba de manifestarse una vez más con motivo de la reconstrucción del teatro de Shakespeare, en Stratford-on-Avon, ciudad natal, como es generalmente sabido, del glorioso autor de *Hamlet*. Para solemnizar dicha obra conmemorativa, la Sociedad de Poesía de Londres ha abierto un concurso entre los poetas del mundo entero. Una medalla de oro será el premio á la mejor composición, cualquiera que sea el idioma, rimada en honor del insigne dramaturgo. Además, los directores de la Sociedad, bajo los auspicios de la cual se lleva á efecto la reconstrucción, han ofrecido por su lado que harán inscribir sobre los muros del nuevo teatro, con el nombre del autor, los cuatro mejores versos sometidos al Jurado de la Sociedad de Poesía. De tres secciones constará el concurso de referencia: una, de sonetos á la manera de Shakespeare; otra, de cuartetos, y la tercera, de poemas de forma y extensión libremente elegidas. Aparte de la medalla de oro aludida, que se adjudicará á la mejor poesía de todas las presentadas, el autor de la más meritoria, dentro de cada sección, recibirá una medalla de plata.

Hasta aquí, muy bien. Nada hay de raro ni de sorprendente en que se invite á los bardos de los diversos ámbitos del globo á cantar la grandeza del ilustre creador de *Macbeth*, *Romeo y Julieta*, *Julio César*, *El Rey Lear* y tantos otros dramas y tragedias



SHAKESPEARE

inmortales. Universal es la figura, y universal debe de ser su glorificación. No en balde dijo Víctor Hugo que «la Naturaleza se parece á Shakespeare»; y un crítico tan competente é imparcial como era Navarro Ledesma resumió su juicio escribiendo: «Si Inglaterra no tuviese otro literato, Shakespeare sólo sería suficiente para decir que existe la Literatura inglesa y que ha influido en todas las demás.» Pero lo que completa el carácter británico del certamen de referencia; lo que acaba de darle el sello, la marca inglesa—*english trade mark registered*—es que se puso la condición de que los concursantes deberían enviar sus producciones al domicilio de la Sociedad de Poesía de Londres. (16, *Featherstone Buildings, London, W. C.*) antes del primero de Enero de 1927, acompañadas de un donativo de diez chelines para la reconstrucción del teatro de Shakespeare. Ciego será el que no vea en este curioso aditamento, el rasgo, genuino de la raza que, si bien rinde culto á la fantasía y á la imaginación, jamás olvida el sentido práctico y positivo de la rea-

lidad. Conciliar el rutilante espejuelo del galardón poético, con la cláusula de la obligada ofrenda, es muy propio y peculiar del país de John Bull.

Ahora bien; que en esta ocasión no han estado los britanos á la altura que por su proverbial sagacidad y perspicacia les correspondía; porque si en todos los países disfrutaban los poetas de la «opulenta situación» que en España, es de esperar que no sean muy copiosos los ingresos que obtengan en el original concurso. Y es verdaderamente una lástima, pues si los poetas en todas partes contribuyen con el mismo desprendimiento y entusiasmo que suelen cooperar aquí á los actos de homenaje y conmemoración para los que se solicita su aporte intelectual, larga y penosa sería la tarea del Jurado calificador al aquilatar en qué composiciones poéticas deberían estimarse los mayores méritos de las innumerables que se recibirían en la susodicha Sociedad. Es posible que el Jurado, curándose en salud, por decirlo así, haya influido por que se incluyera entre las bases del concurso la traba de la precisa remisión de los diez chelines, para aminorar adrede la cifra de concursantes, aun á trueque de disminuir las probabilidades de lograr una loa digna del genial personaje que se quiere enaltecer. Pero ¿no hubiera sido mucho más natural y beneficioso, á los fines de la recaudación, haber hecho el llamamiento financiero á los capitalistas mundiales? Para una obra dedicada á Shakespeare, como si se tratara de Cervantes, de Colón, de Wagner, de Pasteur ó de otro de los hombres cumbres de la humanidad en las letras, las artes ó las ciencias, todos los pueblos deben considerarse obligados á coadyuvar por gratitud y admiración. Mas dentro de esa general deuda, cada ser parece lo más justo que contribuya con aquello que posea en mayor abundancia. Y los poetas modernos, al menos los españoles, y muy probablemente los extranjeros, salvo contadas excepciones, no es la bolsa la que

tienen más repleta; porque «como viven enajenados y absortos en sus halagüeñas fantasías, satisfechos y pagados de ellas, no procuran adquirir riquezas». Que así se expresaba, al hablar de ellos, nuestro nunca bien venerado Miguel de Cervantes en el *Viaje del Parnaso*; y ahora, como entonces, sigue siendo regla corriente el adagio: «Dámele, poeta, dártele he pobre.»

En virtud de todo esto, ¿no es verdad que la Sociedad de Poesía londinense hubiese obrado con mayor clarividencia, de modo más típicamente inglés, pidiendo el dinero á los millonarios del mundo y los versos á los favorecidos por los divinos dones del Dios Apolo? Unos y otros podrían así derramar á raudales los tesoros que guardan en sus arcas y cerebros respectivos, y el tributo que se desea rendir á la memoria de William Shakespeare tomaría las proporciones materiales y espirituales que corresponden á su maravillosa y gigantesca obra literaria.

FRANCISCO ANAYA RUIZ

Elegancias



La actriz cinematográfica Esther Ralston con el peinado de moda

El pelo á «lo garçonne» ó hasta la cintura.—Una vez más la cuestión está sobre el tapete.

VOLVERÁN otra vez las cabelleras abundantes hasta las rodillas? Se las creía condenadas por el espíritu del siglo. Condenadas á ser cortas, mientras que durasen el automóvil, el aeroplano, la T. S. H. ¡Condenadas!

Los poetas las lloraban pensando en Berenice, en Melisenda, en Isolda. Los artistas se dolían de tanta belleza perdida, tantos reflejos, tantos rizos desvanecidos al paso del acero de las tijeras. Los moralistas se inquietaban del porvenir de una raza que muy pronto no ofrecería á los hombres nada más que de *jolies garçons*.

Veían en las cualidades del nuevo peinado—rapidez, economía—una amenaza. ¡Rapidez, economía! Microbios de los tiempos modernos. Y en vuestro nombre se suprimen los moños, los ritos de educación; la brutalidad nos invade precedida de la desenvoltura que lleva en el estandarte con los colores ingleses «TIMES IS MONEY.» Así hablaban los moralistas.

Y los voluptuosos, los desocupados, todos los amigos de los caprichos de la fantasía y del placer de vivir, pensaban que habían llegado los tiempos de la gran penitencia. Pensaban que los cabellos cortos—comodidad, rapidez y uniformidad—anunciaban el rei-

nado de la vida mecánica, y, tristes, lanzaban sus miradas hacia el planeta Marte. Sin embargo, las mujeres tenían una respuesta para todo y razón en todo. A Melisenda oponían madame Talien, y sus rizos, á la Titus. A los artistas les recordaban la línea pura, neta, muy «torpedo-gran sport» de una cabecita redonda, bien encuadrada en su sombrero de cabellos cortos; era moderno, estético, práctico, económico é higiénico. Era la belleza, era la bondad, era el porvenir.

De arriba abajo en la escala de la fortuna, todas las muchachas llevaban sus cabellos cortos. La pobrecita rica, abandonada en las manos de la gobernante inglesa, igual que la burguesita que se peina á lo Juana de Arco, al salir para el Sagrado Corazón de Jesús.

Ante la extensión de ese movimiento, como dicen los historiadores, todo el mundo se inclina. El espíritu del siglo lo quería así. Tal fué el final de las cabelleras largas.

•••••

Triunfo..., sí; pero á condición de que no dure. El espíritu del siglo terminaría por aburrirse. Y, en efecto, parece que empieza á aburrirse. Se dice que ese espíritu fantástico quiere deshacer lo que había hecho, ó, mejor dicho, rehacer lo que había deshecho. Para eso sus martingalas son innumerables.

Para comenzar se ha asegurado las orejas de las mujeres, las de las actrices. El espíritu fantástico se hace cómplice con el gran costurero que os dice: «No, no; ese escote no está

bien con el pelo corto. Hay que modificarle, ponerle un postizo». Y los maniqués que desfilaban hace un momento con la cabeza rapada saliendo del cuello del modelo de pijama que exhibían ó del traje de noche, transformarán su nuca esbelta bajo una avalancha de postizos prendidos á fuerza de alfileres...

O bien el espíritu aludido hace agitar el demonio del lucro en la avaricia del peluquero. Entonces viene el alza semanal del precio del corte de pelo. El *shampooing* inevitable, la ondulación indispensable ó la fricción ó la loción... Todo eso que es un diente voraz plantado en el presupuesto de la mujer elegante, obligatoriamente elegante.

Y se dice que poco á poco los moños ¡condenados! volverán á hacer su aparición, primero en la escena, luego en la calle, porque el teatro lanza la moda, y los pelos cortos, estéticos, prácticos, higiénicos, serán la marca de las obreras. Y entonces sí que será el final de los cabellos cortos. Porque con la igualdad rabiosa que impone á toda una nación la misma apariencia, las obreras ó trabajadoras no soportarán el estar peinadas de un modo distinto que las mundanas ó desocupadas.

Entonces, en el «Metro» y en los tranvías oiremos esta frase, dicha en tono que querrá ser convincente:

—¿Qué quiere usted? ¡El pelo largo es tan práctico!...

ELEHEME

LA MODA ACTUAL

UNA vez más el negro y el blanco, combinados entre sí, imperan sobre las *toilettes* de tarde y noche. La unión de los dos tonos es de una elegancia refinada y sobria á la vez.

En los últimos modelos que hemos visto, su único adorno consiste en la unión de los dos tonos opuestos.

El encaje negro sobre un fondo de satín fulgurante blanco es la combinación que más se adopta para trajes de cena y fiestas íntimas.

Su elegancia reside no solamente en la belleza de los dos colores reunidos, sino en la disposición del encaje sobre el fondo albo y fulgente.

También se combina el encaje con muselina de seda y *crêpe georgette*, éste formando anchas bandas que rodean el talle (ahora un poco más alto) y guarnecen la parte alta del vestido, terminado por un gran descote y sin mangas.

Un collar de gruesas perlas blancas y una flor del mismo tono completan el conjunto.

El encaje azul marino sobre



Vestido de noche en «crêpe» de China, con sencillo adorno de «strass» á manera de festón
(Modelo Patou)

Vestido de noche en «crêpe georgette», bordado en cristal tallado y perlas
(Modelo Molyneux)

la inmensa mayoría de los trajes de noche, así como el armiño y el *lapin rasé* blanco también, y formando preciosas incrustaciones á contrapelo.

Los vestidos en negro y blanco que se llevan por la tarde son de una sencillez encantadora. Se emplean en ellos las sedas vaporosas y los crespones en sus infinitas calidades, tales como el *Flamenga*, *Georgette*, *Filourd*, *Bosphore*, *China*, *Romano*, etc...

El calzado que acompaña á estas *toilettes* debe ser negro, en charol ó en ante, con grandes hebillas de acero ó pedrería muy menudita y poco abrigada. El sombrero de fieltro ó terciopelo se acompaña también de un detalle que recuerde las hebillas. Y las medias y los guantes serán de un tono rosado pálido.

El terciopelo *chiffon* y el lamé fulgurante son dos tejidos que armonizan maravillosamente unidos.

El terciopelo guarnece, por regla general, la parte de la falda, y el lamé la del cuerpo; los *godets*, tablas y acampanados se adoptan como elemento decorativo en estos lindos modelos.

Los abrigos que acompañan á estas *toilettes* deben ser también negros, y forrados al interior con piel blanca de *lapin gacela* ó *armiño*.

ANGELITA NARDI



Vestido de paseo en «crêpe marocain» negro con adornos en negro sobre blanco

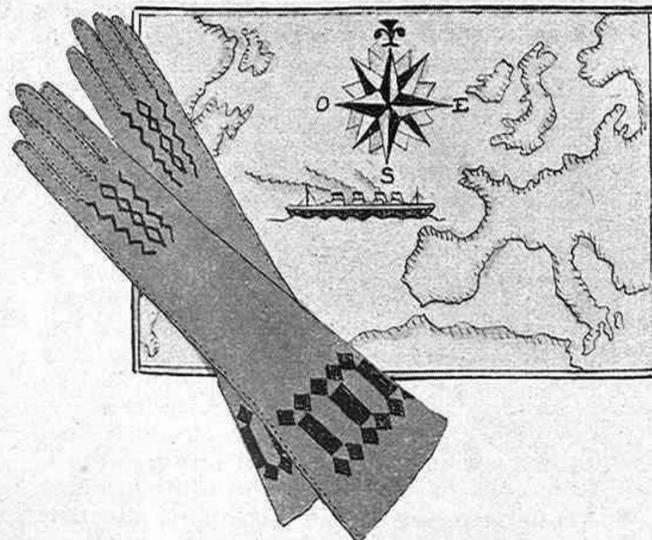
fondo blanco comienza á llevarse también mucho.

Este color tan bello y tan distinguido parece que sólo estaba reservado para los trajes *tailleurs* ó deportivos. Y, sin embargo, nos ha ganado la voluntad desde su primera aparición en los trajes de noche; su brillante escala adquiere, bajo los focos potentes de luz artificial, reflejos suaves y bellos.

Los adornos de cristal tallado como diamantes enriquecen extraordinariamente los fondos negros de terciopelo, lamé ó satín de los trajes de *soirée*. Claro es que éste es un adorno que hay que emplear con mesura y con un tacto especial.

Por tanto, hay que evitar los dibujos demasiado recargados ó de superficie muy extensa.

El *strass* y las perlas también son adornos favoritos en



Guantes manopla con aplicaciones de cuero azul pa ó negro



Vestido de mañana en popelin azul marino combinado con seda negra

Los vestidos de luto y las nuevas costumbres

El luto, como se usaba en otro tiempo, se lleva cada día menos. Las costumbres han evolucionado, y con ellas, no sólo las maneras, sino hasta las tradiciones.

Cuando el duelo se producía en una familia, hasta los parientes más lejanos del difunto se ponían de luto más ó menos riguroso, según el grado de parentesco. Muy severo lo era para los parientes ascendentes ó descendientes directos del ser desaparecido.

En los funerales, las damas aparecían envueltas en largos y espesos chales, que tanto las desfiguraba y tan poco las favorecía estéticamente. La cabeza y aun la cara eran cubiertas completamente por el sombrero de crespón rígido y un velo largo.

Durante un año, por lo menos, no se permitía la menor diversión, ni nada que admitiese lo más pequeño romper la rigidez del duelo.

Desterradas las joyas; los adornos, ni el más insignificante. Ni un pequeño reflejo que en el conjunto negro destacase algo.

¿Cómo ha cambiado todo esto! Durante la guerra, ya muchas señoras, y no de las que habían sufrido pérdidas menos grandes, estimaron que el luto que habrían de llevar por aquellos héroes no debía de ser tan severo. La duración del luto también se transformó. Ya ha quedado reducida á una cuestión de conveniencia, que cada familia discute ó adopta entre sí, sin preocuparse del ¿qué dirán?

Sin embargo, las personas que desean demostrar el dolor por la pérdida que acaban de sufrir, se aproximan en sus determinaciones más á las antiguas y viejas tradiciones, que al *gusto del día*.

Por fortuna, los crespones modernos están fabricados de tal modo, que se trabajan dócilmente y de diversa forma. Resisten la humedad, que antes no permitían, é incluso las gotas de agua imprevistas del cielo, que los cada día más exiguos paraguas hacen siempre probables.

Los volantes, que adornaban siempre, invariablemente, la parte baja de las faldas, han sido reemplazados por motivos diferentes, copiados de la moda actual.

En los trajes de luto, la moda de las capas, que con inmediato éxito ha surgido de nuevo, constituye un recurso magnífico. Ha substituído, en lo posible, al decaído en uso, chal, que ya rechazan incluso las abuelas. Para los trajes de riguroso luto, las mangas son largas, aun en época estival, y los cuerpos, poco ó nada abiertos.

En invierno, los abrigos se confeccionan con tela de lana mate. Como adorno, el astracán, indicadísimo en los grandes lutos.

También las pieles, teñidas de negro, pueden usarse como adornos en los abrigos de luto.

En cuanto á la forma, lo mejor es elegir en la moda actual los modelos más sencillos, los menos complicados en hechura y adornos.

El crespón, por su gran fragilidad, se aplica menos como adorno de los abrigos, dado el constante uso que de esas prendas se hace. Los forros han de ser forzosamente de seda mate.

Los sombreros, aun los de gran luto, de crespón liso, de velo ligero ó de cachemir de seda, también ligero, adornados de crespón, substituyendo á los adornos de cintas.

Pasado algún tiempo, se admite el uso como adorno de cintas *faillé* mate.

Los velos largos ó mantos—que solamente son hoy obligatorios el día del funeral—están divididos en dos partes: una que va por delante, hasta las rodillas; la otra, por detrás, más larga, hasta el final de la falda. De esa forma, el velo queda inmóvil, permitiendo todos los movimientos á los brazos, sin obstáculo alguno.

Cuando el período de gran luto ha pasado, los sombreros, negros, naturalmente, pueden ser adornados de blanco y forrados también de blanco, que favorece mucho al rostro.

También lo pueden ser los cuerpos de los vestidos. Adornos con crespón ó velados con seda blanca, que hacen sobre el negro un efecto menos duro.

Para los sombreros de luto suele emplearse el fieltro negro mate, guarnecidos sobriamente con cintas mate ó con un adorno negro de *jais*, también mate.

Los guantes, desde luego negros, pero de Suecia, son los indicados.

Los pañuelos, adornados con dibujitos ó con un borde negro más ó menos ancho.

El cuello y las bocamangas de los trajes

admiten, con gran complacencia, adornos de organdí blanco. Este contraste de color es permitido, y al propio tiempo impide que se estropeen demasiado pronto. Desde luego, esos adornos de organdí han de ser de una sencillez absoluta: ni el menor bordado, ni el más pequeño encaje. Cuando se trata de medio luto, las *echarpes*, con impresiones de negro sobre fondo blanco, ó al revés—que siguen de moda—, bastan para dar al conjunto ese aspecto de alivio de luto.

Los vestidos, en esa época de duelo, francamente blanco y negro, mezclados por igual, son siempre, al mismo tiempo que de «muy luto», de suma elegancia. Favorece muchísimo, y muchas lo usan al muy poco tiempo de la desgracia familiar, que recuerdan con su vestimenta.

Todos los tejidos grises sirven para trajes de medio luto, desde el tono claro hasta el más obscuro. Los primeros hacen la *toilette* más elegante; los otros, más sencilla. Como de medio luto, es sabido que están considerados clásicamente los colores violeta y morado, en todos sus grados.

El horror que algunas elegantes sienten por el negro las ha hecho suponer que «van de luto» con *toilettes* completamente blancas. Pero ¿qué distinción llevan de las que, sin estar de luto, adoptaron el vestido blanco?

Lo que desde luego se admite es el blanco, como luto, para las niñas, y aun para las más crecidas, pero todavía niñas. Un sombrero adornado de negro, al mismo tiempo, ó un sencillito adorno negro en el vestido ó abrigo, indica que el blanco reemplaza al negro, representativo del duelo que quieren ostentar.

En los niños chicos no se usa el luto. Deben cuidar sus padres, ó las personas encargadas de su vestimenta, que durante el período de duelo sus trajes no sean de colores fuertes ó chillones. Los más indicados también son blancos.

Como tanto nos hemos ocupado del crespón, no estará de más, para terminar, que demos algunos consejos para el uso de ese tejido.

Cuando el crespón se emplea como adorno, no debe ser forrado más que con una tela ligera mate, ó aplicarlo, sin ella, sobre el vestido.

No hace falta cortarlo en *biais*, pues estirándolo ligeramente por el borde exterior se consigue fácilmente su aplicación.

Cuando el crespón está «deslucido», arrugado en demasía, ó sucio, se le extiende, fijándolo con alfileres encima de la mesa ó tabla de plancha, cuidando de seguir la dirección del tejido. Jamás hay que aplicarle la plancha caliente.

El crespón, así preparado, se cepilla con un cepillo ligero, siguiendo la dirección de su dibujo. Para limpiarlo más, con un poco de bencina impregnar un pañito de lana y frotarlo suavemente. Dejarlo secar, sin quitar su tirantez, pero cuidando de evitar la humedad ó polvo.

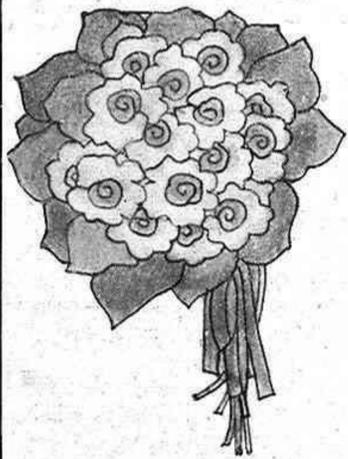
La lana en los lutos se reemplaza, pasado algún tiempo, con la seda mate, y ésta con la brillante, y entonces, sin ningún inconveniente, los modelos que ofrezca la moda, por adornados ó complicados que sean, pueden aceptarse para las *toilettes*. La mejor forma, á mi modesta opinión, de llevar el medio luto es mezclar el blanco con el negro.

L. M.



Vestido-abrigo en terciopelo de lana con guarnición de piel

Vestido de lana con adornos de piel de astracán y hebilla de azabache

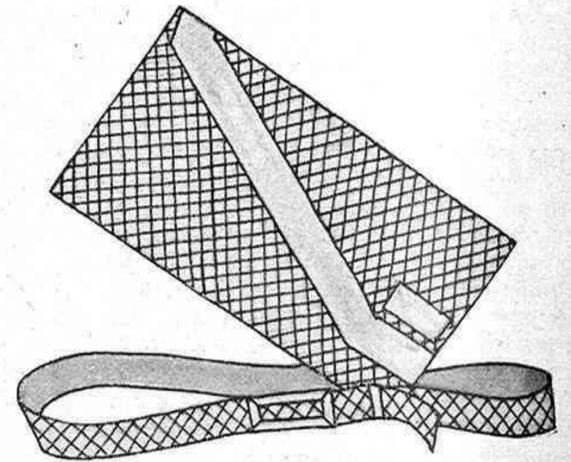


«Bouquet» hecho en paño recortado y pespunteado, en dos tonos de un verde suave para las hojas, y un malva rosado y «fushia» para las florecitas, entre las que pueden ir algunas en azul jacinto y violeta.

DETALLES
DE LA
ELEGANCIA
FEMENINA



«Echarpe» de crespón de China estampado en colores luminosos, con una ancha tira, como remate, en terciopelo negro. Es también del mismo terciopelo el sombrero.



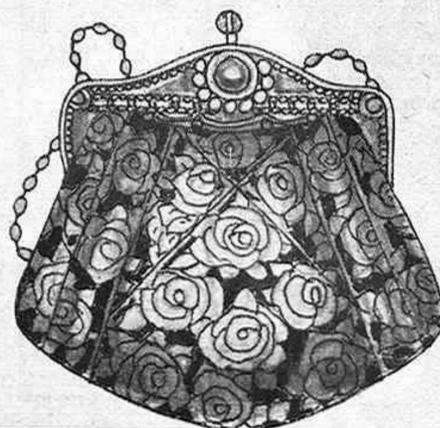
Cartera de día y cinturón, hechos en antilope pespunteado de plata, y broches, hebillas y aplicaciones también en plata lisa y bruñida.



Sombrero en fieltro de color castor, con «cabouchons» de acero y una flor fantástica hecha con recortes del mismo fieltro. A manera de semillas, lleva la flor unas perlas talladas del metal citado. El cuello-gola es de castorín, y los pendientes y el collar son de gruesas perlas grises.



Bolso de noche en «moiré» de plata, recamado de «strass» y con aplicaciones de turquesas. Cordón y borlas en un verde jade.



Bolso de tarde, en seda brochada de tonos oscuros y amortiguados, con broche y cadena de plata vieja y aplicaciones de marcasitas.

Gola de plumas en tonos de nácar desvanecidos, con adorno de flores de terciopelo de seda en un intenso tono rosa.



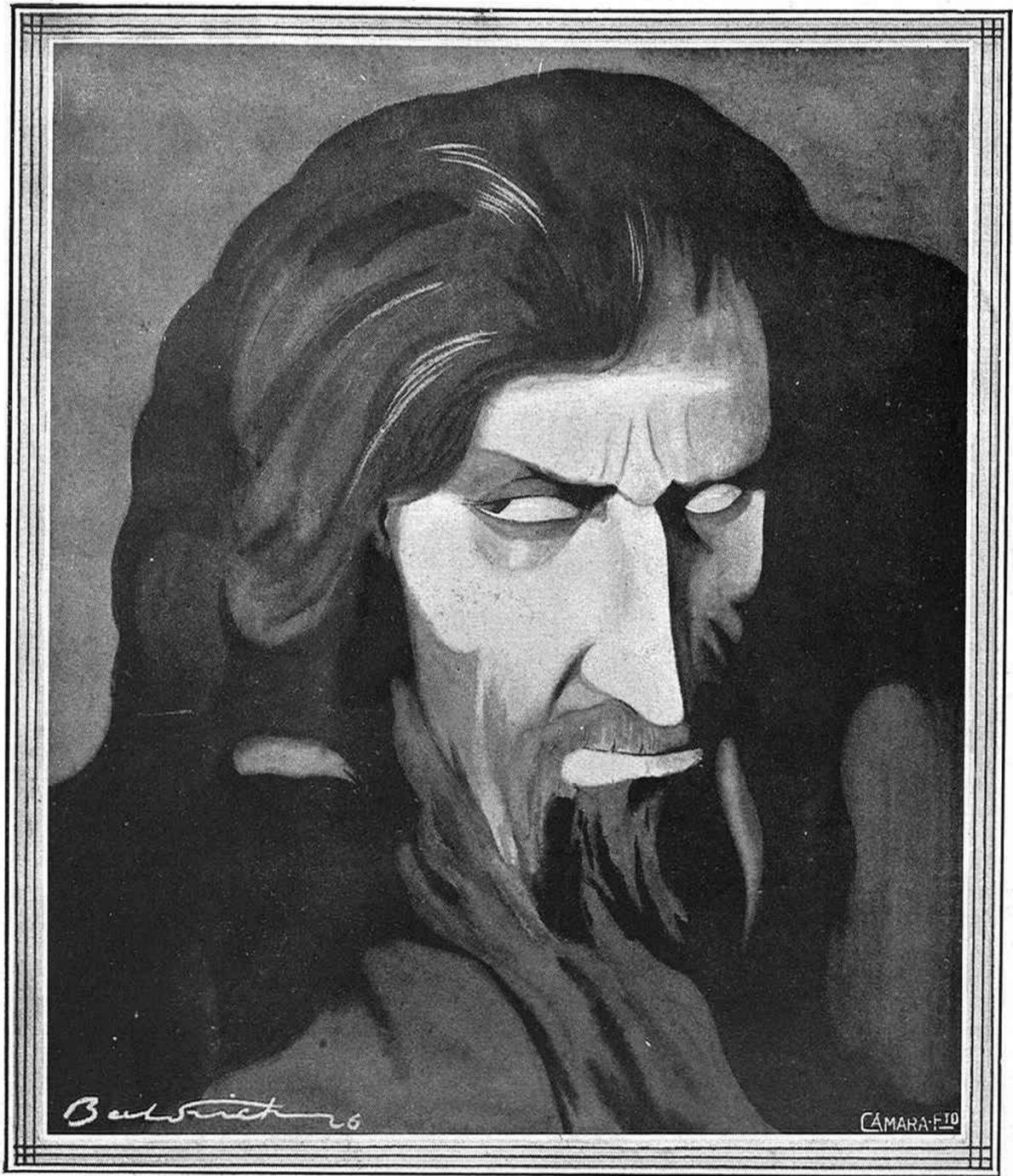
El santo del bosque

por

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

ILUSTRACIONES DE BALDRICH

(DE LAS MEMORIAS DE TEÓFILO MÁS)



La Razón me pesaba en la cabeza como un casco militar! ¡Y me destoqué de ella!...

¡Entonces me sentí libre, como caballo sin freno, como nave sin timón, como viajero sin guía!...

¡Y corrí en busca de la Verdad!

•••••

La Razón no es la Inteligencia.

La Inteligencia es como un caballo fogoso, audaz; y la Razón es como el freno de ese caballo.

La Inteligencia es como una nave intrépida, y la Razón es como el timón de esa nave.

La Inteligencia es como un viajero animoso en rutas difíciles, arriesgadas, y la Razón es como el experto guía que le acompaña para que no sufra extravío...

La Inteligencia dice, por ejemplo: «Una lombriz hembra, una gallina y una mujer son tres cosas perfectas, porque las tres han sido creadas por Aquel cuyas manos no han hecho jamás obra imperfecta. Y si son tres cosas perfectas, las tres son igualmente perfectas, porque si una cualquiera de ellas fuera más perfecta que las otras dos, las dos menos perfectas no serían perfectas, ya que la verdadera perfección no es susceptible de perfección. Y si son igualmente perfectas, son también igualmente buenas y hermosas.»

Pero la Razón dice al oído del hombre: «¡Hombre! ¡Lo mejor y lo más hermoso de todo lo creado es la mujer!» Y dice la Razón al instinto del gallo: «¡Oh, gallo! ¡De todo lo creado, lo mejor y lo más hermoso es la gallina!» Y al instinto de la lombriz macho, la

Razón dice: «¡Lo mejor y lo más hermoso de todo lo creado es la lombriz hembra!»...

Y la Razón tiene razón; pero no es inteligente. ¡La Razón es sólo práctica y relativa!...

En cambio, la Inteligencia es absoluta, generosa, desprendida...

Gracias á la Razón, todas las cosas van y vienen como deben y por donde deben, relativas, seguras y confiadas, como caballo con freno, como nave con timón, como viajero con guía...

Pero es hermoso correr libremente, de cuando en cuando, por las inmensidades de la Verdad absoluta, fugados de la Verdad menor y relativa en que la Razón nos tiene encerrados...

Y eso hice yo.

•••••

Pero me extravié. Me perdí en un bosque muy hondo, cuyos árboles altos y copudos eran tan incontables como los moradores de un gran reino y como las olas del mar.

Del ramaje de los mismos pendían claros jirones luminosos del manto de la luna.

Verdad que la luna estaba muy alta; pero parecía que hubiese subido al cielo desde el centro del bosque, atravesando la techumbre de espesas frondas y desgarrándose las vestiduras.

Cantaban los ruiseñores. ¡Cuántos, cuánto y cuán dulcemente cantaban!...

Y parecía que la luna se hubiese detenido en el centro del cielo para oírlos...

¡Qué bello bosque de maravilla, tan obscuro y todo nevado de reflejos lunares, como alcoba de recién casados, en cuya dulce penumbra, rumorosa de trinos de felicidad, brillase una nevada preciosa de encajes íntimos,

nevados momentos antes (como de un verdadero cielo chiquito y apresable) del trémulo cuerpo virginal de la novia!

Y allí, en el fondo de un bosque, estaba él: el Santo, el Santo del Bosque.

Era un hombre alto y flaco, chupado de mejillas, y de sienes hondas como entradas de profundos nidos.

(¿Qué pájaros misteriosos, volátiles de la Inmensidad sin orillas, anidaban en el interior de aquel cráneo?)

¡Si no todo ojos, era todo él mirada!

¡Si no todo frente, era todo él pensamiento, reflexión, claridad interior!...

Un luengo y amplio jirón de manto de luna le vestía de santo precisamente... Era (este *unifome de santidad*) como una túnica de entretejidas fulgideces blancas, de cirios de altar, y como un lienzo de *luz de devoción*, seda mística para las vestiduras eternas de los bienaventurados gloriosos.

Hierático, fantasmal, ultraterrenal, el blanco misterio de su figura imponente resplandecía como una aparición en el fondo del bosque...

Y yo, al descubrirlo, quise huir, retroceder, regresar á la Razón, de la que me había fugado.

—¡No me temas! ¡Soy el Santo, el Santo del Bosque!—me dijo.

Su voz, ahora lejana, era impresionante y dulce, como la campanilla del Viático cuando se la oye sonar de noche, en el rural camino, bajo la luna que *también alumbra y acompaña*...

—¡Acércate!

Obedecí, todo tembloroso, sin embargo.

—¡Soy el Santo, el Santo del Bosque!—me repitió para tranquilizarme.



—¿Sabes que eres santo?—le pregunté.
 —¡Si no lo supiera no lo sería!—me contestó—¡La santidad debe ser consciente!
 Moví la cabeza en señal de asentimiento.
 El césped, relleno de luna en aquel sitio, semejaba un encrime y maravilloso cojín de plata.
 Y sobre él nos sentamos silenciosamente.
 El Santo del Bosque no decía nada. Yo tampoco...
 Y los ruiseñores seguían cantando su júbilo, felices en la inmensa alcoba nupcial de la noche, nevada de luna, como de encajes íntimos de novia...
 De pronto me preguntó él:
 —¿Qué es Santidad?
 No supe responderle.
 —¡Ningún hombre lo sabe!—me dijo.
 —¡Los santos!—aseguré—¡Los santos si que lo saben!

—¡En toda la tierra, que acaba donde comienza, sólo hay un santo!

Llevó al centro de su pecho la condecoración de marfil de su diestra mano, y agregó seguro, con firme acento:

—¡Yo!!

—¿Qué es Santidad?—le pregunté entonces.

—¡Escucha!—me dijo.

Y el Santo del Bosque me refirió con serena y lenta palabra el siguiente desmelenado y desorbitado episodio de bábara y recia santidad:

•••••

«Yo tenía mi morada en la gran urbe, y en mi morada vivían conmigo tres Dichas.

Esas tres Dichas eran tan hermosas y tan puras, y estaban siempre tan encendidas y tan contentas, que parecían tres verdaderas Felicidades.

Yo las quería con sabroso cariño suave, como si fuesen tres dulces hermanas mías de diez y tantos años.

La más crecida de esas tres Dichas se llamaba Amor. Y era la dicha del amor de mi mujer la más hermosa y amorosa de las mujeres.

La segunda se llamaba Placer Celestial. Y era la dicha del placer de la Virtud consciente, confesable, juguete precioso de ángeles, ajedrez para santos.

Y la más pequeña se llamaba Sonrisa de Gloria. Y era la dicha de las primeras sonrisas que dirige la Gloria á los sabios.

Las tres Dichas me besaban constantemente. La primera en el corazón, la segunda en la conciencia y la tercera en la frente y en el alma.

Así, pues, yo podía asegurar:

—¡Aunque sólo soy hombre, tengo tres diosas por amantes! A saber: ¡El Amor, la Santidad y la Sabiduría!...

Porque así era.

Pero las tres diosas, mis amantes, se disputaban la totalidad de mi cariño, porque, como femeninas, eran de naturaleza egoísta para el amor...

Y sucedió que la Sabiduría, alma de todas las verdaderas glorias, me hizo al oído la siguiente promesa magnífica:

—¡Para que la Gloria más bella de las Glorias se entregue á ti por entero en el tálamo nupcial de la Inmortalidad, yo, que te amo, quiero regalarte uno de mis más ocultos y preciosos secretos!

—¿Cuál?—le pregunté, anheloso.

—¡Te diré cómo se cura la lepra!

—¡Oh!—exclamé con el alma.

(Y mi ¡oh! sonó como un beso de felicidad que yo hubiese estampado en la boca de la Sabiduría bella.)

—¡Escucha!—me dijo ésta—¡Hay una hierba entre las hierbas, la cual corrompe en vida las carnes del que la come una vez, sea hombre ó animal de cualquier otra especie! ¡Y la hierba terrible es esta!...

Y me la mostró, entre las hierbas de cierta montaña.

—¡No se trata—objeté á la Sabiduría—de corromper la carne sana, sino de sanar la carne corrupta en vida!

—¡Todo aquel que habla con la Sabiduría, como tú ahora, hace bien si objetiva, porque objetar á la Sabiduría es avanzar!... ¡Pero escucha!

Seguí escuchando con toda mi atención. (Quiero decir estudiando, investigando, profundizando en el alma de la Sabiduría, como en el corazón de una amante, afanoso del gran secreto.)

—¡Di! ¡Di!

—¡Arrancarás una mata de esa hierba terrible, y obligarás á un perro á que la coma!

—¿A un perro precisamente?

—¡A un perro precisamente!... ¡Y el perro, tres días después de haber comido la hierba terrible, comenzará á pudrirse vivo, entre dolores horribles, por ningún otro dolor igualados!

Pregunté á la Sabiduría. (Esto es: seguí estudiando.)

Cámara-Flo

CÁMARA-FLO

—¿Ni por el dolor de la rabia?

—¿Ni por el de la rabia!—me contestó—¡Será un dolor de suplicio espantoso y largo que durará quince días; y el dolor de cada día será equivalente en intensidad al dolor que producirían, á ser posibles, veinticuatro muertes, á fuego lento, en una misma vida!...

—¿Es necesario tanto y tan horrible dolor?

—¿Es necesario! ¡La lepra es un castigo de la Justicia Eterna, y á esa Justicia no es posible arrebatarse ninguna de sus presas!...

—¿Será un dolor de suplicio espantoso y largo que durará quince días!... ¡Sigue!

—¿Hasta el día decimoquinto, á partir del tercero, en que comió la hierba terrible, el perro no entrará en la agonía!

—¿Y qué? ¡Sigue!

—¿Y entonces, vivo aún, sus corrompidas carnes untuosas, de olor apestante como el de las medicinas, se habrán convertido en milagroso unguento, el único de remedio eficaz é instantáneo contra la lepra!

Y terminó con estas palabras, caricias de amante preciosa en las mejillas de mi viril Orgullo legítimo:

—¿Ya sabes curar la lepra! ¡Haz público el secreto, que yo, la Sabiduría, acabo de regalarte, y la Gloria más bella de las Glorias vendrá en tu busca, para desposarse contigo, y la Inmortalidad será el tálamo de vuestras nupcias!

Pero mi otra amante bellísima, la Santidad, acercó sus labios á mi conciencia y murmuró sobre ella en voz baja:

—¿Pobres perros! ¡Pobres perros!...

Y por eso yo, en vez de encenderme de alegría y de correr alocado por las calles de la gran urbe alborotándolas con los trompetazos de mis exclamaciones, con los ¡eureka! de mi desbordada felicidad científica, lo que hice fué doblar la cabeza sobre el pecho, con pesadumbre, y murmurar igualmente:

—¿Pobres perros! ¡Pobres perros!...

Y volví mis espaldas á la Sabiduría. (Esto es, cerré mis libros y mi laboratorio.)

Y mi mujer me preguntó:

—¿Por qué sufres?

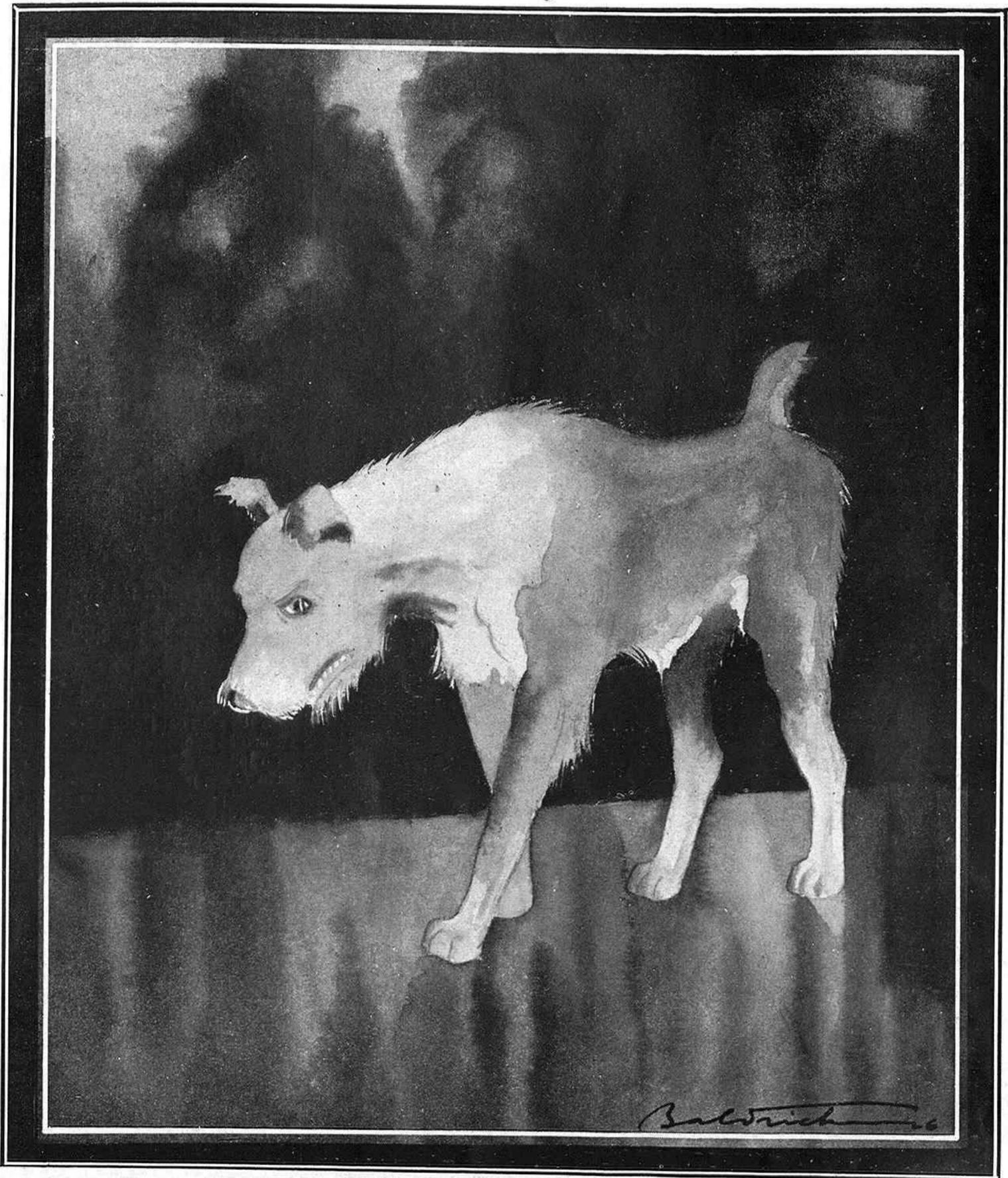
Yo le respondí:

—¿No me vas á creer si te lo digo! ¡Sufro porque conozco el remedio infalible é instantáneo contra la lepra!

—¿Y por eso sufres? ¡Estás loco!

—¿No estoy loco! ¡La Sabiduría no hace á los locos íntimas confidencias de amante!

—¿Pues si es verdad que la Sabiduría te ha revelado tan precioso secreto, debes, en vez de estar triste, abrir los brazos para abrazar la Felicidad, que viene á nosotros, y contemplar risueño la vida y el mundo, como si tú fueses rey y ellos fuesen tu reina y tu palacio!...



Pero yo exclamé:

—¿Pobres perros! ¡Pobres perros!...

—Mi mujer me miró con extrañeza:

—¿Qué dices?... ¡No comprendo!

—¿Para que un leproso cure—le expliqué entonces—, es necesario que un perro sufra como cien leprosos! ¡Porque la lepra se cura de este modo!...

Y confesé á mi mujer el secreto que la Sabiduría me había revelado.

—¿Comprendes ahora mi sufrimiento?—le pregunté, al terminar de confesárselo.

Pero ella rompió contra mi rostro el vidrio de una risotada, y declaró:

—¿Todos los perros del mundo no valen lo que una vida humana!

—¿Así razona el Humano Egoísmo!—le respondí—¿Pero la Santidad razona de otro modo!

—¿Cómo razona la Santidad?

—Así: «¡Todas las vidas valen lo mismo!» ¡Porque la verdadera Santidad es más que humana: es universal! ¡Para ser verdaderamente santo, como yo quiero serlo, no basta ser santo entre los hombres: hay que serlo también entre las criaturas!

—¿Y quién es santo entre las criaturas?

—¿E que sabe desterrar de su corazón todos los egoísmos, hasta el de la especie! ¡El hombre se acerca á la Santidad verdadera alejándose de sí mismo y diluyendo su cordialidad en el Amor del Universo! ¡El que se ama á sí mismo sobre todas las cosas es el menos santo de todos! ¡El que ama á su familia como á sí mismo ha dado un paso hacia la Santidad! ¡El que ama á su patria como á sí mismo ha llegado cerca de la Santidad! ¡El que ama á la Humanidad como á sí mismo es ya un santo, pero un santo humano! ¡Y sólo el que ama á todas las cosas como á sí mismo es santo verdadero! ¡Porque ser santo es parecerse á Dios, y como Dios es el Amor Infinito, aquel que más ame será el que más se le parezca!...

—¿Qué difícil la Santidad verdadera!

—¿En efecto! ¡Es muy difícil parecerse á Dios!

—¿No hay santos!

—¿Yo!...

—¿Tú?

—¿Quiero serlo!!

Y agregué:



—¡Jamás diré á la Ciencia el secreto que la Sabiduría me ha revelado para la curación de la lepra!
—¡Tu santidad es locura!—me gritó mi mujer—¡Consentirás que los lepro-

sos se pueran vivos poco á poco, entre tormentos horribles, pudiendo tú evitarlo?

Yo pregunté á mi mujer:

—¿Qué culpa tienen los pobres perros?

Y ella á mí, acalorada:

—¿Acaso un perro te importa tanto como un semejante?

Yo contesté:

—¡Lo mismo, porque antes que hombre soy criatura del Señor! ¡Yo he desterrado de mi corazón todos los egoísmos, hasta el de la especie!

—¡Por humanidad siquiera!

—¡Humanidad! ¿Qué es Humanidad? ¡Egoísmo de la raza humana! ¡Humanidad significa crueldad para los demás seres de la Creación!

—¡Humanidad es virtud!

—¡Según los humanos! Yo no lo dudo. Pero es virtud humana, esto es, virtud relativa. Universalidad, en cambio, es virtud divina, virtud absoluta. ¡Sólo se es santo en el universo cuando se posee esta segunda virtud! ¡Yo quiero ser *santo verdadero* en el universo, y no *santo relativo* en la devoción de los humanos!

—¿Y yo no te importo?

—¡Mucho te amo, pero amo más la Santidad!... ¡Nunca diré á nadie cómo se cura la lepra!

Mi mujer rompió á reír francamente. Y fué á carcajada como una vidriera que de pronto me hubie caído encima.

—¡Yo también sé cómo se cura la lepra!—me dijo con siniestro júbilo diabólico.

—¿Tú?

—¡Me confesaste el secreto precioso! ¡Me dijiste el nombre de la hierba terrible y mi agrosa!

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Ah!... ¿Y qué?

—¡Iré á la Ciencia como á una reina poderosa, y le diré: «Así se cura la lepra...»!

—¡No! ¡No!—le grité—¡Pobres perros! ¡La Ciencia ordenaría apresarlos, para someterlos á experimentos horrorosos!

—¿Qué me importa? ¡Los leprosos sanarán!...

—¡Injusticia tremenda! ¡La lepra es de los leprosos y no de los perros! ¡Dios ha dado el dolor á quien lo merece!... Pero la Ciencia, *que es sólo humana*, por burlar en beneficio de los hombres el rigor de la Justicia sobrenatural, obligaría á los pobres perros, á los inocentes perros, que nacieron sanos por voluntad de Dios, á sufrir la condena divina á que otros fueron sentenciados... ¡Y todavía diría la Ciencia, por boca de su Filosofía: «Dios hizo la lepra; pero como es infinitamente bueno y misericordioso para los hombres, sólo para los hombres, creó también los perros para que los leprosos puedan curarse!»!

Y el futuro dolor horroroso de los perros comenzó á dolerme tremendamente en la parte más delicada y sensible de mi yo: en la imaginación.

Mi mujer me había vuelto sus espaldas.

—¿Adónde vas?—le pregunté.

—¡A decir á la Ciencia: «Así se cura la lepra...»!—me respondió.

Y la Santidad verdadera, la más bella de mis tres amantes, aquella por la que yo estaba dispuesto á sacrificarlo todo, murmuró sobre mi Conciencia:

«¡Si quieres ser santo verdadero, no consientas que tu mujer diga á la Ciencia: «Así se cura la lepra...»!

Y entonces así de un brazo á mi mujer, y volví á preguntarle:

—¿Adónde vas?

—¡A decir á la Ciencia: «Así se cura la lepra...»! ¡Déjame, loco!...

—¡No! ¡No!—exclamé, enfurecido.

Y con el corbatín de garrote, que formaron mis dos manos nervudas, le rodeé el cuello, y apreté, apreté hasta cerrarla en la muerte como en un hondo calabozo seguro, del que jamás pudiese escaparse.

Y mi amante bellísima, la Santidad, me dijo entonces: «Huyamos, porque la Justicia *es también humana*, y nos castigaría por nuestro acto de santidad universal!»

Y nos refugiamos en este bosque la Santidad y yo. ¡Yo soy quien te ha hablado! ¡La Santidad es la luz con que yo brillo!»

•••••

¡Así habló el Santo, el Santo del Bosque!...

Pero clareaba el nuevo día, y á su luz pura el bosque inmenso iba reduciéndose, reduciéndose, hasta convertirse en alameda de casa de salud...

Me fijé en el Santo, *en el santo de alameda de casa de salud*, y vi que vestía amarillo uniforme de demente...

Hacía frío.

¡Y entonces, como quien se apresura á ponerse el sombrero para no constiparse, me encasqueté rápido la Razon hasta los hombros!!!...

•••••

Fué un sueño.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

LOS BELLOS LUGARES DE LA SIERRA MADRILEÑA



«El Canto del Pico», cuadro de Juan Espina y Capo que figuró en la pasada Exposición Nacional de Bellas Artes y que ha sido adquirido por la Diputación de Palma de Mallorca

(Fot. Cortés)

CON ESTA FLOR QUE ME ENVIAS...

En unas ásperas horas
de tristeza y soledad,
tu carta ha llegado como
un hábito sepulcral.

Sólo la fecha y el nombre
de una remota ciudad
escribió tu mano trémula,
y arrepentida quizá.

Todo lo demás en blanco...
Bien hiciste, porque ya
he comprendido lo mucho
que has preferido callar.

Dentro del papel venía
—¿emblema ó casualidad?—
una pasionaria mustia,
tan triste como mi afán.

Temblando la he recogido,
y me he sentido mortal
por un súbito y romántico
deseo de sollozar.

No me ha brotado una lágrima...

¡Mis lágrimas! ... ¿Dónde están?
¡Tantas lloré, que no tengo
más lágrimas que llorar!

Con esta flor que me envías,
seca, desde una ciudad
lejana como mis ansias,
¿qué me has querido expresar?

¿Que es tu vida como una
pasionaria exangüe ya,
y que arrepentida lloras
tu traición y tu ruindad?

Ya tu recuerdo en los míos
duerme un sueño sepulcral
con mortaja de silencio...

¡Deja á los muertos en paz!
Todo es enterrado, y honda
la fosa en que todo está.

¡El llanto, mujer, no puede
los muertos desenterrar! ...

A lo sumo, con las aguas
de tu llanto, brotará

sobre el borde de la fosa
una rosa de piedad...

Pero todo cuanto es tuyo
yace en mi alma por igual:
tu arrepentimiento de hoy,
tu traición, lejana ya...

Y aún dichosa tú, que puedes
—si es que puedes— sollozar.

Yo tengo los ojos secos
de una horrible sequedad.

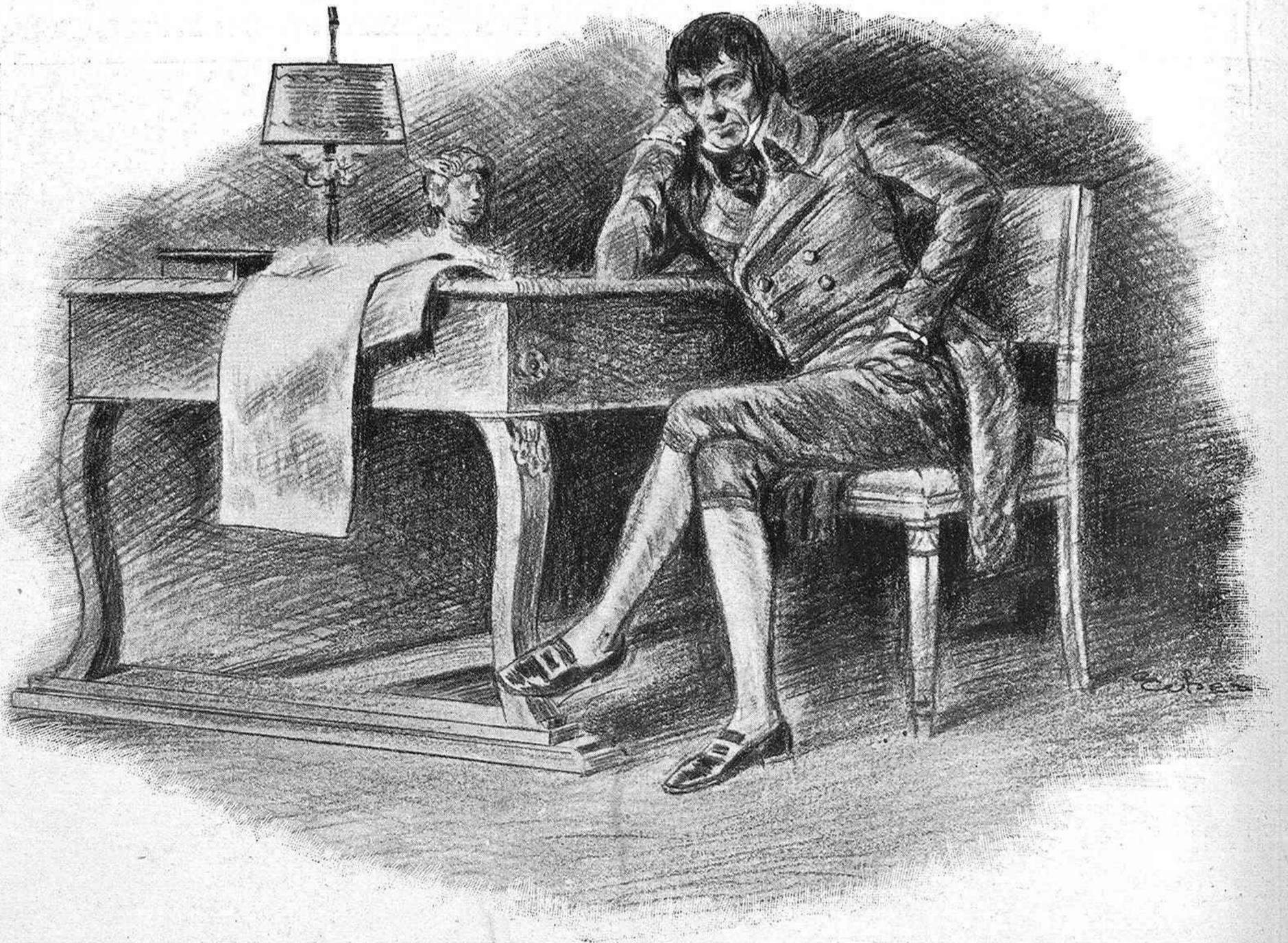
¡Y si vieses este páramo
del alma qué pena da!

¡Es como una noche llena
de un loco horror fantasmal!

¡Y el escozor de estas lágrimas
que no puedo verter ya! ...

... ¡Tantas lloré, que no tengo
más lágrimas que llorar! ...

Alberto VALERO MARTIN



LA AVIACION FORMIDABLE

Sueños locos de antaño, sabia cordura hogaño

ANTE los formidables dirigibles y los grandes aviones de hoy, y, sobre todo, ante los audaces proyectos que el progreso lanza á diario en este arriesgado ramo de la actividad humana; al recorrer la Historia, y aun más que la Historia grande—la de las hazañas de los vencedores—, la Historia chica, la que solamente reserva unas líneas—y á veces ni eso—á los vencidos, á los soñadores, á quienes se tuvo por locos y fuera de la realidad, porque no se resignaban á aceptarla tan mezquina é incómoda como era; al ver realizarse hogaño los sueños locos de antaño, ó á punto de realizarse, consideradas como sabias corduras de hogaño, aparte la lástima que inspiran aquellos curdos precursores, se siente uno inclinado á venerar el absurdo más evidente que cualquier chusco tenga capricho de enjaretar. Tanta razón están dando los tiempos modernos á cuantos sufrieron tacha de soñadores. Tantos mentís está dando el tiempo actual á los que se burlaron en otro tiempo de los ilusos.

Uno de estos desdichados, á quienes se tuvo por loco, ó por algo peor tal vez, por un trapacero embaucador, fué en Francia el abogado Thilorier. Napoleón había tomado á su cargo el proyecto de nuestro Felipe II, y pretendía abatir á Inglaterra. El ciudadano Thilorier propuso á los redactores de *Publiciste* abrir una suscripción para construir un Montgolfier capaz de transportar tres mil hombres á la isla inaccesible. «Inglaterra nos

insulta y desafía. El héroe que preside nuestros destinos sabrá defender su obra y castigar la infracción de los tratados. Hay más de un medio de franquear el Canal, en el cual el enemigo funda su seguridad. El más expeditivo, el que exponga menos la vida de los braves, debe ser preferido. Yo he pensado que la aerostación reúne ambas condiciones, y he osado decirlo. El público ha reído. Debí esperarlo. ¿Hubo jamás proyecto más extravagante, al menos en apariencia, que querer colgar un ejército de un hilo, lanzarlo á los aires y fiar á los vientos el cuidado de conducirlo á su destino?»

La ironía popular no desanima al inventor. Thilorier invitó al público á tentar con él una experiencia. Pidió trescientos mil francos, divididos en acciones de cien. Para propaganda de la suscripción se había puesto á la venta en un comercio de la Rue Saint-Denis una estampa persuasiva. ¡Encantadora imagen de locura! Se veía en ella la costa de Francia con un fortín guardado por una bella centinela escapada de una caja de juguetes. Las olas baten la orilla, mientras todo el espacio está ocupado por el «Thilorier», el globo capaz de elevar tres mil hombres, y que no costará más que trescientos mil francos. «En él los hombres y los caballos se agrupaban en buen orden militar. Se suspenderá una lámpara, que presentará una superficie en llama para evitar el enfriamiento.» Y á lo lejos, al otro lado del Estrecho, se perci-

bían tres centinelas ingleses que ponían pies en polvorosa, aterrados á la vista de aquel monstruo.

Los suscriptores no acudieron.

Y eso que el entusiasmo por la aerostación era tan grande hacia los hermanos Montgolfier, que para describir la emoción popular se creó la palabra zumbona «vuelomanía».

Y véase cómo la manía de los abuelos se ha convertido en una bella realidad.

«Día vendrá en que el gran pájaro tenderá su primer vuelo, llenando de estupor al Universo; de su nombradía, todas las escrituras», predijo el gran Leonardo de Vinci, que tantos avances de la ciencia presintió, y que ya soñaba dar alas á la criatura humana, rebelándose contra el mito de Icaro, hundido con las suyas, abrasadas por la osadía de escalar los cielos con unas frágiles de cera.

Respecto al soñador Thilorier, ha de advertirse que no era un abogado sin pleitos, nada de eso. Era hombre notorio por su destreza en el foro, notoriedad que había ganado al estrenarse como defensor de uno de los acusados en el célebre *affaire du Collier*, el famoso Cagliostro, el brujo por quien París se apasionó, creyéndole calumniado, y tal vez también porque tan pintoresco personaje apareció en uno de los procesos más divertidos que registran los anales de la Justicia.

ENRIQUE GONZALEZ FIAL

(Dibujo de Echea)



Madrid.—Una escena del partido entre los «eternos rivales» Madrid y Athletic, frente á la puerta de los campeones, en inminente peligro. El reaparecido Triana prepara uno de sus fulminantes remates que Martínez se prepara á detener

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL "SPORT" UNIVERSAL

LOS PUGILISTAS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

Como antes en Europa, ahora Paulino es en Norteamérica el hombre de la actualidad en el deporte.

Los aciertos y los fracasos del vasco, sentado que es un hombre excepcional para el oficio de dar puñetazos, estuvieron siempre á cargo de quienes le dirigieron con varia fortuna.

En las hábiles manos de Descamps, el ex leñador fué el hombre del día en París, y llegó á campeón de Europa.

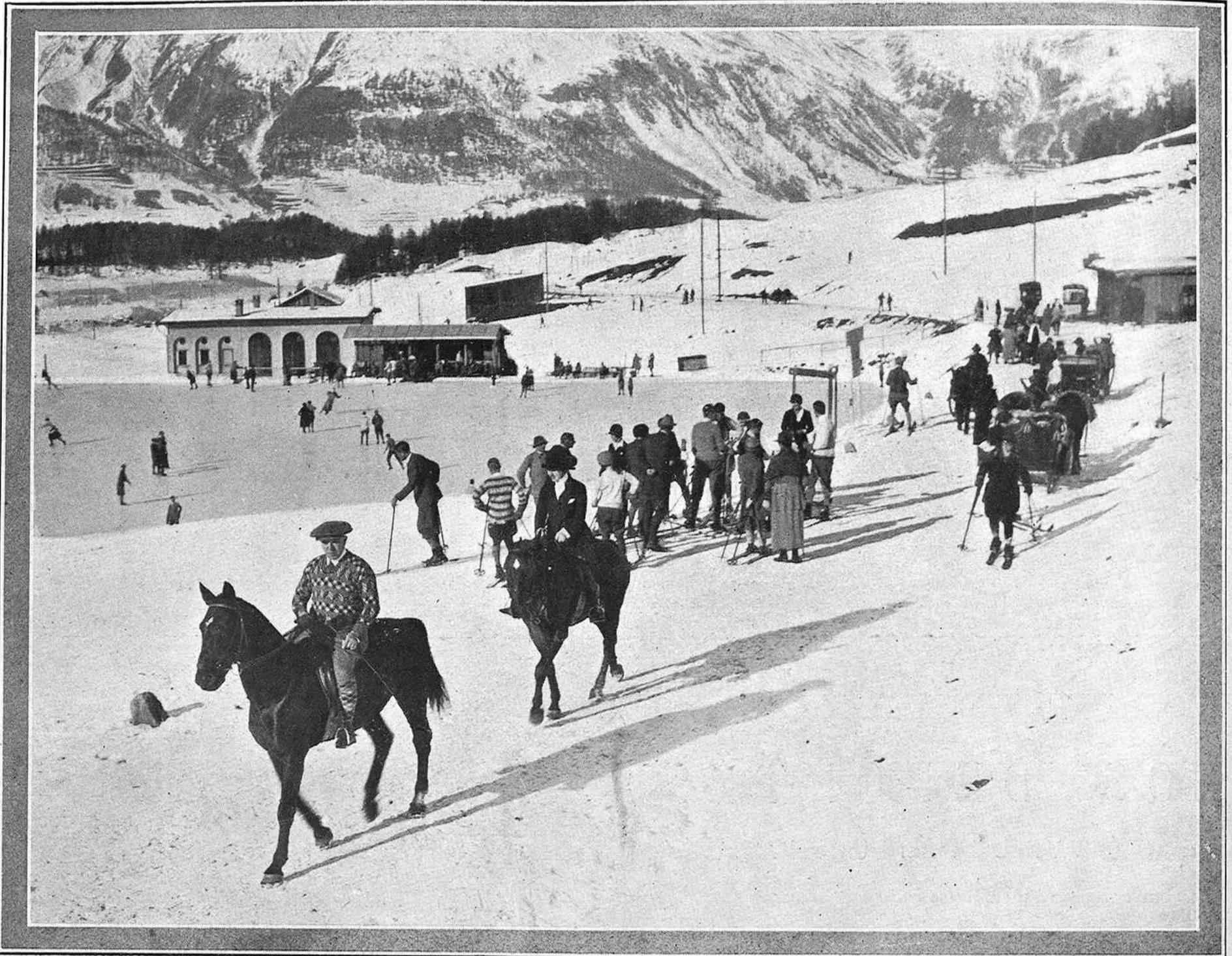
Descontento del que le encumbró, quiso luchar por cuenta propia en ese mundo intrincado del pugilismo, y, á pesar de su fiel criado y *manager* Arthus, perdió unos meses preciosos, y más tarde fué desestimado en Suramérica, adonde le llevó su afán de pelea y la esperanza de poder reñir con Luis Ángel Firpo, un día rival de Jack Dempsey para el campeonato mundial, y hoy amansado «Toro de las pampas».

La admirable resolución puede haberle salvado, si á lo que parece se conserva en buena forma, porque enemigo de la obligada inactividad á que quedó reducido por la desacertada dirección de sus intentos, embarcó para Norteamérica, donde el hombre excepcional, que es Tex Rickard, le ha tomado, al cabo, bajo su amparo.

Ciertamente que semejante amparo se parece un poco á los tentáculos que extraen todo el jugo que pueden; pero, en su situación, Paulino hizo perfectamente en dejarse guiar del más extraordinario organizador, puesto que, aun conviniendo en que á su costa puede obtener Tex fabulosas ganancias, en todo caso el vasco no sería quien saliera peor librado de la lluvia de oro que posiblemente supondrán el diluvio de sus gol-

Barcelona.—La señorita Muñoz y el atleta Brull, vencedores en las respectivas pruebas de natación celebradas en la ciudad condal y en las que establecieron nuevos «records» nacionales





En la Suiza de los deportes de nieve. Aspecto de la «patinoire» de Saint Moritz, donde los esquiadores se entregan al deporte favorito. En primer término, por la carretera, cubierta por varios metros de nieve, discurren los alpinistas á caballo sobre los trineos y con esquís



Un grupo de alpinistas de buen humor, caracterizados con bigotes y barbas postizas, dispuestos á correr una prueba de distancia en Murren, durante las recientes fiestas de Noel

pes afortunados derribando hombres famosos.

¿Y si hallara la horma de su zapato en calidad de *encajador* notable y más formidable golpeador? Pues, sin duda, cerca de Rickard siempre estará seguro de haber llegado al límite de las posibilidades: si vencedor y, al cabo, campeón del mundo, porque nadie sino él servirá sus deseos de combatir llevándole hasta la meta, en cuyo *ring* le espera Tunney; si vencido antes, porque quedará, no obstante, en esa lista de figuras de segundo plano con las que se forman los programas en todos los Estados donde el espectáculo está permitido y los dólares asaltan las taquillas con esa largueza del exuberante país.

El acierto de su combate en La Habana es indudable. El caído no es un novato, y la fulminante derrota dice elocuentemente de la forma del vasco. Contra Sharkey, ó Persson, ó Mont de Mun, el interés de la partida es excepcional, y el feliz Tex Rickard puede ya sonreír gozándose *a priori* en los miríficos resultados. Pero si, además, el mutil aplasta á su nuevo adversario, entonces la carrera de millonario-pugilista está asegurada, y antes de no mucho tiempo veremos al vasco héroe de película, que es por donde al cabo se les escapa la fuerza á estos gigantes...

•••••

El reverso de la medalla es nuestro otro campeón europeo: el de los pesos plumas, Antonio Ruiz.

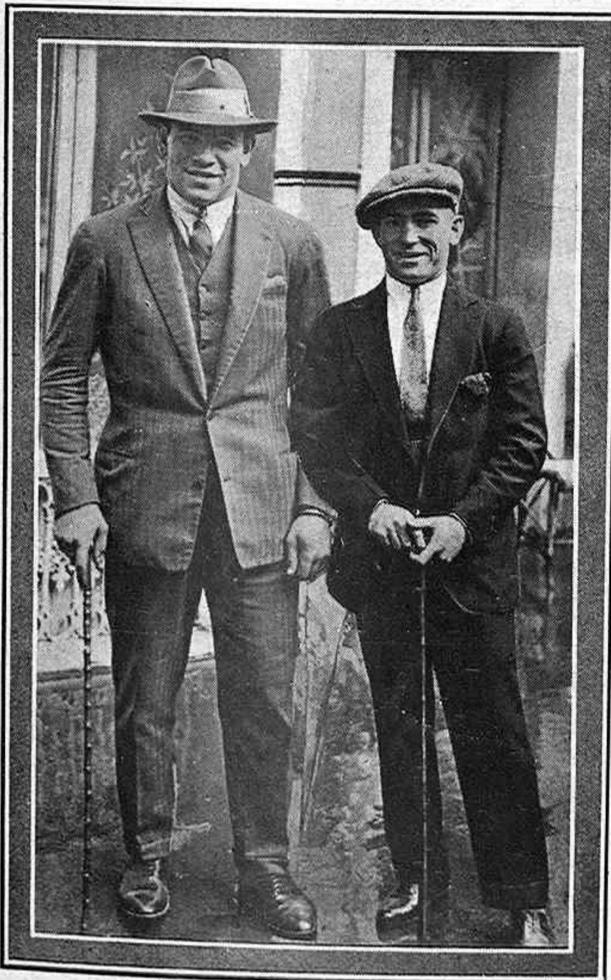
Desorientado, y hasta con falta de confian-



Los grandes partidos de la Copa de Inglaterra. El delantero centro del Aston Vila, Mercer, acosando al guardameta de Huddersfield que ha detenido su violento tiro, durante el partido que ganó aquel equipo y cuyo emocionante encuentro fué presenciado en Londres por muchos millares de espectadores

za en sí mismo, hizo mal en abandonar Europa sin ser primero figura cotizable en París y sus alrededores. Halló difícilmente sus rivales en El Plata, y la crítica no le trató al comienzo con justicia, ni siquiera con benevolencia. Sólo después de una brillante pelea, ganada en buena lid, pero que los jueces decretaron *match* nulo, se le reconoció todo su valor.

Mas después no le fué favorable el resultado contra el campeón argentino, y con tan poco lucidas exhibiciones retorna á España.



Paulino Uzcudun y Antonio Ruiz, nuestros compatriotas actualmente en América, vencedor el uno y vencido el otro, y cuyos títulos europeos serán puestos en litigio en breve



Barcelona.—Durante la regata de canoas automóviles en el puerto de la ciudad condal. Un cerrado viraje cerca de la barca-señal, hábilmente tomado por la navecilla vencedora (Fots. Agencia Gráfica, Alfonso, Ortiz y Sport)



ESTAMPA NOCTURNA

to de todas las horas... De pronto oímos á nuestra espalda un siseo penetrante, tenaz, como si quisiera hendir el corazón de la noche. Presentimos la señal de un amigo acercado á nuestros pasos por la casualidad.

El nos llevó hasta el ámbito donde la música esperaba. Nos había reconocido por nuestro silencio. Después de los saludos inesquivables nos invitó á visitar su domicilio. «Habrà música», dijo, y quedó en silencio, satisfecho de haber esgrimido ágilmente el argumento favorito, porque él nos sabía amantes de ese arte que pone sobre cada inquietud una interrogación infinita. Frente á nosotros descansaba en la noche un edificio alto y solo. Parecía un dado gigantesco. El rectángulo amarillo de un balcón—ojo insomne en la obscuridad—mostraba la altura de la promesa filarmónica. Lanzándonos con cierta solapada desesperación hacia la negrura de la escalera, subimos hasta allí. Había una joven morena frente al piano. Estaba esperándonos. Encarnaba en su gesto sencillo el alma melancólica de los retratos familiares que adornaban la estancia.

Yo me senté en un diván. Silvestre Rey vino á mi lado—conocíamos ya, de larga amistad, la secreta simpatía de esos muebles perezosos—. Entonces nos dispusimos á escuchar.

En aquel momento recordé, de una manera que parecía vengarse del pasado, ciertas confidencias de Silvestre Rey.

—Amo la música—me dijo una vez—por sencilla razón de claridad. Sabe hacer surgir de cualquier inquietud voluptuosidad de horizontes. Pone junto á lo pequeño un lecho de ensueño, y al lado de todo lo grande, un aire de eternidad. Acerca á un primer término diáfano todo lo que hay lejos en nues-

tro espíritu, amenazador en su lejanía. Despierta rara angustia; pero con ella algo desgarrador y dulce que es alegre...

La joven morena puso entonces una partitura sobre el atril. Alejó á la memoria. Saludé en la portada un nombre—Albéniz—, que encierra siempre el sortilegio de una eterna promesa. Después de Albéniz fué Beethoven quien se acercó á nosotros. Luego Borodin, Mozart, Debussy, Schubert... Todos, al despertar entre los dedos juveniles de la pianista, nos dirigían una pequeña reverencia amical.

•••••

El piano—pensé luego—hace una música morbosa, pálida. Suena siempre á otoño. El violín es célico. Posee una llave de plata para abrir la fuente de los secretos. Y se sabe implacable, lo mismo en la alegría que en el dolor.

Salimos á la calle. Comenzamos de nuevo á andar lentamente. Ibamos también en silencio; pero entonces en un silencio que recorrían de la mano cortejos alegres de amor antiguo hacia las cosas. Al final de una rúa hallamos frente á nosotros el mar. Entonces Silvestre Rey dijo, como si hablara á las nubes desde las lontananzas de una vida lejana:

—La música de Beethoven fluye como un ancho río. Es callada, lenta, profunda. Su norma está en la angustia. Mozart nos depara la música que se persigue á sí misma. En ella se inclina hacia nosotros un cortesano que, sin perder jamás su aire galante, lleva dentro un león. Borodin es la música que salta. Todo Asia, con su pereza, su estío y su cielo está en él. Debussy es la música que huye. Y en Schubert hay siempre la sombra delicada de un amor desgraciado.

CARMONA NENCLARES

AQUELLA noche nos había tocado encararnos con la música. Cruzábamos en aquel momento por una plaza desierta. Alrededor nuestro todo estaba silencioso, y de todo se desprendía una sensación de temor. Sonaron las campanadas de una hora, y, como unos pájaros de bronce, echaron á volar hacia los límites dormidos de la ciudad. En el cielo, desvelado por las estrellas, el corazón adivinaba algo como un mandato eterno: rema, corazón, rema en la vida

Al pasar el viento, los árboles sacudían el sueño. Silvestre Rey caminaba á mi lado. Ibamos en silencio, gozando lentamente de nuestra compañía. La vida entera sabía entonces á juventud. En el quieto ambiente nocturno soñaba un profundo aroma otoñal, que era para nosotros como un inmóvil trapecio donde descansaba el fatal aburrimien-

El extraordinario de LA ESFERA

Agotada totalmente la copiosa edición del número especial de **LA ESFERA** del día 1 de Enero, se está imprimiendo activamente una segunda edición, que permitirá atender los pedidos de aumento hechos por los señores corresponsales. También, por la propia razón, se hallan pendientes de servicio infinitas suscripciones que deben empezar con el número expresado, dándose el caso de haberse remitido los números publicados posteriormente á esa fecha

Aunque la Administración de **LA ESFERA** contesta á cada señor suscriptor que justamente reclama el envío del número agotado y á los señores corresponsales que aún no han recibido sus pedidos de aumento, tiene el honor de informarles que dejará al corriente todos los servicios y pedidos del número especial de **LA ESFERA**, desde esta fecha hasta el día 10 del próximo mes de Febrero, tiempo indispensable para los trabajos de reimpresión y ordenación de los envíos pendientes

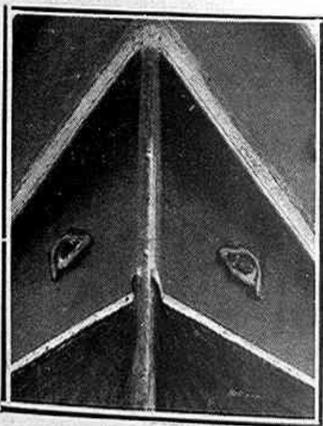
La mujer lastre



ESTA grácil señorita Hellie Lane, que presenta la adjunta fotografía á la curiosidad de nuestros lectores, serenamente apoyada en la borda de un trasatlántico, es la mujer más obesa del mundo. Inútil parece decir que miss Hellie Lane, que bate el record actual de los pesos pesados con sus 360 kilogramos de grasa, es norteamericana. La tierra del Tío Sam posee, en efecto, todo lo más grande de la tierra, y aun en esto de la adiposis no podía quedarse en segundo término.

Aunque parezca extraño, el gentil bólido venusino, lejos de abominar de sus hechuras, muéstrase encantada de ellas, acogiendo con verdadera alegría todo aumento de libras señalado por la báscula, y, á la inversa, con gran sentimiento, cualquier merma, aunque sea de 100 gramos. Como esas pérdidas se acentuasen hace pocas semanas, alarmadísima miss Hellie Lane, resolvió hacer un viaje marítimo, á fin de esponjarse un poco con la humedad. Y poniendo por obra su propósito, tomó pasaje en un buque que zarpaba de San Francisco con rumbo á Manila. Es claro que, dado el peligro que ofrece llevar á bordo pasajeros del crecido tonelaje de miss Hellie, hubieron de rogarle los oficiales que se mantenga durante toda la travesía lo más cerca posible del centro del barco.

Una supervivencia fenicia



Es curioso observar cómo á través de los siglos se perpetúan, á modo de remansos en una corriente caudalosa, ciertos usos y costumbres de los pueblos. Tal ocurre, por ejemplo, con la práctica supersticiosa que desde los tiempos fenicios vienen observando los pescadores de la isla de Malta. Consiste dicha práctica en clavar en la proa de las barcas toscas representaciones en madera de dos ojos humanos, dispuestos en la forma que muestra la adjunta fotografía. Llámamlas los pescadores *Los ojos de Osiris*, y tienen por objeto alejar el mal de ojo de las frágiles embarcaciones.

Casa Ramos
Peluquería



Especialidad en artísticos postizos para señora y bisoñés para caballero, premiados en varias Exposiciones

ONDULACIÓN MARCEL

Manicura
Aplicación de tinturas
Perfumería

Huertas, 7 duplicado. Teléfono 870.—MADRID

NUEVOS NÚMEROS DE LOS
TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA

50.009 * 51.017

PUBLICITAS

ADMINISTRACIÓN
DE LA PUBLICIDAD
DE
PRENSA GRÁFICA

Avenida del Conde de Peñalver, 13
Apartado 911. Teléf. 16.375.—MADRID

¡VIAJE V. SIN MOLESTIAS!

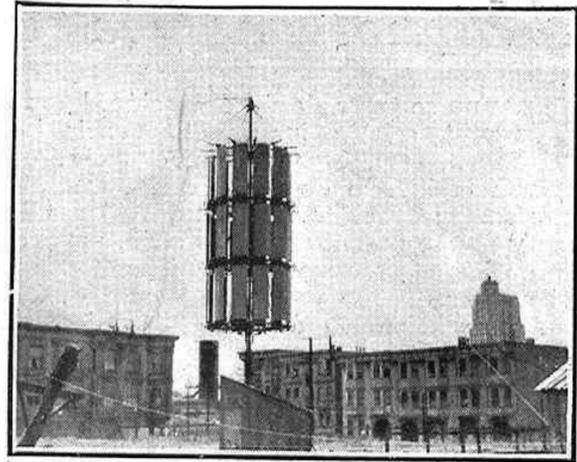


El mejor preventivo contra toda clase de mareos ocasionados por los viajes: mar, aire, ferrocarril, etc., es

MOTHERSILL'S

conocido y empleado por todos los viajeros del mundo desde hace 25 años. No es narcótico y no produce malestar. Venta en todas las farmacias ó directamente: Muller & C.ª, Apartado 51. Barcelona.

El motor de viento
:: Flettner-Ford ::



UNA nueva aplicación industrial del rotomotor Flettner, que ya funciona con éxito en los barcos de ese tipo, es la ideada por dos ingenieros de San Francisco de California. Dicho motor, que, como el marino, aprovecha la fuerza del viento para mover maquinaria, ha sido instalado en una gran factoría de la referida población, dando desde los primeros ensayos admirables resultados. Aunque el coste de instalación es bastante crecido, compensase con creces, ya que el gasto de entretenimiento es relativamente pequeño. Nuestra fotografía da perfecta idea del interesante invento.

La obra única é insubstituible

Acelerando de día en día la rapidez de su publicación, en forma incomprensible (dada la suma de trabajos y esfuerzos requeridos) para quien desconozca los poderosos medios de que dispone la Sociedad editora, prosigue su triunfal carrera la gigantesca ENCICLOPEDIA ESPASA, acercándose con celeridad inesperada á su venturoso fin, de todos deseado.

Con brevísimos intervalos, y cuando aun nos faltaba algo por ver de los tomos precedentes, tres nuevos volúmenes de ENCICLOPEDIA vienen á enriquecer nuestra biblioteca, el LI, LH y LIII de la colección, integrados en junto por cerca de 4.500 páginas, tipográficamente impecables, según es norma de la obra, y riquísimos por la gran variedad de temas y por la excepcional maestría y derroche de erudición con que aparecen desarrollados.

Cualesquiera que sean las actividades y aficiones del lector, habrá de hallar forzosa-mente en estos tomos un amplísimo campo donde ensanchar sus conocimientos profesionales, aparte una infinidad de artículos de interés general.

Así, vemos los magníficos estudios dedicados á las voces geográficas *Rif, Río Janeiro, Roma, Rosario, Rumania, Rusia, Salamanca, San Petersburgo*; los de bellas artes *Románico, Románticos; Revisión, Revolución, Robo*, y otros muchos que es imposible recordar tras una simple ojeada.

Entre las biografías, abundantísimas y trazadas con originalidad y certero criterio, buscando siempre documentalmente la verdad histórica, recomendamos las referentes á *Reynolds, Ribera, Ricci, Richelieu, Rizal, Robbia, Robert, Robespierre Rodin, Rodó, Rojas, Romero, Roosevelt, Rossetti, Rossi, Rousseau, Rubens, Sagasta, Sarasate, Salmerón, Salcillo*.

La bibliografía que acompaña y completa cada estudio es siempre tan nutrida como escogida, y la ilustración gráfica es en los tres tomos que motivan estas líneas abundantísima y de exquisito gusto y ejecución.

En definitiva, un nuevo triunfo para los editores y un paso más—y no son muchos ya los que faltan—para llegar á la cima del monumento cultural levantado mediante la ENCICLOPEDIA ESPASA.

El hipnotismo y la sugestión como medios educativos y terapéuticos

CUANDO se trata de degeneración, locura moral, criminalidad, delincuencia infantil, etc., conviene no exagerar en demasía el influjo de la herencia, tomado como factor absoluto. El influjo del medio es más fuerte que el de la herencia, porque, aun en los casos en que no existen taras y estigmas en el niño, el ambiente en que vive puede sugestionarle á delinquir, mientras que en otros casos en que el niño ha recibido por herencia predisposiciones á la anormalidad social, un buen medio ambiente puede modificarlas, ó contenerlas, ó evitar que tengan ocasión de manifestarse. Crear alrededor del niño esa *circumfusa* moral es el primer deber de padres, maestros y hombres de Estado. Pero lo mejor será siempre prevenir y atajar las causas de la herencia morbosa, puesto que entonces la acción del medio será más expeditiva. Hay, pues, que recomendar régimen vital sano á los padres, é inculcarles la gran responsabilidad que adquieren al transmitir á sus hijos gérmenes de degeneración, que pueden convertirse en embriones de criminalidad. Se dirá que la última tarea es difícil, y lo era, sin duda, en otras épocas; pero los progresos de los nuevos métodos científicos en el campo del hipnotismo y la sugestión prueban indiscutiblemente que podemos hacernos más fuertes ó más felices por medios físicos ó mentales. Es, pues, mi objeto tratar con rasgos tenues y ligeros ese problema, cuya solución permite esperar que podremos, haciendo trabajar el cuerpo y el espíritu á alta tensión, ser más vigorosos, más vivaces, más atentos, y librarnos de todas esas lacras morales que son como los parásitos del yo. «El hipnotismo y la sugestión (escribe á este propósito Evans) han demostrado que es dable hacer á las demás almas la caridad de un poco de voluntad é inteligencia... Saber esto es ya mucho, y descubrir los medios de lograrlo, ó sea la receta para formar hombres buenos y normales, es asunto de estudio y de paciencia y, por ende, fácilmente realizable.» Esta ciencia racional

de la voluntad está hoy todavía en formación; pero también en camino de ser el descubrimiento más eficaz del siglo XX. Los estudios decisivos de Reymond, después de Charcot, el maestro; las investigaciones de Janet acerca de las neurosis; las atrevidas indagaciones de Ochorowiz; las tentativas de pedagogía sugestiva y de ortopedia mental de Berillon; la medicina del espíritu bosquejada por Mosso; los sutiles informes de Binet, de Max Nordau, de Postigliotti, de Jenani y otros sobre las teorías de Liebault, Bemheim, etc., nos han conducido al otro lado de esta *revelación* metapsíquica, laica y experimental, y la educación, la moral, el derecho y la sociología aprovechan los resultados de tan proficua labor. En los Institutos de Psicología y en las clínicas se desenvuelven á veces verdaderos dramas curativos. Ante un borracho adormecido se trazó una raya blanca. «¿Ve usted esta raya? Pues es la puerta de una taberna.» Así le dijeron, y en seguida el borracho se movió para pasar la raya tentadora; pero una orden le detuvo. «¡Alto! No puede usted pasar esa línea, y cuando se despierte, tampoco podrá pasar frontera tan peligrosa.» La táctica dió buen resultado; pero la afición á beber triunfó, y unos días después volvió más borracho que nunca. Cuando se le adormeció, todo quedó explicado: el umbral de la taberna seguía siéndole infranqueable; pero su mal genio le había inspirado la idea de que le sirvieran el vino fuera, y tomó la costumbre de beber en un banco. Había que buscar otro remedio: se llenó un vaso de vino, y en el momento en que el borracho lo acercaba á los labios, el doctor le inmovilizó el brazo con una orden enérgica. «Cuantas veces le ofrezcan á usted de beber (le dijo el hipnotizador), la pereza del brazo incitará sus reflexiones y su resistencia; se acordará usted del abatimiento que sigue á sus libaciones, y renunciará con razón á su vicio.» Con estos ejercicios de psicoterapia se transforman completamente la-dronzuelos de doce y catorce años, sucedien-

do lo mismo con los morfinómanos y los que se roen las uñas, y que reaccionan contra costumbres tan deplorables por ajena sugestión. Por otra parte, las sugestiones tienen su base en las reacciones, y éstas llevan ya en sí un estímulo de emoción ética. Pero este cruce y fusión de sugestiones y reacciones ¿estará reducido á la impresión producida por las cosas exteriores en el cerebro? La sola enunciación de tal pregunta parece un despropósito. Y con todo, importa hacerla, pues es de notar que muchos psicólogos, por haber verificado un estudio incompleto de la generación de nuestras ideas, se han estancado en la impresión; pero no han tenido en cuenta un hecho capital, cual es la reacción del cerebro mismo; reacción que es el producto de su actividad vital, y sin la cual no hay sensación. Ya Devay presentó sobre este punto excelentes observaciones críticas. Lo que diferencia esencialmente los fenómenos intelectuales y morales de las sensaciones comunes es la no identidad en los hechos de reacción: la del cerebro no se produce en todos con la misma intensidad. La educación es el todo para desarrollarla, y la falta de ejercicio, la atrofia, bien como la falta de luz atrofia el órgano de la visión. La fisiología cerebral, mirada desde este punto de vista, da por primer precepto de educación el suministrar un alimento moral á la tendencia orgánica, y que se ejercite desde la niñez. Si la ocasión se pierde, el cerebro no realizará ya la reacción, cualesquiera que en lo sucesivo sean las circunstancias favorables de moralidad en que se encuentre el individuo. El ilustre Bonnet, refiriéndose al asunto, estampa estas palabras, verdaderamente significativas: «La perfección de la educación consiste en multiplicar los movimientos del *sensorium commune* lo más que sea posible, y en combinarlas de todas las maneras imaginables y conformes al destino del individuo.»

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

¿Conoce usted las reformas de NUEVO MUNDO?

Compre usted el número de esta semana y se convencerá de la admirable labor literaria que está realizando la gran revista ilustrada

Ramón Gómez de la Serna inicia una interesante sección sobre temas de la actualidad

Otros originales literarios los firman Antonio de Hoyos y Vinent, Carrere, López Martín, Zozaya, Francés, Luis de Tapia, López Núñez, Julio Romano, Alfonso Camín, López Rubio, García Maroto, Portillo, Ernesto Polo, Tomás Luceño y algunos más

Estévez Ortega ha hecho á las principales actrices españolas la siguiente pregunta:

¿QUÉ ACTRIZ ESPAÑOLA ES LA MEJOR?

y NUEVO MUNDO publica en este número la contestación de Margarita Xirgu, Hortensia Gelabert, Aurora Redondo, Amparito Martí, Irene Alba, Angelina Villar, María Mayor, Josefina Díaz de Artigas y Leocadia Alba